



VIRGINIA ASENSIO

EL SILENCIO
DEL
GUARDIÁN



Academically
Comillas

EditorialFanes

Table of Contents

[El silencio del guardián](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[34](#)

[35](#)

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[39](#)

[40](#)

[Epílogo](#)

[Nota de la autora](#)

[Agradecimientos](#)

[Autora](#)

En el verano de 1920, don Claudio López Bru detiene su magnífico automóvil frente a la casa del pequeño Tomás, que le observa impresionado desde la entrada. ¿Qué hace allí el II marqués de Comillas? Este se dirige a la vivienda con la intención de hablar a solas con la madre del niño y le hace entrega de un misterioso paquete.

Bajo la mirada silenciosa del Ángel Guardián que preside la entrada del camposanto, la madre de Tomás oculta el regalo del marqués en el cementerio, tras la tumba de una mujer en cuya lápida puede leerse el nombre de Teresa. Años después, Marina, una joven experta en arte modernista, decide comprar la vieja casa de Tomás, pero no se imagina lo que está a punto de descubrir. Allí encontrará un viejo cuaderno que le ayudará a sacar a la luz un antiguo secreto que ha permanecido oculto durante más de un siglo.

¿Quién era Teresa? ¿Qué esconde su tumba? ¿Qué sucedió aquel verano de 1876 en la Casa Ocejo, la residencia estival de don Antonio López, I marqués de Comillas?

El silencio del guardián, es una conmovedora novela narrada en tres tiempos que sumergirá al lector en la historia, el arte y los paisajes de una de las villas más hermosas del norte de España.

Virginia Asensio

El silencio del guardián

Título original: *El silencio del guardián*
Virginia Asensio, 2019

Revisión: 1.0
01/12/2020

*Podrá nublarse el sol eternamente;
Podrá secarse en un instante el mar;
Podrá romperse el eje de la Tierra
Como un débil cristal.
¡Todo sucederá! Podrá la muerte
Cubrirme con su fúnebre crespón;
Pero jamás en mí podrá apagarse
La llama de tu amor.
Amor Eterno
Gustavo Adolfo Bécquer*

1

Comillas, verano de 1920

Brillaba el sol desde lo alto del cielo, a pesar de que la temperatura no era demasiado elevada para un mes de julio que avanzaba ya hacia su segunda quincena. Transcurría la hora tranquila del mediodía, cuando las calles del centro del pueblo regalaban el aroma de los guisos humildes y se fundía con el olor a jabón de las sábanas colgadas en los balcones.

Tomás combatía el aburrimiento jugando en la puerta de su casa. Su padre le había castigado sin poder ir a la playa con sus amigos. La culpa de todo la había tenido Don Jacinto, el farmacéutico, pues su hijo Guillermo había salido un tanto mal parado en la batalla de piedras que se había librado el día anterior en la pradera al lado del puerto. Los del grupo de Guillermo eran unos abusones; teman entre once y trece años, y siempre andaban metiéndose con Tomás y sus amigos que eran más pequeños. Tomás tenía solo nueve años. Acabaron todos enzarzados en una batalla que comenzaron los de Guillermo, con la mala suerte de que una de las piedras que lanzó Tomás decidió aterrizar en la ceja izquierda de su enemigo, abriéndole una tremenda brecha que necesitó varios puntos de sutura. A Guillermo le faltó tiempo para confesarle a su padre quién había sido el artífice de tamaña agresión hacia su persona y don Jacinto se presentó en la casa de Tomás para informar a sus padres de la fechoría. El castigo duraría una semana; una eternidad para Tomás.

El niño mataba el tiempo frotando un hueso de albaricoque sobre una piedra plana que había elegido minuciosamente para tal cometido. El proceso era muy simple: solo había que fabricar un poco de saliva en la boca y escupirla sobre la piedra, a continuación frotaba la pepita contra la piedra por uno de sus cantos. Así hasta que se desgastaba lo suficiente y aparecía la semilla blanca en su interior. La vaciaba con ayuda de una horquilla del pelo que había robado a una de sus hermanas y seguía frotando la pepita contra la piedra hasta que esta mostraba un agujero suficientemente grande como para poder soplar sobre él, y listo, ya tenía otro magnífico silbato.

En esas estaba Tomás cuando vio aparecer por su calle un magnífico automóvil conducido por un chófer con gorra de plato. Tomás conocía perfectamente qué vehículo era aquel. Todos en Comillas sabían que aquel Hispano Suiza de color negro pertenecía a Don Claudio López Bru, segundo marqués de Comillas.

Por suerte no había nadie más en su calle a esas horas, porque de lo contrario se habría formado toda una aglomeración en torno a su persona. En la villa, don Claudio era muy apreciado por su carácter humilde y caritativo y su espíritu profundamente religioso. A él se debía la construcción del Seminario Pontificio, cuyas obras había iniciado su padre, que ofrecía educación a tantos niños sin recursos. El majestuoso e imponente edificio se recortaba en lo alto de la colina de la Cardosa.

El vehículo se detuvo frente a la casa de Tomás. El chófer descendió del automóvil y se apresuró solícito a abrir la puerta de la parte de atrás donde se encontraba don Claudio. Ayudó a aquel hombre débil y enfermo a bajar y cerró la puerta del vehículo. El marqués le dio instrucciones a su chófer y este permaneció dónde estaba mientras observaba cómo su patrón se dirigía caminando con dificultad hacia donde se encontraba Tomás.

—Buenos días, muchacho ¿vive aquí la señora Adela Fernández? —preguntó don Claudio al tiempo que acariciaba cariñosamente el cabello rebelde de Tomás con sus dedos delgados y temblorosos.

—Es mi madre, señor —respondió el niño con los ojos abiertos como platos mientras observaba de cerca a aquel hombre de quién tanto había oído hablar, como si se tratara de alguno de aquellos santos de mirada acuosa a los que su abuela nunca se olvidaba de mencionar cada vez que necesitaba un favor especial de las altas esferas.

La familia del marqués y todos aquellos que le rodeaban y que veraneaban en el palacio de Sobrellano y otras casonas ilustres que se encontraban diseminadas a lo largo de la villa, pertenecían a esa clase social que no se mezclaba con el pueblo llano. Otorgaban distinción y *glamour* a la localidad y dejaban buenos beneficios en comercios y restaurantes, pero permanecían aislados del resto. Todos los conocían y envidiaban su fortuna y estilo de vida, pero asumían que existía un abismo entre sus vidas y las de aquellos seres que parecían salidos de un folletín novelesco.

—¿Cómo te llamas, jovencito?

—Me llamo Tomás, señor.

—¿Está tu madre en casa, Tomás?

Don Claudio se inclinó despacio para ponerse a la altura del niño posando una mano sobre su hombro. Por un instante, la visión del rostro de aquel niño moreno, con sus ojos inteligentes y llenos de vida, le evocó una infinidad de recuerdos contradictorios.

—Sí señor, está en casa. ¿Quiere que la avise?

—No, gracias Tomás. He venido para hablar con tu madre de asuntos de mayores, tú puedes seguir aquí jugando. Si lo deseas, puedes pedirle a Anselmo que te enseñe el automóvil, seguro que te gustaría verlo por dentro.

En ese instante Tomás se percató de que don Claudio portaba en su mano izquierda un paquete mediano, del tamaño de un libro, envuelto en papel de color ocre.

—Gracias, señor. Me gustaría mucho.

—Pues anda, ve.

Don Claudio ascendió despacio los escalones de la entrada de la vivienda y llamó a la puerta golpeando la aldaba con forma de pez.

Anselmo demostró ser poseedor de una paciencia infinita soportando la avalancha de preguntas que le lanzaba Tomás. Incluso le consintió que se montara en el asiento del conductor y manejara el volante cual experto piloto de carreras. Asimismo, Tomás descubrió que a Anselmo también le encantaba aquel vehículo y que se sentía muy afortunado por poder trabajar para el señor marqués. Aquel empleo era mucho mejor que andar faenando cada día en la mar como les tocaba a la mayoría de hombres del pueblo.

Había transcurrido algo más de una hora cuando don Claudio salió del domicilio. Su rostro se veía más serio y taciturno que cuando había entrado. Se colocó en la cabeza el bombín que hasta ese instante había llevado en la mano y caminó decidido hasta su automóvil. Anselmo, que en ese momento charlaba animadamente con Tomás sobre la fabricación de silbatos con pepitas de albaricoque, se incorporó en el acto y se acercó a ayudar a don Claudio. El niño se quedó de nuevo petrificado ante aquel hombre al que todos calificaban como un caballero ejemplar.

—Tomás, espero que Anselmo haya sido amable contigo; en ocasiones puede resultar un poco cascarrabias, pero en el fondo es un buen hombre.

Don Claudio miró de reojo a su chófer con una media sonrisa cómplice.

—Sí señor, ha sido muy amable conmigo, y gracias a usted también por dejarme subir a su automóvil, es fantástico.

Don Claudio sonrió y acarició de nuevo el cabello de Tomás aunque su mirada parecía perdida el algún punto indefinido del empedrado suelo.

—Debo irme ya. Encantado de haberte conocido, Tomás. De verdad.

Accedió al interior del vehículo ayudado por Anselmo. El chofer se despidió también con una inclinación de cabeza tocando levemente la visera de su gorra en señal de respeto y complicidad.

Tomás permaneció inmóvil observando con curiosa intriga cómo arrancaba el vehículo y se alejaba dejando detrás de sí una nube de polvo. Inmediatamente después, no pudo resistir la curiosidad y se lanzó al interior de su casa en busca de su madre y de respuestas ante lo que acababa de suceder.

Atravesó el pasillo de entrada y fue directo a la cocina, donde unas lentejas agonizaban olvidadas junto a la lumbre, aunque su madre no se encontraba allí. Salió al pasillo para dirigirse al modesto salón de la vivienda cuando, de pronto, escuchó un leve llanto que provenía de la habitación de sus padres. Se aproximó con cautela y descubrió con cierta preocupación que su madre lloraba sentada sobre la cama, de espaldas a la puerta del dormitorio. Sostenía una carta en la mano y se cubría la boca con la otra, tratando de ahogar el llanto. Tomás permaneció inmóvil, observando a su madre desde la puerta, sin saber qué hacer. Se dio la vuelta lo más sigilosamente que pudo y se dirigió a la sala de estar donde su madre habría recibido a don Claudio. Sobre la mesa reposaba un libro al lado de un envoltorio arrugado de papel de color ocre. «Era el paquete que había traído don Claudio» reconoció Tomás. Se aproximó a la mesa y fijó su atención en el ejemplar que parecía antiguo y gastado. Sobre la cubierta encuadernada en piel de color oscuro destacaba el título grabado en letras doradas: «Obras de Gustavo Adolfo Bécquer». Lo abrió y aspiró el aroma acre de las hojas amarilleadas por el paso del tiempo y descubrió con sorpresa una dedicatoria manuscrita en la parte superior de la primera página:

«Para el ángel que dio luz a mi vida,
25 de septiembre de 1876».

¿De qué conocía don Claudio a su madre? ¿Por qué le había llevado ese libro? ¿A quién había pertenecido y quién había escrito aquella dedicatoria cuarenta y cuatro años atrás? ¿Cuál era el contenido de esa extraña carta que había hecho llorar a su madre? Las preguntas se agolpaban en su cerebro, nada tenía sentido.

Escuchó pasos en la habitación de sus padres, cerró el libro de golpe y se dirigió corriendo a la cocina.

—Tomás, lávate las manos que vamos a comer enseguida, en cuanto venga tu padre.

Su madre disimulaba tranquilidad y se había secado las lágrimas, pero sus ojos enrojecidos delataban su estado.

—Sí mamá, pero ¿qué quería el señor marqués? ¿Por qué sabía tu nombre y dónde vives?

Tomás la miraba fijamente tratando de comprender.

—El señor don Claudio conoció a mi tía Teresa hace muchos años, antes de que yo naciera. Al parecer, ella trabajó durante un tiempo en la casa Ocejo, donde don Claudio veraneó junto a su familia antes de que construyeran el palacio. Era la casa de su abuela. En aquella época su padre, don Antonio, aún no había recibido el título de marqués.

—Nunca había oído hablar de la tía Teresa.

—Murió hace muchos años, cuando yo era tan solo un bebé. No llegué a conocerla, pero mi madre, la abuela Julia, me hablaba mucho de ella. Era su hermana pequeña.

—Pues el señor marqués debería haber ido a Ruiseñada a hablar con la abuela Julia en lugar de venir a nuestra casa.

Adela dirigió su mirada hacia el suelo. Su cerebro aún continuaba procesando el contenido de aquella carta y su conversación con don Claudio.

—Tomás, lo que ha pasado hoy no se lo vamos a contar a nadie, va a ser nuestro secreto, ¿de acuerdo? Ya sé que te mueres de ganas por contárselo a tus amigos, pero es muy importante que no se lo digas a nadie.

Tomás advirtió en el rostro de su madre que era realmente importante para ella que nadie supiera que don Claudio había estado en la casa.

—¿Ni siquiera a papá?

—A papá tampoco. Yo se lo contaré cuando llegue el momento. Será nuestro secreto. Anda, ve a lavarte las manos y me ayudas a poner la mesa...

¿En qué instante de nuestras vidas dejamos de contemplar a nuestros progenitores como seres invencibles colmados de sabiduría y caemos en la cuenta de que son solo simples humanos tratando de adaptarse al mundo que les ha tocado vivir? ¿En qué momento estalla la burbuja que han ido creando para nosotros y que solo sirve apenas para amortiguar el primer golpe asestado por alguna realidad devastadora? Tomás sintió que su burbuja había comenzado a resquebrajarse sin remedio. Nunca se hubiera imaginado que su madre pudiera guardar algún secreto al margen de su familia o que pudiera haber vivido una vida diferente más allá de la frontera segura de su propio hogar.

Mientras se dirigía al pequeño cuarto de baño de la casa, pudo contemplar cómo su madre recogía el libro que había traído consigo don Claudio y lo llevaba a su habitación. La siguió sin hacer ruido y desde el pasillo observó cómo doblaba la carta que había dejado sobre la cama hacía unos instantes y la introducía dentro de un sobre y este a su vez dentro del libro y lo guardaba todo en el último cajón de la cómoda del dormitorio, bajo sus camisones. Tomás regresó de puntillas al baño y se lavó las manos. Un instante después se oyó un ruido de llaves en la puerta de entrada; su padre había llegado a casa.

El padre de Tomás era el dueño de una pequeña carpintería que se encontraba muy cerca del puerto. A él acudían los pescadores para que realizara todo tipo de reparaciones en sus barcas, pero sobre todo se dedicaba a la fabricación de muebles para el hogar a precios asequibles. La gente del pueblo decía que tenía unas manos de oro. Nunca diseñaba dos muebles iguales y a menudo les añadía algún detalle especial: una talla, un adorno de marquetería con las iniciales del cliente, un cajón oculto que permitiera guardar a buen recaudo algún documento importante... Hubiera deseado tener un hijo mayor al que enseñarle el oficio, como había hecho su padre con él, pero el destino se había empeñado en darle hijas. Las dos mayores ya estaban casadas y la tercera, de diecisiete años, pasaba el verano en Ruiseñada con su abuela Julia para ayudarla en las tareas de la casa.

Cuando Adela y él habían perdido la esperanza de poder tener más hijos, Dios les había bendecido con la llegada del pequeño Tomás, que era la alegría de la casa.

Un niño inteligente e inquieto que le había hecho recobrar la ilusión por el futuro.

A sus cuarenta y siete años, Miguel soñaba con poder enseñarle a Tomás, algún día, todos los secretos del oficio.

2

Comillas, verano de 1876

—¿Cuánto tiempo, verdad Claudio? Me moría de ganas de volver.

Antonio se sentó en la arena junto a su hermano mirando al mar. Temblaba ligeramente al sentir la brisa fresca contra su cuerpo mojado después del baño. Pasó las manos hacia atrás deslizándolas por su moreno cabello provocando pequeños regueros de agua que resbalaban por su espalda. Aunque no estaba bien visto entre la gente de su posición, se había quitado el elegante traje que llevaba y se había dado un baño en el mar sin más ropa que sus calzones como solían hacer los chiquillos más humildes del pueblo.

—Sí, hermano, parece que haya transcurrido una eternidad desde el último verano. ¿Cuántas cosas hemos vivido en este tiempo, verdad? Tantos lugares y gentes diferentes y, sin embargo, yo solo pensaba en regresar. Tú y yo pertenecemos a este lugar, Antonio.

—Tú siempre tan poético, Claudio —Antonio revolvía cariñosamente el cabello engominado de su hermano pequeño—, pero reconozco que tienes razón; para nosotros Comillas ha significado siempre la libertad, los veranos en los que podíamos ser muchachos normales como los demás.

—¿Así que el señorito don Antonio López Bru, primogénito y flamante heredero del imperio López, que se ha pasado dos largos años con su hermano pequeño recorriendo Europa para estar a la altura de lo que nuestro padre espera de él, solo aspira a ser un joven normal? Te comprendo muy bien, hermano y comparto tus deseos, ya lo sabes.

Tras terminar la carrera de Derecho en Barcelona dos años antes, los hermanos habían iniciado un viaje por Europa para completar su formación académica que finalizaría la primavera de ese mismo año. Desde Francia habían visitado Suiza, Austria, Alemania, Holanda, Bélgica, Italia y Gran Bretaña. Durante el viaje se habían centrado en conocer tanto el arte como las instalaciones industriales más modernas de la época. En Glasgow visitaron los astilleros Denny Brothers donde se habían construido algunos de los vapores de la naviera de su padre y en Roma habían sido recibidos en audiencia por el Papa Pío IX. Como fin de viaje y como premio por el título universitario, su padre les había enviado a Burdeos para que mejorasen sus conocimientos mercantiles y se familiarizasen con el mundo empresarial. Siembre había sido muy severo en lo concerniente a la educación de sus hijos varones, llegando incluso a utilizar el látigo sobre sus cuerpos en más de una ocasión. Los inicios de su progenitor habían sido muy duros y deseaba que sus vástagos se convirtieran en hombres de carácter fuerte y que conocieran desde muy temprana edad lo que significaba tener responsabilidades.

Eran los hijos varones de don Antonio López y López, comillano enriquecido en Cuba y afincado en Barcelona, y uno de los empresarios navieros más ricos e influyentes de la España de la época.

—No te rías, Claudio. Ya sé que somos afortunados y que hemos tenido una vida repleta de lujo y comodidades. Hemos podido estudiar y conocer otros países y gracias a nuestro padre, tenemos asegurada una privilegiada posición social y económica, lo sé, pero después del verano nuestras vidas cambiarán para siempre y ya nada volverá a ser como antes. Tú regresarás a Cádiz y yo a Barcelona, con padre, y nos convertiremos en hombres serios cargados de responsabilidades y echaremos de menos estos días.

Desde que habían regresado unos meses atrás de Burdeos, ambos hermanos habían comenzado a trabajar en la naviera familiar. Claudio se había desplazado a Cádiz para hacerse cargo del despacho de los vapores de correo oficiales a Cuba y Puerto Rico, y Antonio se había quedado en Barcelona para trabajar como ayudante de su padre en la gerencia de la empresa. Claudio se echó

hacia atrás en la arena y se tumbó cruzando las manos bajo la cabeza. Cerró los ojos y por un instante no pensó en nada más que en sentir el sol sobre su rostro, la brisa suave que traía el olor del mar, el sonido de las olas y las voces de los pescadores que llegaban lejanas desde el puerto. El lujo de las cosas sencillas y cotidianas que tantas personas podían disfrutar cada día y a las que no les conferían ningún valor, para su hermano y para él componían el paraíso del que solo podían disfrutar unos meses al año.

—Al fin y al cabo este siempre será nuestro Edén particular, nuestro refugio del mundo. Esto no nos lo podrán quitar nunca, Antonio. —Claudio se incorporó y rodeó con el brazo a su hermano cariñosamente—. Cuando seamos viejos, seguiremos viniendo aquí y nos reiremos juntos recordando los buenos tiempos.

Cuántas veces rezaría Claudio a solas en su dormitorio, entre lágrimas, recordando aquellas palabras que nunca llegarían a cumplirse.

Claudio admiraba a su hermano mayor. Antonio poseía el carisma y la personalidad de su padre. Todos vaticinaban que sería un digno sucesor de don Antonio López y no dudaban de su valía y carácter para asumir las responsabilidades que por nacimiento le correspondían. Era extrovertido, rebosaba vitalidad y suponía un gran apoyo para su hermano pequeño. Él era otra cosa; a él le gustaba la poesía, la vida tranquila, no soñaba con ser un hombre importante. Conocía la relevancia del apellido que ostentaba y era responsable y diligente en sus obligaciones, por supuesto, pero ante todo, aspiraba a ser una buena persona sin más pretensiones que vivir una vida tranquila cerca de los suyos.

Aquel verano sería especial en muchos sentidos. Después de aquellos días dorados ya nada volvería a ser igual. El sol jamás brillaría con la misma intensidad para la familia López.

3

Comillas, verano de 2011

¡Otra vez llegaba tarde! Otra vez se había entretenido más de la cuenta ojeando libros y notas, y se le había pasado el tiempo sin darse cuenta. Además, había estado un buen rato hablando por teléfono con su madre que le había soltado el mismo discurso de siempre: «... hija, querida, ¿cuándo piensas encauzar tu vida de una vez y buscar un trabajo decente? Tú vales para mucho más que para trabajar en un sitio como ese y por un sueldo mísero. Aquí en Barcelona están tus amigos, tu familia y ¿qué ha sido de Marc? Ese chico me gustaba para ti. Pero hija, ¿me estás escuchando?...».

Marina se preparó un sándwich con lo primero que encontró en el frigorífico y salió corriendo hacia el trabajo. Por el camino reflexionó sobre la conversación que había mantenido con su madre y reconoció que tenía razón en que el suyo era un trabajo mal pagado, aunque a ella le gustaba. Tampoco se equivocaba al recordarle la distancia que la separaba de su familia y amigos, que tampoco era tan grave puesto que algún día tenía que abandonar el nido y vivir su propia vida. Y en cuanto a Marc, no había nada que comentar: había algunas relaciones que te hacían feliz, otras que te hacían sufrir, y luego había algunas que simplemente te hacían perder el tiempo. Y eso era lo que Marina había tenido con Marc, tiempo perdido.

A pesar de lo que dijera su madre, trabajar como guía en el hermoso pueblo de Comillas y en un lugar tan especial como el Palacio de Sobrellano, a ella le hacía feliz. Era su primer trabajo de verdad, y sentía el palacio como su segundo hogar y a los singulares personajes que colgaban de sus paredes en magníficos retratos, como su segunda familia. En ocasiones fantaseaba y se imaginaba en el siglo XIX, ataviada con esos vestidos largos tan elegantes confeccionados en París, conversando con aquellos personajes que, a fuerza de contemplar cada día, sentía tan cercanos. Claro que a Marina se le daba muy bien eso de fantasear, de hecho, se había pasado toda su vida haciéndolo. Constituía una buena alternativa a su triste realidad de joven soltera, y sin novio, con una deprimente vida social, y que vivía en los cuarenta y cinco insulsos metros cuadrados de su apartamento alquilado.

Acababa de cumplir veintiséis años y era licenciada en Historia del Arte. De familia acomodada, había nacido y crecido en Barcelona. Siempre había sido feliz allí. Recordaba perfectamente aquellos días de su infancia en los que su abuelo Lluís acudía a recogerla al colegio y, de vuelta a casa, le mostraba todos esos edificios modernistas que tanto admiraba y que habían convertido a Barcelona en un referente arquitectónico internacional. Claro que don Lluís Pons y Margall no era un abuelo al uso; años atrás había sido un arquitecto de gran prestigio, cuyas obras habían sido reconocidas por las más altas instituciones. Y como el oficio nunca se olvida, a sus ochenta y tantos años, le resultaba divertido enseñar a su nieta más pequeña aquellos edificios emblemáticos de la ciudad, le hablaba de los arquitectos a los que tanto admiraba, y le desvelaba infinidad de curiosidades y otros secretos que nadie más conocía. Marina le escuchaba con los ojos muy abiertos y, con esa curiosidad que solo los niños tienen, le preguntaba si había conocido a Gaudí en persona y cómo era aquel hombre al que tanto su abuelo como ella, consideraban casi un dios.

—Sí, mi niña, tuve el privilegio de conocer al Maestro cuando solo era un simple aprendiz en su taller de la Sagrada Familia. Lo cierto es que poseía un carácter peculiar y era difícil acceder a él. No era amigo de conversar y siempre estaba ocupado, muy ocupado. Nunca olvidaré el día en que se acercó a mí y me dijo: llegarás a ser un buen arquitecto, hijo, lo he visto en tus ojos cuando observabas mis maquetas. Veías en ellas algo que los demás no pueden ver. Hay que saber mirar

para poder crear...

Así, en aquellas tardes con sabor a pan con chocolate, mientras escuchaba embelesada aquellas historias, Marina había descubierto que aquellos personajes de los que le hablaba su abuelo no eran meros académicos amantes de las líneas rectas, eran verdaderos artistas. En realidad, eran mucho más que eso, eran creadores de sueños. Para ella, eran fabricantes de magia; de esa especie de magia que te hacía sentir que el ser humano puede ser extraordinario. El mundo era más bello gracias a aquellos hombres, y toda esa belleza nos hacía más felices.

—«La belleza está en los ojos del que mira y los corazones tristes no saben verla», —le decía siempre su abuelo.

Marina admiraba especialmente las obras de Gaudí. Le consideraba un ser extraordinario porque poseía la capacidad de captar toda la belleza que le rodeaba, la interiorizaba y la transformaba en obras de arte incomparables. Su alma era toda luz. Su inteligencia, genio, trabajo incansable y fe, hicieron el resto.

Así fue cómo Marina decidió estudiar Historia del Arte y especializarse en el Arte Modernista que tanto le había cautivado desde niña. Y por ello había acabado instalándose en una localidad como Comillas; porque aquel hermoso enclave santanderino se había convertido, en los albores del S.XX, en un campo de ensayo para los grandes protagonistas de ese movimiento artístico, incluyendo a un jovencísimo Gaudí.

Y todo ello gracias a un gran mecenas, un hombre adelantado a su tiempo: Antonio López y López, primer marqués de Comillas.

4

Comillas, verano de 1920

A la mañana siguiente, Tomás bajó a la cocina a desayunar después de haberse lavado y vestido siguiendo las pautas de su rutina de aseo diaria. Se había esmerado a fondo en dejar impoluto cada rincón de su cuerpo menudo, incluyendo detrás de las orejas. Su madre nunca se cansaba de repetirle que aquellas zonas remotas también pertenecían al Señor.

Su padre ya había salido hacia su trabajo unas horas antes. Tenía la extraña costumbre de levantarse temprano, siempre antes del amanecer.

El desayuno le esperaba preparado sobre la mesa de la cocina, pero su madre no se encontraba allí. La buscó por el resto de estancias de la casa y tampoco la vio. Decidió salir al jardín de la parte trasera y allí la encontró tendiendo la ropa que acababa de lavar en la pila de piedra adosada a la pared de la vivienda.

Se acercó a ella y le dio un abrazo y un beso de buenos días. Su madre siempre olía a jazmines aunque nunca usaba perfume, era el olor natural de su piel. Tomás la observó con cariño: ya no era una mujer joven. Dentro de unos meses se convertiría en abuela, puesto que su hermana mayor alumbraría en pocas semanas a su primer hijo, pero a Tomás le parecía la mujer más hermosa del mundo.

—Vaya, estás muy cariñoso esta mañana, aunque eso no te va a librar del castigo, jovencito. Entra en la cocina y tómate el desayuno antes de que se enfríe.

Tomás entró en la cocina donde le esperaban un gran tazón de leche caliente y dos magdalenas caseras. Mientras daba buena cuenta del desayuno recordó la extraña visita del marqués del día anterior y lamentó no poder presumir ante sus amigos de que don Claudio había estado en su casa y que le había dejado subir a su magnífico automóvil.

Poco tiempo después, Adela apareció en la cocina. Se había quitado las alpargatas que llevaba cuando estaba en casa y se había puesto los zapatos.

—Tomás, voy a salir un momento a hacer unas compras. Volveré enseguida.

El niño se fijó en que, aparte del monedero, su madre portaba también en su mano una bolsa de tela negra y gruesa que contenía un objeto pesado. No se atrevió a preguntar.

Sabía que no era correcto porque además seguía castigado sin poder salir de casa, pero no pudo resistir el impulso de seguir a su madre. Caminó tras ella a una distancia prudencial, lo había leído en los libros de detectives que solía prestarle su amigo Carlos.

Después de pararse a saludar brevemente a una señora mayor, Adela continuó caminando con paso decidido hacia el Prado de San José, en lo alto de la colina. Pasó por delante de la imponente mansión del duque de Almodóvar del Río, una preciosa casa de estilo inglés que desentonaba bastante, sobre todo por su inmenso tamaño, del resto del entorno. Sin detenerse en ningún momento, continuó su camino en dirección al cementerio. Desde lejos se podía apreciar la silueta atípica del camposanto, ubicado en el interior de las ruinas de la antigua iglesia del pueblo y abrazado por el mar y la colina. Sobre su muro más alto reposaba la enorme escultura del Ángel Guardián que daba la bienvenida, o una advertencia del final ineludible, a todo aquel que osase atravesar el arco de entrada.

Su madre veneraba la figura de aquel ángel desde que lo habían colocado allí tras la reforma de ampliación del cementerio en 1896, cuando ella tenía solo diecinueve años y acudía a Comillas desde Ruiseñada para visitar aquel lugar sagrado en compañía de sus padres y hermanos. Esa belleza etérea pero a la vez tan masculina de la escultura de Llimona, con su fuerte y nervudo brazo empuñando su espada, le había hechizado desde el primer momento. Nunca antes sus ojos

habían contemplado algo tan hermoso y cautivador. A menudo les narraba a Tomás y a sus hermanas que aquel hermoso ángel protegía las almas de los que descansaban allí para siempre, pero también las de los que todavía estábamos vivos.

Tomás observó desde lejos cómo su madre accedía al interior del recinto. Por un instante dudó si debía seguir acercándose, pues corría el riesgo de ser descubierto y el castigo podría alargarse por tiempo indefinido, pero su curiosidad pudo más y siguió adelante. Dejó pasar algunos minutos antes de ascender las escaleras que daban acceso al gran arco de entrada de estilo modernista. A la izquierda, junto a un panteón con forma de pequeño palacio neoclásico, se encontraban las escaleras que conducían a la zona más elevada del recinto. Su madre estaba allí arriba, al lado del hermoso panteón de la familia Del Piélagos, cuyo espectacular diseño reproducía la forma de una ola marina coronada por un ángel con rasgos infantiles. Tomás ascendió solo un par de escalones arrimado a la pared del primer panteón, lo suficiente para alcanzar a ver a su madre frente a una lápida modesta decorada con una sencilla cruz de piedra. Parecía mucho más antigua y abandonada que el resto de las que la rodeaban. La superficie aparecía cubierta de musgo y otras malas hierbas y la piedra se veía tan deteriorada que apenas podía leerse la inscripción grabada en la losa. Ella no se movía y parecía que lloraba, pero al cabo de unos minutos Tomás presenció algo que le resultó de lo más inverosímil; su madre se acercó hasta el muro que se encontraba justo detrás de la lápida e inspeccionó las piedras con las manos. Se notaba por sus movimientos que tiraba hacia afuera de algo agarrado a la pared hasta que al fin había logrado que se soltara; se trataba de una de las piedras del muro. Volvió la mirada hacia atrás para asegurarse de que nadie más la veía. En ese momento Tomás se agachó rápidamente para no ser descubierto, estaba a salvo de momento. Asomó la cabeza lentamente, lo justo para alcanzar a ver cómo su madre alzaba la bolsa de tela que portaba en la mano, la envolvía sobre el objeto que llevaba en su interior a modo de pequeño paquete, y lo introducía en el hueco dejado por la piedra suelta del muro. A continuación, volvió a colocar la piedra en su lugar, como si nadie hubiera alterado nunca su estado.

Tomás decidió que ya había visto suficiente y salió corriendo del cementerio. Su madre regresaría pronto a casa y no debía descubrir que la había seguido. Más adelante, buscaría el momento para acercarse a aquella tumba y desvelar quién había sido enterrado allí y qué era lo que su madre había escondido con tanto cuidado en el muro. Aunque Tomás creía saber perfectamente de qué objeto se trataba.

Comillas, verano de 1876

Don Antonio López desayunaba en el comedor principal de la Casa Ocejo. Lo hacía a solas mientras leía el periódico de la mañana con semblante serio. Era el momento del día que más le gustaba, un instante de paz y tranquilidad antes de comenzar a organizar las actividades de su apretada agenda. Si algo había aprendido a lo largo de su vida era que los negocios nunca se tomaban vacaciones.

Se sentía a gusto en aquella casa. Había ordenado construirla para su madre en el barrio de Sobrellano, el mismo que le había visto nacer y dónde había transcurrido su infancia. Se enorgullecía de haber logrado transformar aquel mísero lugar donde antaño se arracimaban las viviendas más humildes del pueblo, como restos abandonados de algún naufragio, y lo había convertido en la finca más exclusiva de toda la villa.

Antonio había conocido la pobreza en su lado más duro. Huérfano de padre desde los dos años, su madre les había sacado adelante a él y a sus otros dos hermanos con grandes dificultades, desplazándose cada día a Santander haciendo portes de alimentos con una cesta en la cabeza, e implorando comida y ropas usadas a las familias más pudientes del pueblo.

Antonio, de carácter fuerte e inquieto, también había trabajado muy duro desde niño y enseguida había sentido la necesidad de ampliar sus horizontes en busca de fortuna. Siempre había tenido la certeza de que un hombre debía tomar las riendas de su propio destino y no quedarse esperando a que este lo alcanzara desprevenido. Emigró a Cuba muy joven, con tan solo catorce años, estableciéndose primero en La Habana, donde trabajó como dependiente en una tienda de telas, y más tarde en Santiago de Cuba, donde se dedicaría a comercializar ropa y otros complementos de vestir a la moda europea para la colonia de habitantes procedentes del viejo continente asentados en esa ciudad. Dotado de un instinto emprendedor y de un olfato para el éxito poco frecuente, no tardó en inscribirse como comerciante independiente e instalar su propia tienda en un local alquilado a Andrés Bru Puñet, empresario barcelonés con el que entabló una gran amistad y quien le pondría en contacto con el grupo de empresarios catalanes que poseía una parte importante del comercio de la isla. Esta amistad con Andrés Bru le llevó asimismo a cerrar el mayor negocio de su vida, que sería su matrimonio con Luisa Bru Lassús, la hija del empresario. El enlace se celebró en Barcelona en noviembre de 1848. La importante suma de dinero que recibió como dote, le sirvió a Antonio para levantar su primera empresa: la Compañía Antonio López y Hermano, junto con su hermano Claudio, su suegro y su cuñado Francisco, y adquirir su primer barco de vapor para el transporte de mercancías. Ese sería el inicio de una carrera meteórica en una época en la que los esclavos traídos desde África se contaban entre las mercancías más lucrativas con las que hacer negocio, debido a la escasez de mano de obra necesaria para los ingenios de azúcar, café o tabaco de la isla. Actividad que contribuyó en gran medida a incrementar las arcas de la inmensa mayoría de empresarios de la península con intereses en Las Antillas. Un negocio miserable que sin embargo, por aquel entonces, todavía era legal, frecuente, y moralmente aceptado por la sociedad de la época.

Cuando don Antonio López regresó a España años más tarde convertido en un importante empresario naviero, fijó la sede de sus empresas en Barcelona donde se instaló con su mujer y sus cuatro hijos. En aquellos años la capital catalana era ya una urbe asfixiada entre los límites de sus murallas medievales y numerosas familias burguesas comenzaban a construir sus residencias de verano en el campo huyendo del ambiente insalubre de la ciudad. Fue entonces cuando se iniciaron los veranos comillanos para la familia.

Don Antonio adquirió una importante extensión de terreno en su localidad natal con la intención de construir allí una gran casa señorial, la más grande del pueblo, para que se instalara allí su querida madre y poder disfrutar de los veranos en familia. Para él era importante que sus antiguos vecinos de Comillas descubrieran que aquel chiquillo humilde que habían conocido tiempo atrás, había logrado convertirse en un hombre rico e influyente, pero ante todo, lo que más deseaba era que vieran a su adorada madre como una gran señora, respetada por todos. Ella se lo merecía.

Tras el fallecimiento de doña María, la madre de don Antonio en 1870, se levantarían más casas en el entorno de Sobrellano: La Portilla, construida por su hermano Claudio, El Llano de Patricio Satrústegui, socio y amigo de la familia, y Las Cavaducas, propiedad de su yerno Eusebio Güell, gran amante del arte y casado con su segunda hija, Isabel.

Los veranos se convirtieron así en un acontecimiento social en la localidad cántabra, donde acudían numerosas familias pudientes desde Barcelona, Madrid o Santander, atraídas por la estela de poder de su anfitrión Antonio López. Las calles de Comillas transformaban su apariencia humilde y apacible para convertirse en lugar de encuentro de personajes ociosos ávidos de diversión y el entorno se envolvía de *glamour*, vestidos bonitos, fiestas y cacerías.

6

Comillas, verano de 2011

—«Acabo de llegar. ¿Cenamos juntas? Es urgente» —era el mensaje que Paula le había enviado a su móvil, dos horas antes. A la salida del trabajo, Marina marcó el número de Paula para hablar con su amiga. El mensaje dejaba claro que algo pasaba.

—«Hola, Paula, ¿sucede algo? He leído tu mensaje. ¿Creía que no venías hasta el viernes?».

—«Tengo cosas que contarte. ¿Quedamos en la pizzería a eso de las nueve y media?».

—«De acuerdo. Pero no se trata de nada grave, ¿verdad?».

Marina conocía a Paula desde su llegada al pueblo hacía ya más de un año. Sabía que su amiga tenía cierta tendencia al dramatismo y a la exageración. Formaba parte de su carácter alegre y extrovertido.

—«Depende de cómo se mire, pero ya te contaré. Ahora debo hacer unas llamadas, luego nos vemos».

Marina se desprendió de su ropa de trabajo y comenzó a arreglarse para su cita con Paula. Unos vaqueros gastados, camiseta básica blanca y su chaqueta favorita, la entallada de cuero negro. El pelo castaño recogido en una coleta y bailarinas. Marina era alta y delgada, por lo que siempre se encontraba a gusto sin tacones. Frente al espejo se aplicó máscara de pestañas sobre sus ojos de color miel, y un poco de brillo de labios para dar vida a su pálido y cansado rostro tras una larga jornada de trabajo. Un toque de perfume y lista.

Las dos amigas solían quedar muy a menudo en aquella pizzería. La comida era buena y el servicio era eficiente, educado y cercano. En verano, casi siempre costaba encontrar mesa y los fines de semana era necesario hacer cola y esperar a que quedara alguna mesa libre si no se tenía reserva. Las dos chicas se habían conocido en aquel pequeño restaurante la noche de la llegada de Marina al pueblo, hacía ya más de un año. Aquel día Paula se encontraba celebrando un cumpleaños con un grupo de amigos. Le había llamado la atención ver a aquella chica tímida cenando sola y leyendo con interés las páginas de anuncios clasificados del periódico y se había acercado a su mesa para presentarse. Marina agradeció la actitud hospitalaria de Paula, que se había ofrecido a servirle de ayuda en su búsqueda de alojamiento de alquiler, puesto que poseía numerosos contactos en la villa. Acababa de llegar a Comillas y al día siguiente comenzaría a trabajar como guía en el Palacio de Sobrellano. A cualquiera le habría podido parecer una locura desplazarse desde Barcelona, donde residía, para trabajar en un lugar tan alejado, cuando existían numerosos museos y edificios destacados en su ciudad en los que podría ejercer su profesión. Sin embargo, Marina sabía que Comillas ocupaba un lugar destacado dentro del Arte Modernista en el que ella se había especializado, puesto que a aquella localidad cántabra se la consideraba de alguna forma, y debido a determinados acontecimientos especiales ocurridos en su época, un escenario pionero en esa corriente artística.

A Paula no le entusiasmaba demasiado el mundo del arte y los museos, pero había veraneado en Comillas desde su infancia y durante el año eran numerosos los fines de semana y puentes que se escapaba a ese rincón del Cantábrico. Conocía a casi todos sus habitantes, tanto a los residentes habituales como a los estacionales, y su personalidad arrolladora no dejaba indiferente a nadie. Con solo un par de llamadas y gracias a su predilección por inmiscuirse en las vidas ajenas, había conseguido que el día siguiente Marina tuviera ya un apartamento medio apalabrado y se había ofrecido además a mostrarle sus rincones favoritos de aquella localidad en la que

llevaba veraneando toda su vida. Era una abogada de veintiocho años inteligente, alegre y extrovertida. Marina nunca había conocido a nadie con tanta seguridad en sí misma. Provenía de una familia acomodada de Madrid, y aunque no teman mucho en común, las dos jóvenes congeniaron enseguida.

Era miércoles y Marina se tomaba su refresco *light* favorito mientras esperaba la llegada de Paula.

—Hola guapa, perdona el retraso pero es que llevo un día de locos.

—Hola, Paula, ¿qué tal estás? —Se dieron dos besos—. Estoy impaciente por que me cuentes qué es lo que pasa. No será nada grave, imagino...

—Dependé de cómo se mire, pero déjame que pida primero porque tengo un hambre canina. No he comido nada desde el desayuno.

Paula pidió una lasaña de verdura que era especialidad de la casa y Marina se decantó por una *pizza* cuatro quesos. También ella tenía hambre.

Después de dar buena cuenta de sus platos, las dos amigas se relajaron charlando mientras se tomaban un café sentadas a la mesa del restaurante donde un camarero había retirado los restos de la cena y solamente quedaba ya el mantel de cuadros azules despojado de su almidonado porte.

—Mi abuela Carmen falleció el mes pasado, ya lo sabes, y han sido unos días muy duros. Recuerdo los veranos que pasábamos aquí toda la familia en casa de mis abuelos, los mejores de mi vida. La casa aún existe, está muy cerca de aquí.

—No sabía que tus abuelos todavía tuvieran casa aquí en Comillas, nunca me lo habías contado. Además, como siempre que vienes te alojas en el hotel...

Paula siempre se alojaba en el mismo hotel en la parte alta del pueblo, junto al campo de golf de Rovacías. A veces la invitaba a comer en el restaurante del hotel cuando no le apetecía estar sola.

—Cuando falleció mi abuelo Tomás, mi abuela se trasladó a vivir con nosotros a Madrid, y ya no quiso volver a su casa. Eran demasiados recuerdos. La casa había pertenecido a los padres de mi abuelo y él la había heredado tras su muerte. Toda su vida se encontraba entre esas cuatro paredes. No obstante, seguíamos viniendo a Comillas cada primero de noviembre para visitar la tumba del abuelo en el cementerio, aunque siempre nos quedábamos a dormir en un hotel porque mi abuela no deseaba regresar a aquella casa.

Paula le narró brevemente la historia de su familia.

Era una de aquellas historias que a menudo se imaginaban en blanco y negro y que presentaban como telón de fondo el escenario aciago de la Guerra Civil.

El día que estalló la guerra, el 17 de julio de 1936, Tomás era un joven de veinticinco años con buenas ideas y un gran número de proyectos que llevar a cabo junto a su padre en la carpintería que ambos regentaban cerca del puerto. Sin embargo, el tiempo se detuvo para toda una generación de hombres jóvenes aquel infausto día de verano. Con el mapa de España dividido en dos bandos a corazón abierto, la única alternativa posible era sobrevivir y tratar de seguir adelante en medio de un escenario rodeado de trincheras tanto físicas como humanas.

Tomás nunca se hubiera imaginado que la hija más pequeña de don Jacinto, el farmacéutico, se convertiría con el paso de los años en la muchacha más bonita del pueblo. Fue durante un permiso que le habían concedido para pasar los días de navidad junto a su familia cuando se fijó en ella por primera vez. Carmen salía de la iglesia de San Cristóbal acompañada por su hermano Guillermo, que lucía en su ceja izquierda la cicatriz que Tomás le había provocado muchos años atrás. Se había acercado a saludar brevemente y a presentar sus respetos a la familia, puesto que le habían informado del reciente fallecimiento de la madre de ambos tras una larga enfermedad. Aquella misma tarde, le invitaron a merendar en la casa del farmacéutico, pues con el tiempo, Guillermo y Tomás se habían convertido en grandes amigos, y en los últimos meses, también en compañeros en el frente.

Cuando finalizaron aquellos días de permiso, Tomás ya se había convencido de que Carmen era la mujer de su vida y de que regresaría a buscarla para convertirla en su esposa cuando terminara la guerra. Su noviazgo fue como el de muchos jóvenes de su tiempo, a través de las cartas, con ese romanticismo perfumado de las palabras escogidas minuciosamente y de las fotografías del ser amado que se convertían en objetos de culto, en los que había que conformarse con contemplar el gesto inanimado y desprovisto de color de esa persona especial que lograba que aquellos días oscuros de la contienda tuvieran algo más de luz y esperanza.

Finalizada la guerra, Tomás regresó a Comillas decidido a recuperar su vida y sus sueños de nuevo. Le pidió matrimonio a Carmen, que por aquellos días era ya toda una mujer, y tomó las riendas de la carpintería de su padre que, a sus sesentaiséis años, luchaba cada día por mantener a flote el negocio de toda una vida. Los jóvenes enamorados contrajeron matrimonio en una ceremonia discreta y se trasladaron a vivir a la casa de los padres de Tomás. Sus hermanas ya no vivían en la casa desde hacía tiempo y Adela, su madre, agradeció la compañía de Carmen. Las dos mujeres congeniaron en poco tiempo y Carmen encontró en Adela a la madre cariñosa que había perdido de forma prematura.

En aquellos años oscuros de las posguerra, en la carpintería no faltaba el trabajo y los jóvenes esposos habían logrado construir su pequeño hogar a salvo de la fealdad del mundo que les rodeaba. Enseguida quisieron tener hijos, puesto que deseaban una familia numerosa, pero algo en el cuerpo de Carmen no funcionaba del todo bien y el primer embarazo no llegó a buen término. Siguieron intentándolo, pero en dos ocasiones más Carmen volvió a sufrir sendos abortos. Aquel hecho le hizo atravesar unos momentos emocionales muy duros en los que la esperanza y el deseo de convertirse en madre se habían visto truncados.

El gran apoyo de Adela y las cariñosas atenciones de Tomás evitaron que Carmen cayera en una depresión profunda, y se aferró con fuerza a la esperanza y a la inmensa fortuna que Dios le había otorgado de tener una familia que la amaba y un esposo que cada día le infundía fuerzas y que luchaba incansablemente por los dos.

En 1946, diez años después de que estallara la guerra, España continuaba sumida en el

ambiente gris de la dictadura y todos se esforzaban en olvidar aquellos terribles años de la contienda. Cuando un pueblo se mata entre sí, la única salida que queda es intentar borrar el dolor para poder seguir adelante, aunque las cicatrices permanezcan en el alma para siempre como un tatuaje maldito. Carmen se quedó embarazada por sorpresa cuando ya había perdido la esperanza de ser madre y toda la familia se volcó para atenderla y animarla. Adela acudía cada día a la ermita de Santa Lucía y allí le rogaba a la Virgen por su futuro nieto. Esta vez no hubo complicaciones y Carmen dio a luz a un niño fuerte y sano que el matrimonio recibió como un regalo del cielo. La vida comenzaba a teñirse de color y de esperanza en aquella tierra de gente recia y luchadora. Al niño lo bautizaron con el nombre de Miguel en honor al padre de Tomás, fallecido unos años atrás, y su otro abuelo, don Jacinto, fue el orgulloso padrino.

El tiempo transcurrió sin sobresaltos durante los siguientes años en los que Tomás trabajaba sin descanso en numerosos proyectos y pronto se vio obligado a contratar nuevos empleados que le ayudaran a sacar todos los pedidos a tiempo. Mientras, en su casa, había ordenado construir un taller anexo a la vivienda para poder realizar allí sus encargos más especiales. Le encantaba sentarse delante de su mesa de trabajo y plasmar sobre el papel los bocetos de los muebles que visualizaba en su imaginación, tal y como le había enseñado su padre.

Su hijo Miguel, sin embargo, nunca mostró interés alguno en el taller de maderas. Desde pequeño había sentido una fuerte inclinación por los estudios y su abuelo y padrino don Jacinto se había encargado de costearle los mejores colegios en la capital donde podía soñar con un futuro mejor lejos del pueblo.

Pero la vida jamás se conforma con que la veamos desfilar instalados en nuestra zona de confort. A veces se lanza hacia nosotros y nos muerde con fuerza para que no se nos olvide seguir luchando.

Una fría mañana de febrero, Adela ya no se despertó; se había ido de este mundo en silencio, de la misma forma en la que había vivido, dejando un poso de amor infinito en el corazón de todos los que la habían querido.

Carmen y Tomás buscaron refugio a su dolor en su propia parcela de intimidad, que habían aprendido a cultivar en los años de la guerra, un rincón donde guarecerse del mundo para poder llorar en silencio por todo aquello a lo que no podían enfrentarse. Así, los dos esposos se centraron en sus labores cotidianas, que les permitieron mantener la entereza en una rutina que se asemejaba, al menos desde fuera, a la normalidad. Tomás se encerraba durante horas en su taller y no volvía a aparecer hasta la hora de la cena, en la que se mostraba taciturno y se sentaba a la mesa junto a su esposa, respondiendo a sus comentarios con monosílabos en un intento de comunicación que resultaba imposible. Carmen le regalaba su sonrisa comprensiva y cariñosa, y deseaba en silencio que el tiempo cicatrizase el dolor y le devolviera a su esposo la ilusión que necesitaba para seguir adelante. Ella sabía que gran parte del tiempo que Tomás permanecía en su taller, lo dedicaba a ordenar un sinfín de documentos y recortes de periódico antiguos y a escribir en su cuaderno todo aquello que lograba abstraerle por unos instantes de la dolorosa realidad del presente.

El joven Miguel por su parte, vivía su propio duelo alejado del hogar familiar, en el colegio de Madrid donde estudiaba. La distancia y el apoyo de sus amigos habían resultado imprescindibles para lograr alejarlo del dolor por la pérdida de su abuela a la que había querido tanto. Se concentró en sus estudios de Bachiller, que superó con calificaciones brillantes, y más tarde se matriculó en la universidad para estudiar la carrera de Derecho, tal y como le había prometido a su abuela Adela antes de fallecer. Se licenció con honores y comenzó a trabajar enseguida en un conocido despacho de abogados de la capital. Solo regresaba a Comillas para disfrutar de los veranos junto a sus padres y visitar a sus tíos y primos; resultaba hermoso volver a sentirse en casa de nuevo.

Unos años más tarde, cuando se casó y formó su propia familia junto a su mujer Ana y sus dos

hijos, Mario y Paula, siguieron acudiendo todos a Comillas cada verano para disfrutar con los abuelos de unos días inolvidables en aquel entorno privilegiado.

Paula terminó de narrar la historia de su familia con una sonrisa en los labios.

—Por eso, cuando falleció mi abuelo Tomás, mi abuela Carmen ya no quiso regresar a aquella casa donde guardaba los recuerdos de toda una vida.

—¿Y qué sucedió con la casa, la vendisteis?

—No, los recuerdos eran dolorosos, pero no quería perderlos, no se veía capaz de traicionar la memoria de mi abuelo. Mi padre trató de convencerla de que lo mejor era vender la casa, que acabaría cayéndose si quedaba vacía y abandonada. Pero mi abuela le hizo prometer que no la vendería, al menos mientras ella viviese. Más tarde, mis padres se compraron la casa de Sotogrande y se terminaron los veranos comillanos en familia, aunque yo seguí viniendo por mi cuenta.

—Y ahora que tu abuela no está, ¿qué piensa hacer tu padre con la casa? Tú sigues viniendo mucho por aquí, podrías quedártela.

Lo cierto era que Marina no se imaginaba a Paula haciéndose cargo de una vieja casa. Poseía su apartamento en Madrid y cuando venía a Comillas estaba acostumbrada a las comodidades del hotel.

—Tú sabes que me encanta Comillas y que media vida me la paso aquí, pero no tengo tiempo de ocuparme de una vieja casa y menos aún del montón de reformas que necesitaría esta. No, yo vengo a relajarme y a disfrutar, no a quitar telarañas.

Marina miró el reloj; eran casi las once de la noche y al día siguiente tenía que madrugar. Llamó al camarero para pagar la cuenta y le dijo a Paula que tenía que irse ya. Las dos amigas se levantaron de la mesa.

—Mi padre, como único heredero, quiere deshacerse de la casa cuanto antes y olvidarse de complicaciones. Yo no estoy interesada y el idiota de mi hermano hace ya casi cinco años que no viene por aquí. Ni siquiera se presentó en el entierro de la abuela Carmen.

Salieron de la pizzería después de que Paula se despidiera de un grupo de chicos y chicas que ocupaban la mesa más grande del restaurante. La temperatura en el exterior había descendido varios grados y el cielo mostraba un mapa de estrellas que parecía irreal. Una suave brisa rozó la nuca de Marina y sintió un leve escalofrío. Cruzó los brazos ciñéndose a su chaqueta de cuero y respiró el dulce y fresco aroma a flores y a mar que tanto le gustaba.

—Parece que no le tienes mucho cariño a tu hermano —dijo Marina con una media sonrisa picara que hizo sonreír a Paula.

Comenzaron a caminar en dirección al apartamento de Marina. Paula había bajado en coche desde el hotel y había aparcado frente al apartamento de su amiga, en la zona del parque de Sobrellano. Aparcar en el centro del pueblo, donde se encontraba la pizzería habría sido una misión imposible. Las calles estrechas se asemejaban a tentáculos que partían de, la plaza central del pueblo. Todas poseían una pendiente pronunciada y se retorcían de forma caprichosa adaptándose al relieve irregular del terreno. La mayoría se encontraban flanqueadas por casas típicas montañosas con sus fachadas de piedra, sus balcones corridos de madera torneada y sus escudos colgando en lo alto, recordando al visitante el noble apellido de sus propietarios. Cuanto más grande era el escudo, más importante había sido la familia. Algunas calles conservaban el empedrado original, lo que dificultaba un tanto el paseo, por eso Marina nunca se quitaba sus bailarinas que se adaptaban como un guante a las piedras redondeadas del camino.

Durante el paseo, Paula le habló a Marina de su hermano mayor, que hacía cinco años que vivía en Estados Unidos y que apenas mantenía relación con la familia. Su padre era un abogado muy respetado en la profesión, y la ilusión de su vida había sido que sus hijos siguieran sus pasos y trabajaran con él en el bufete familiar. Al principio así fue y los dos hermanos siguieron el camino marcado por su padre. Pero Mario, que así se llamaba el hermano mayor de Paula, no era feliz encerrado en un despacho. Un día les anunció que lo dejaba todo y se marchaba a Nueva York. Pretendía convertirse en un gran artista, deseaba formarse y luchar por su sueño de exponer

algún día sus obras al público. La pasión por la pintura le venía desde niño; se pasaba los días de verano en Comillas con su cuaderno y sus lápices de colores retratando todo cuanto veían su ojos: la playa al amanecer, los pescadores en el puerto, el abuelo Tomás encerrado en su taller rodeado de herramientas... Nada escapaba a su retina de artista. La realidad era que tenía mucho talento.

Como era de suponer, la noticia de su marcha sentó como un jarro de agua fría en la familia y hubo tensas discusiones entre Mario y su padre. La cosa no acabó bien y dejaron de hablarse. A pesar de los intentos de su madre, su abuela y la propia Paula por rebajar la tensión entre ambos e intentar una reconciliación, ninguna de las partes se había mostrado dispuesta a ceder ni un ápice. Finalmente, Mario se fue a Nueva York y cortó toda relación con la familia. Eso era lo que más le había dolido a Paula, que la dejara abandonada de esa manera. Adoraba a su hermano y no le perdonaba que se hubiera alejado también de ella.

En la actualidad, Mario se ganaba muy bien la vida en Nueva York y sus cuadros cotizaban al alza en las mejores galerías de la ciudad.

—Así que mi gran problema es que mi padre me ha cargado a mí con el muerto de vender la casa. Como si no tuviera otra cosa que hacer que dedicarme a ejercer de agente inmobiliario. Mañana tendré que pasarme por allí a echar un vistazo y ver cómo está el panorama antes de que vengan los de la asociación benéfica a llevarse los muebles que quedan.

—Pero no puedes deshacerte de los muebles sin saber si hay algo de valor.

Marina buscaba las llaves de su apartamento en el interior de su bolso.

—La abuela Carmen se llevó a Madrid todo lo que tenía algún valor, especialmente los muebles que habían fabricado mi abuelo y mi bisabuelo, pero si quieres puedes venir conmigo mañana y si encuentras algo que te sirva, te lo quedas. Aunque no te hagas demasiadas ilusiones, allí no hay más que trastos viejos.

—De acuerdo, mañana no trabajo por la tarde, así que si quieres podemos quedar después de comer.

—Mejor comemos juntas en el hotel. Pasaré a buscarte sobre las dos.

Se dieron dos besos y Paula accionó el mando a distancia de su BMW de color blanco.

Comillas, verano de 1876

Don Antonio López terminó su desayuno y continuó leyendo el periódico. Las noticias no eran buenas. El conflicto con Cuba andaba lejos de resolverse y sus intereses económicos en la isla se estaban viendo afectados. A pesar de todo, a él siempre le habían gustado los desafíos y estaba convencido de que las épocas de inestabilidad siempre traían consigo nuevas oportunidades de negocio. Quizás había llegado el momento de desarrollar otras vías empresariales. Para él, el mundo de los negocios se asemejaba a un río de aguas embravecidas en el que para navegar con éxito solo cabían dos opciones: la primera era la de intentar mantenerse a flote, sin riesgos, siguiendo el curso de la corriente, que era propia de los conservadores, y la segunda, era la de mantenerse alerta, observar la dirección del viento y aprovechar su fuerza cuando era favorable para remar más rápido y llegar el primero. Esa era la opción de los valientes y Antonio nunca se había considerado un conservador.

Las revueltas independentistas en Cuba se habían ido intensificando hasta desembocar en una guerra que duraba ya demasiado. Las arcas reales españolas se estaban viendo gravemente mermadas debido al conflicto, lo que había obligado al nuevo monarca, Alfonso XII, a solicitar ayuda política y económica a los empresarios españoles más influyentes en ultramar.

Don Antonio no había dejado pasar la oportunidad, una vez más, de ganarse la confianza de la Corona y había puesto los barcos de su naviera a disposición del Estado para el transporte de tropas a la isla, como ya había hecho años atrás durante la guerra de África. Suya había sido también la iniciativa de recaudar fondos para sufragar los gastos de la guerra. Un grupo de inversores encabezados por el propio López, le prestarían al Estado español una cuantía de setenta y cinco millones de pesetas, ampliables a otros cincuenta, que el Gobierno devolvería poco a poco a un interés establecido. Se trataba de un negocio redondo: por un lado, Antonio demostraría su lealtad al rey y su compromiso con España colaborando en la financiación de la guerra, lo que le otorgaría privilegios en sus contratos con el Estado. Por otro lado, la gestión de este préstamo supondría para López y sus socios la excusa perfecta para el nacimiento de una nueva empresa, el Banco Hispano Colonial, una entidad financiera de negocios con la que esperaban alcanzar grandes beneficios a corto plazo. Don Antonio estaba dotado de un olfato especial para el éxito y la creación de esta gran entidad bancaria con sede en Barcelona se había convertido para él en un objetivo prioritario.

Una joven criada entró en el comedor por la puerta de servicio. Se disponía a retirar los restos del desayuno cuando don Antonio levantó la vista del periódico y se percató de que no había visto antes a aquella bella muchacha. Para él sus empleados eran como parte de su familia y presumía de conocer los nombres de todos ellos. Sin embargo, el rostro de aquella joven le resultó completamente desconocido.

—¿Desea alguna cosa más, señor?

La joven inclinó la cabeza ocultando sus mejillas del color de la grana. Iba a costarle mucho acostumbrarse a aquel trabajo siendo tan tímida.

—Nada más, gracias. —Don Antonio cerró el periódico y lo dejó sobre la mesa—. Creo que no la había visto a usted antes por aquí. ¿Cuál es su nombre?

La miró con curiosidad. No era habitual que se contratase personal de servicio sin su consentimiento.

—Me llamo Teresa Noriega, señor. Hoy es mi primer día de trabajo. Su señora, doña Luisa, me contrató la semana pasada.

Teresa notó que le temblaba la voz. Había oído hablar mucho del carácter severo de don Antonio y la mirada oscura e inteligente de este había provocado que se le encogiera el corazón.

—Entonces, sea usted bienvenida a esta casa, Teresa. Espero que se encuentre a gusto entre nosotros. Puede seguir con su trabajo.

Se levantó de la mesa y se dirigió a su despacho.

Los dos hijos menores de Don Antonio, los hermanos Antonio y Claudio, se habían levantado temprano aquella mañana. Después de asearse y vestirse como los señoritos que eran, habían disfrutado de un espléndido desayuno en el jardín de la casa en compañía de su madre y de su hermana mayor M^a Luisa. Su querida hermana aún permanecía soltera a pesar de haber cumplido ya los veintisiete. El noviazgo que había mantenido tiempo atrás con el acaudalado y excéntrico empresario comillano Antonio G. de Bustamante y Piélagos no había conseguido el visto bueno de su padre, que se había opuesto tajantemente a aquella relación. Las ideas liberales y anticarlistas de este no habían sido del agrado de don Antonio López. Finalmente, M^a Luisa se había prometido en matrimonio con Joaquín del Piélagos, primo de Bustamante, cuyas ideas y carácter eran más afines a los intereses de su progenitor.

Tras el desayuno, los dos hermanos se dirigieron al despacho de su padre donde este los había citado.

—Buenos días, padre. Tío Claudio, buenos días a usted también. —Antonio, como primogénito, fue el primero en saludar. Su hermano pequeño prefería mantenerse en segundo plano.

—Buenos días, hijos míos. Sentaos, por favor —Don Antonio se encontraba de pie, de espaldas a sus hijos, mirando hacia la ventana con las manos entrelazadas detrás de la espalda. Se giró y les ordenó con la mano que tomaran asiento junto a su tío Claudio que permanecía sentado en una de las butacas de piel oscura del despacho. Allí estaban; los hermanos Antonio y Claudio de la primera generación, frente a los hermanos Antonio y Claudio de la segunda.

—Hijos, vuestro tío y yo queremos informaros de las últimas novedades respecto al proyecto del Hispano Colonial. Parece ser que el Gobierno ha aceptado el préstamo, a pesar del interés elevado que le exigimos, y están dispuestos a firmar. Viajaremos esta semana a Madrid y seguidamente a Barcelona para reunimos con nuestros socios inversores y ultimar detalles.

—¡Esa es una excelente noticia, padre! —Antonio sabía de la importancia que suponía la firma de aquel contrato—. Estoy seguro de que todo saldrá como planeáis.

—Vosotros y sobre todo tú, Antonio, seréis los responsables de la familia en nuestra ausencia. Estoy convencido de que sabréis estar a la altura en cualquier evento que se produzca.

—Descuide padre, ya sabe que puede confiar en nosotros.

Antonio se levantó del asiento, seguido por su hermano menor y estrecharon las manos de su padre y de su tío. Contagiados del sentimiento optimista que les infundía aquel nuevo éxito empresarial de su progenitor, continuaron conversando sobre los detalles del proyecto y la estrategia a seguir. Más tarde, salieron del despacho dejando a su padre y a su tío organizando los pormenores de su viaje.

9

Comillas, verano de 2011

A las tres en punto Marina recibió en su móvil el mensaje de Paula avisándole de que estaba en la puerta esperando. Marina había salido algo tarde del trabajo debido a las muchas visitas que habían acudido al palacio aquella mañana. En verano, Comillas triplicaba su población y eran muchos los visitantes y turistas que se acercaban a descubrir de cerca aquel edificio imponente y ecléctico. No le gustaba que las visitas fueran demasiado numerosas, prefería atender a grupos más reducidos porque así no tenía que hablar tan alto para hacerse escuchar y los visitantes podían apreciar mejor aquello que ella les mostraba.

Se dio una ducha rápida y se puso un ligero vestido estampado, ideal para ese día caluroso. Bajó corriendo las escaleras porque no le gustaban nada los ascensores y encontró el coche de Paula esperando en la puerta. Subió al vehículo y se pusieron en marcha. Paula iba deslumbrante, como siempre, con su bronceado de rayos uva. Aunque carecía de la belleza dulce del rostro de Marina y de su figura estilizada, poseía un atractivo felino y un físico de formas rotundas que adornaba con un gusto impecable en el vestir.

Durante la comida las dos amigas se pusieron al día respecto a sus vidas. Paula le anunció que había conocido a un chico especial, también abogado, y que estaba muy ilusionada. Les habían presentado en una comida de trabajo, habían quedado un par de veces y todo iba muy bien entre ellos.

—Creo que este puede ser el definitivo. Somos muy parecidos, nos encanta nuestro trabajo, compartimos aficiones... y es bastante guapo, dicho sea de paso.

Una sonrisa maliciosa se dibujó en el rostro de Paula.

—Debe de ser alguien muy especial porque detecto un brillo distinto en tus ojos. Me alegro mucho por tí, Pau.

Marina posó la mano sobre el brazo de su amiga. Se alegraba de verdad de ver a Paula tan feliz.

—Y tú que tal. ¿Hay algún Romeo en tu vida? Tengo un par de amigos que están deseando que te los presente...

—No, gracias Paula, ya conozco a tus amigos y no creo que ninguno sea mi tipo. Yo sigo enamorada platónicamente del hijo del marqués, ya lo sabes. Cuando encuentre un chico como él, sabré que es el hombre de mi vida.

—¿Quién? ¿El chico del cuadro que me enseñaste en el palacio? ¿El que murió de tuberculosis a los veinticuatro años hace más de un siglo? Lo tuyo no es muy normal Marina, tienes que salir más. ¿Con la de chicos guapos que hay por ahí y tú vas y te enamoras de un fantasma!

—Era solo una forma de hablar, no exageres, pero es que cada vez que veo su retrato con esa mirada que te llega al alma, me da tanta pena... Antonio tenía toda la vida por delante y era el primogénito, el heredero del imperio López. Era un hijo tan querido que su muerte envolvió de tristeza a su familia para siempre. Un buen chico que estaba destinado a ser alguien especial, no es justo que su vida se truncara de esa manera.

—La vida no siempre es justa, amiga mía. Te lo digo yo, que soy abogada.

Paula llamó al camarero para que anotaran la cuenta a su habitación y las dos chicas salieron del restaurante.

La casa de los abuelos de Paula poseía la fachada de piedra y se conservaba en bastante buen estado. Se hallaba cerca de la iglesia de San Cristóbal, en una estrecha calle cuesta arriba en dirección al Prado de San José. Las ventanas eran blancas y la doble puerta de entrada daba acceso a un pequeño porche acristalado también de color blanco, al que se accedía por una pequeña escalera de piedra de seis peldaños. Se trataba de una construcción típica de la zona, de tamaño medio y de dos plantas. En la parte izquierda poseía un anexo de construcción más reciente que debía de haber sido el taller de muebles de Tomás, el abuelo de Paula.

—Bueno, ya hemos llegado. Esta era la casa de mis abuelos. Aquí pasaba los veranos con mi familia cuando era niña. ¿Qué te parece?

—Me parece realmente bonita. Tiene una buena ubicación y es bastante grande. —Respondió Marina mientras admiraba la fachada con interés.

Las dos chicas ascendieron los peldaños de la entrada de la casa y Paula extrajo un conjunto de llaves del bolso para abrir la puerta. Nada más entrar, sintieron un manotazo de aire espeso y dulzón; la casa había permanecido cerrada durante mucho tiempo y necesitaba ventilación. Abrieron las ventanas para dejar pasar la luz y el aire, y la casa pareció cobrar vida de nuevo.

A la derecha se encontraba la cocina con sus azulejos blancos, una sencilla cocina de gas, el fregadero de piedra en forma de pila y un banco y una mesa de madera gastados. A la izquierda había un salón grande al que le faltaban casi todos los muebles. El suelo de madera había resistido bien el paso del tiempo y entraba la luz del sol por sus dos ventanales.

—Como te dije, aquí no quedan más que trastos viejos. Los muebles de valor se los llevó mi abuela hace años. Los que había diseñado mi abuelo.

—Es una pena que tu padre desee deshacerse de esta casa. A mí me parece que posee algo especial.

Marina se sentía entusiasmada con la visita. Le encantaban los edificios antiguos en los que los recuerdos de vidas pasadas se acumulaban en sus paredes.

—Pues yo solo espero poder venderla pronto y deshacerme del marrón. —Paula era una mujer muy práctica y no se dejaba llevar por sentimentalismos—. Sigamos con la visita.

Aparte de la cocina y el salón, la planta principal se distribuía en un dormitorio grande, que había sido el de los abuelos de Paula, al fondo a la derecha, y un cuarto de baño a la izquierda. De frente, al final del pasillo, se encontraba la puerta de salida a un pequeño jardín delimitado por un muro de piedra cubierto de musgo. Desde el jardín también existía un acceso al edificio anexo a través de una puerta acristalada. Volvieron a entrar y subieron las escaleras de madera hacia la segunda planta donde el aire se encontraba aún más cargado que en la planta inferior. Abrieron también las ventanas de las tres habitaciones existentes y la de un pequeño cuarto de baño que se había construido en una reforma posterior y que daba al jardín trasero. Solo en una de las habitaciones se conservaba el cabecero de madera torneada de la cama y las mesitas también de madera oscura. En otra de las habitaciones se encontraron con un armario de tres puertas que no se conservaba del todo mal.

Paula tenía razón; ninguno de los muebles que quedaban en la casa poseía gran valor. Aun así, Marina se quedó prendada de cada una de las estancias, del jardín, de la escalera de madera... Aquel lugar desprendía algo especial que no alcanzaba a descifrar.

—¿Crees que podré sacarle un buen beneficio? ¿Qué te parece?

Paula se asomó a cada una de las habitaciones de la planta superior buscando a su amiga, hasta que encontró a Marina en una de ellas asomada a la ventana.

—Esta es mi habitación favorita, con vistas al jardín. Además le da el sol durante toda la tarde, ¿qué más se puede pedir? —Marina continuaba asomada a la ventana encantada con las vistas—. Desde aquí se puede ver el palacio y la capilla panteón.

—Esta era la habitación de mi hermano Mario, también le encantaban las vistas. —Contestó Paula poniendo los ojos en blanco.

Marina se dio la vuelta y se sentó en la repisa de la ventana, de espaldas al exterior. Agachó la mirada hacia sus manos y parecía concentrada en la cutícula de sus uñas, pero una tormenta de

ideas se agolpaban en su interior. El corazón le latía muy deprisa y una especie de euforia invadía su espíritu. Solía fiarse de sus impulsos, su intuición nunca le había fallado. Desde que había entrado en aquella casa había sentido en sus venas una especie de energía invisible que conectaba su cuerpo y su alma con ese lugar. Una de esas certezas que sentimos muy pocas veces a lo largo de nuestra vida.

—Paula, ya tienes comprador para esta casa. Me la quedo.

—Pero... ¿qué estás diciendo? Si ni siquiera sabes lo que cuesta. Creo que deberías madurarlo un poco. Además, no te ofendas, pero tu sueldo de guía turístico no creo que dé para pagar una hipoteca tan grande.

—Tengo mi propio dinero, no necesito pedir una hipoteca. Mi abuelo me dejó una herencia importante cuando falleció hace quince años y ha ido aumentando todo este tiempo gracias a un fondo de inversión. Creo que será suficiente. Él confiaba en que sabría cómo gastarlo.

Paula invitó a Marina a bajar al piso inferior para que pudieran hablar más tranquilamente. Entraron en la cocina y se sentaron en el banco de madera junto a la mesa. Charlaron durante un buen rato y acordaron un precio, no deseaba que su amiga tomase una decisión precipitada. Tenía prisa por vender, pero la oferta de Marina le había pillado por sorpresa.

—Entonces tenemos un trato. Todavía tengo que hablar con mi padre, pero creo que la venta podrá hacerse efectiva la semana próxima. Te avisaré cuando esté listo el papeleo. Me hace mucha ilusión que te quedes tú con la casa, de verdad.

Paula le dio un abrazo emocionado a Marina.

—Esta seguirá siendo tu casa y podrás venir a visitarme cuando quieras.

Marina también se sentía emocionada; había tomado una decisión muy importante casi sin pensarlo, pero a la vez estaba segura de que había sido una inversión acertada.

Ahora tendría que comunicárselo a sus padres, y no les iba a entusiasmar tanto la noticia.

10

Permanecía sentada en uno de los escalones de piedra de la entrada de su nueva casa mientras, en su mano derecha, contemplaba el conjunto de llaves que Paula le había enviado el día anterior junto con las escrituras de la casa. Había sucedido todo tan deprisa... Se había convertido en la propietaria de una hermosa casa en el lugar que más le gustaba del mundo y se sentía feliz e ilusionada.

Contempló las llaves con detalle. Eran seis en total, todas ellas de diferentes tamaños. Paula no había sabido indicarle a qué cerraduras correspondían la mitad de ellas, pero ya lo iría descubriendo poco a poco. Del llavero que las unía colgaba la figura de un pequeño ángel de plata, y a Marina le pareció una buena señal.

Por fin tomó aire, se levantó del escalón y abrió la puerta de la casa. Allí, envuelta en el silencio de tiempos pasados y en las motas de polvo que el sol filtraba a través de los ventanales, Marina se emocionó contemplando su nuevo hogar. Harían falta unas cuantas jornadas de limpieza y algunas manos de pintura, pero aun así continuaba siendo perfecta.

Decidió que su habitación sería la de la planta superior que tanto le había gustado el primer día, con vistas al jardín trasero. Trasladó allí los muebles que quedaban en la casa: el cabecero con las dos mesitas de madera torneada y el armario de tres puertas. Solo tendría que comprar un colchón nuevo y podría quedarse a dormir allí el fin de semana. Ya había dado aviso a su casera de que ese mes dejaría el apartamento de alquiler, no quería gastos innecesarios. Compraría también algunos muebles para el salón: una estantería para sus libros, un sofá y un televisor. Sería suficiente para empezar, el resto vendría poco a poco.

11

Marina trabajaba en el Palacio de Sobrellano a jornada completa durante todo el año, formaba parte de la plantilla fija que dependía directamente del Gobierno de Cantabria. Por lo tanto, tenía el privilegio de poder disfrutar de sus vacaciones en verano, en plena temporada alta de turistas. En esta época se contrataba personal eventual y la plantilla duplicaba su número de trabajadores. Le quedaban por delante tres semanas de vacaciones que pretendía dedicar en exclusiva al acondicionamiento de su nueva casa.

Hacía ya varios días que se había trasladado a vivir allí de manera un tanto precaria. Había comprado un frigorífico nuevo, una lavadora y un microondas en una tienda de muebles de cocina situada en el centro del pueblo. En el bazar de la calle Antonio López había hecho provisión de menaje, sábanas y toallas, y en un centro comercial de Torrelavega había comprado bombillas, herramientas, pinturas y productos de limpieza.

Era sábado y se había pasado casi todo el día pintando paredes. Llevaba puestos unos vaqueros y una camiseta viejos que irían directos a la lavadora al final del día, y se había protegido el cabello con un pañuelo atado en la nuca. Con la única compañía de la música que escuchaba a través de los auriculares conectados a su teléfono móvil, disfrutaba cantando a pleno pulmón la letra de sus canciones favoritas aprovechando el eco especial que poseían las habitaciones desnudas.

Avanzada la tarde, se encontraba demasiado cansada para continuar con la tarea y decidió que ya era suficiente por ese día. Se quitó los guantes de goma y salió al jardín para poder tomar un poco de aire fresco antes de meterse en la ducha. Miró a su izquierda y contempló la puerta acristalada que daba acceso al taller del abuelo de Paula, al día siguiente tendría que ponerse a ordenar todo aquello. Ni siquiera había tenido tiempo de mirar qué había allí dentro, suponía que un montón de trastos viejos cubiertos de telarañas, y algún que otro ratón, pero ahora solo deseaba descansar un poco.

En la esquina más alejada del jardín, junto al único árbol que crecía adosado al muro de piedra, reposaban olvidadas una mesa y dos sillas de forja que en su día debían de haber sido blancas, pero que ahora mostraban un color indefinido debido a la herrumbre y a la suciedad acumuladas durante años. Se sentó en una de las sillas sin miramientos, se acomodó hacia atrás en el respaldo y cerró los ojos dejando que los últimos rayos de sol de la tarde acariciasen su rostro.

—¡Eh, tú! ¡Fuera de aquí, esto es una propiedad privada!

Marina dio un respingo y casi se cayó al suelo del susto. Con la vista algo nublada por el sol no lograba distinguir de dónde provenía aquella voz masculina. Al cabo de unos segundos, sus ojos pudieron enfocar la figura de un hombre en la puerta del jardín.

—Perdona, pero eso mismo digo yo. Esta es mi casa, así que el que no puede estar aquí eres tú. Y por cierto ¿quién eres y cómo has entrado?

Marina lamentó no haber cambiado la cerradura. Observó al intruso: era un hombre joven, de unos treinta y pocos años e iba bien vestido, no tenía pinta de ser un ladrón. Pensó que sería algún agente de la inmobiliaria, así que optó por acercarse.

—Debe de haber un malentendido. La casa ya no está a la venta, yo soy su nueva propietaria.

—Imposible. Esta casa pertenece a mi familia desde hace más de cien años, mi abuela nunca la habría puesto en venta.

Había enfado y desprecio en la voz del desconocido.

—Un momento... ¿Tu abuela? ¿No serás... Mario, el hermano de Paula? ¿El que vive en Nueva York?

—¿Y tú quién eres? —Ahora había desconcierto en su mirada.

—Me llamo Marina... —Le tendió la mano y de pronto, frente a aquel hombre alto y atractivo, tuvo conciencia de su aspecto desastroso y desaseado, y en un acto reflejo se quitó el pañuelo de la cabeza—... y tengo una historia que contarte.

Comillas, verano de 1876

En la casa Ocejo reinaba el silencio. Después de la cena, la señora doña Luisa y sus hijos se habían retirado a sus respectivas habitaciones, ya que esa noche no habría fiestas ni compromisos que atender. El señor López no se encontraba en la casa, había salido de viaje hacia Madrid, junto con su hermano, aquella misma tarde y su ausencia se prolongaría a lo largo de varias semanas.

Teresa había trabajado durante todo el día y había ayudado en la cocina a recoger los restos de la cena. Más tarde don Teodoro, el encargado del servicio, había ido apagando las lámparas de gas de todas las estancias. Sin embargo Teresa no podía dormir; le habían asignado un cuarto minúsculo y abuhardillado igual al resto de habitaciones de los criados que se ubicaban en la última planta y le estaba costando, más de lo que había esperado, acostumbrarse a su nueva vida dentro de aquella casa. Necesitaba salir a tomar un poco de aire fresco.

Con la única luz de la vela que portaba en su mano izquierda, descendió por la escalera de servicio las dos plantas que separaban las habitaciones de los criados, de la planta principal. Dejó la vela encendida en la cocina para que el aire del exterior no apagara su llama y se sentó en el escalón de la puerta trasera que daba al jardín.

El cielo estaba despejado y la luna creciente iluminaba el entorno como un faro al frente de un océano de estrellas. Corría un aire fresco y húmedo y Teresa se ciñó el manto de lana que se había puesto sobre su camisión blanco.

Se acordó de su familia: su vida había cambiado tanto en tan poco tiempo... Hasta hacía unos meses, había vivido junto a sus padres y hermanos en un entorno de amor y protección, como cualquier otra familia del pueblo. Su padre trabajaba en el mar con sus largas ausencias y el resto de la familia sobrellevaba su rutina diaria al ritmo tranquilo y apacible que marcaba el tiempo entre las calles de Comillas.

Pero todo cambió el día en que su padre no regresó a casa, no regresó a los brazos de su esposa y de sus hijos. El mar se lo había tragado, como a tantos otros hombres del pueblo, en un día de tormenta. Un día oscuro y triste que arrastró con la fuerza del viento todos los sueños de Teresa.

Tenía dieciocho años, y ahora le tocaba a ella y a su madre llevar dinero a la casa y sacar adelante a sus hermanos pequeños. Su hermana mayor, Julia, había tenido más suerte, se había casado cuatro años atrás y vivía feliz en Ruiseñada junto a su marido Fernando y sus dos hijos.

Allí, contemplando las estrellas y envuelta en el silencio sonoro de los árboles, echó de menos su hogar y el beso de buenas noches de su madre, y por primera vez se permitió a sí misma ser débil. Ahora que nadie la observaba, a solas ante la oscuridad del jardín y sus recuerdos, dejó salir aquel dolor que oprimía su pecho y las lágrimas brotaron por sus mejillas como un náufrago que emerge a la superficie en busca de una bocanada de oxígeno.

Sin embargo, Teresa no estaba sola aquella noche. Alguien la observaba sin querer desde el lado más alejado del jardín. Alguien que tampoco podía dormir, y que solía sentarse a solas, como tantas otras noches bajo aquel árbol, para disfrutar de un momento de paz en la soledad de sus pensamientos. Un hombre joven que no pudo dejar de conmovirse al escuchar el llanto amargo de aquella muchacha.

13

Comillas, verano de 2011

Mario miró la hora en su reloj. Eran casi las diez de la mañana. Había elegido una mesa junto a la ventana, desde donde podía observar a todas esas personas que, vestidas de domingo, iban congregándose frente a la iglesia de San Cristóbal. Después de tanto tiempo viviendo fuera, le resultaba curioso presenciar aquel ritual católico de acudir a misa el domingo por la mañana.

A su mente acudieron los recuerdos del día anterior y su encontronazo con Marina. Tras el primer momento de confusión, ella le había comentado a grandes rasgos su amistad con Paula y el asunto de la venta de la casa. Sintió que le debía una disculpa a aquella joven por haber irrumpido en su casa de forma tan brusca, y le había invitado a desayunar en aquella cafetería para compensar el malentendido. Era lo menos que podía hacer y además, necesitaba que Marina le contara toda la historia al detalle.

Marina entró en la cafetería, casi todas las mesas estaban ocupadas. Le vio sentado junto a la ventana ojeando el periódico sin mucho interés y se permitió observarlo unos segundos antes de acercarse más. Mario iba vestido impecable pero de manera informal. Poseía, al igual que su hermana Paula, una elegancia innata que le caracterizaba. Vestía una camisa blanca que destacaba sobre su piel morena, con los puños abiertos y recogidos hacia atrás, y unos pantalones de color *beige*. Marina sintió que había algo en él que le resultaba familiar.

—Buenos días, espero no llegar tarde.

Mario alzó la mirada del periódico y sonrió. Se levantó educadamente e invitó a Marina a que tomara asiento frente a él.

—Buenos días, Marina. No te preocupes, yo he llegado hace solo unos minutos. He venido dando un paseo desde el hotel, recordando viejos tiempos.

—Esto no se parece a Nueva York, ¿verdad?

—Por eso me encanta. Me gusta Nueva York, claro, porque es una ciudad viva, con fuertes contrastes, pero aquí todo es distinto; Comillas es un lugar ideal para perderse, o para encontrarse, según se mire.

—Estoy de acuerdo. —Marina dio un sorbo al café que acababan de servirle—. Yo soy de Barcelona y es una ciudad que me fascina, pero cuando llegué aquí por primera vez, me pareció un lugar especial.

Mario observó a Marina mientras le hablaba. El vestido verde que llevaba puesta aquella mañana le sentaba mucho mejor que la camiseta vieja y llena de pintura del día anterior. Ella le hablaba con entusiasmo de su trabajo y de su amor por el arte, mirándole con aquellos ojos de color miel y sintió que aunque había pasado solo unos instantes con ella, aquella chica tenía algo especial que la hacía diferente a las demás.

Salieron de la cafetería. El sol comenzaba a calentar con fuerza y las terrazas se veían repletas de turistas y veraneantes que inundaban de ruido las calles. Decidieron acercarse hasta la playa, que a esas horas empezaba ya a llenarse de sombrillas y toallas de colores chillones. Durante el paseo, Mario le habló a Marina de sus recuerdos y anécdotas de la infancia. Atesoraba muchos buenos momentos de aquellos veranos en familia. Se sorprendió a sí mismo al volver a evocar aquellos recuerdos especiales y sintió el peso del tiempo sobre sus hombros.

A la izquierda del camino, muy cerca ya de la playa, divisaron la colina junto al mar sobre la que reposaba el famoso cementerio de Comillas, custodiado por la enorme escultura del Ángel

Guardián de Llimona; parada obligatoria para los turistas que visitaban la localidad y lugar donde descansaban para siempre los abuelos de Mario.

—No quiero meterme donde no me llaman, —dijo Marina con timidez—, pero a Paula le dolió mucho que no vinieras al entierro de vuestra abuela. Me comentó que te había enviado varios mensajes por *mail* y que hasta el último momento había tenido la esperanza de que aparecieras.

—A mí me dolió más que a nadie no estar presente en su funeral. ¡Yo adoraba a mi abuela!

La vida de Mario en Nueva York era muy diferente a la que había llevado en Madrid cuando trabajaba como abogado en el despacho de su padre. En aquella época se pasaba las horas trabajando, enganchado al móvil y al portátil; era fácil localizarlo.

Ahora, sin embargo, podía permanecer días enteros, encerrado en su estudio pintando, sin ninguna conexión con el mundo exterior: sin móvil, sin televisión y sin portátil, solos el hombre y su obra. Las personas que le conocían bien sabían que si se producía alguna urgencia, debían ponerse en contacto con Henry, el portero del edificio donde residía, y este le pasaría el recado. Su hermana debería haberlo sabido.

—Desgraciadamente, cuando vi los mensajes ya era demasiado tarde. No pude despedirme de ella.

—Lo siento —Marina lamentó haber sacado el tema de conversación—. Estoy segura de que tu abuela se sentía muy orgullosa de ti.

—Nadie de mi familia lo sabe, pero manteníamos el contacto. Precisamente habíamos hablado por teléfono solo un par de semanas antes de su muerte. Me dijo que se encontraba bien, aparte de los achaques propios de una anciana de noventa y dos años, claro. No podía imaginar que sería la última vez.

—Y por eso estás aquí. Por eso regresaste a la casa de tus abuelos...

Llegaron a la playa. El espléndido día invitaba a darse un baño, aunque era algo engañoso porque la temperatura del mar Cantábrico solo era apta para los más osados. La mayoría de los bañistas optaban por caminar junto a la orilla tomando el sol, mientras el agua fresca del mar acariciaba sus tobillos descalzos y borraba sus huellas sobre la arena. Allí permanecieron durante un buen rato contemplando cómo la marea subía y obligaba a los más incautos a retirar sus pertenencias de la arena para evitar que fueran engullidas por el impulso egoísta del mar.

De regreso al pueblo, se detuvieron en el parque Güell y Martos, inaugurado por el actual marqués de Comillas, don Alfonso, del que recibía su nombre. Se adentraron en el parque y se dirigieron hacia el monumento a don Antonio López, situado en una zona elevada sobre el nivel del mar. Se trataba de un conjunto escultórico de grandes dimensiones desde el que la estatua del primer marqués de Comillas vigilaba de forma perenne el mar que tanto amaba don Antonio y que había sido a su vez la fuente de su fortuna. La escultura se erguía sobre una columna que hacía las veces de mástil de un pequeño barco también en piedra que recordaba al visitante el origen de la fortuna del marqués. Durante muchos años después de su muerte, los barcos de la Compañía Trasatlántica fundada por López, a su paso frente a la costa comillana, saludaban con un toque de sirena a su patrón en señal de respetuoso homenaje.

—Este es uno de mis rincones favoritos. —Marina se apoyó en el muro de piedra que formaba la base del monumento—. Cuando me siento deprimida o necesito pensar, siempre me acerco a este rincón y le pido consejo a don Antonio.

—¿Y qué consejos te da nuestro querido marqués?

Mario miró hacia arriba contemplando la escultura.

—No te burles de mí. —A Marina se le escapó una sonrisa tímida y miró al suelo—. Siento una gran admiración por don Antonio López, supongo que será defecto profesional. Si no hubiera sido por él, gran parte del patrimonio artístico de Comillas no existiría, y yo tampoco estaría aquí. Fue un gran mecenas en su época y se propuso engrandecer su localidad natal trayendo consigo desde Barcelona a los mejores artistas del momento. Incluso logró que el rey Alfonso XII veranease en Comillas como invitado suyo elevando así el estatus de la villa. Lamentablemente, el monumento ya no conserva su belleza original. Si te fijas, sobre el barco de piedra aparecen dos tronos mirando a proa y a popa que se encuentran vacíos; faltan las esculturas de dos mujeres indígenas de bronce que representaban a Las Antillas y a Filipinas, donde el marqués amasó su fortuna y que aparecían sentadas en los tronos bajo la gran corona circular que soporta la columna. A los lados de estos tronos sobresalen cuatro leones en relieve que custodiaban dos escudos, también de bronce, de los apellidos de López. La propia estatua del marqués es una burda copia en piedra de la original que también era de bronce. Desgraciadamente, todas estas piezas, al igual que la espada del ángel del cementerio, que tampoco es la original, fueron fundidas durante la Guerra Civil para fabricar munición. Las guerras son así de tristes y convierten al arte en su víctima más vulnerable.

—Vaya, no conocía ese detalle. A mí nunca me ha interesado demasiado la vida del marqués, si te soy sincero, pero este rincón también es uno de mis favoritos.

Mario se asomó al muro junto a Marina mientras la brisa que procedía del mar desordenaba sus cabellos y se ceñía al vestido verde de Marina ajustándose a su silueta.

—Las vistas desde este lugar hacia cualquier dirección son excepcionales, ¿no te parece? —Continuó Marina—. De frente; el mar, la playa y el puerto, que son de una belleza incontestable. A la izquierda el cementerio, con su ángel reposando sobre la ruina de los muros y el mar de fondo, forman una imagen única e impresionante. Detrás, sobre la colina de la Cardosa, nos encontramos

con la Universidad Pontificia y frente a esta, el palacio de Sobrellano y su capilla panteón, construidos por los mejores arquitectos de la época. Más cerca, a la salida de este parque, en el Prado de San José, tenemos la casa del Duque, que es una gigantesca mansión de estilo inglés construida con maderas traídas desde Fernando Poo para los duques de Almodóvar del Río. Y finalmente, a la derecha, podemos observar el pueblo y la colina coronada por el palacio de la Coteruca. Todo ello, sin contar con el Capricho de mi queridísimo Gaudí que no se divisa desde aquí, conforma un conjunto sobrecogedoramente bello e irrepetible. ¿No te parece?

—Me parece que nuestro querido marqués se sentiría sumamente orgulloso de tu apasionada descripción. No hay nada que alegar por mi parte. —Respondió el abogado que Mario todavía llevaba dentro.

Salieron del parque y continuaron su paseo hasta el pueblo. Cuando llegaron a la puerta de la casa de Marina, Mario hizo ademán de despedirse.

—Bueno, muchas gracias por el paseo Marina, ha sido una mañana muy agradable. Me resulta difícil de entender que una chica como tú sea amiga de la loca de mi hermana. Por cierto, te agradecería que no le comentaras nada a Paula sobre mi visita.

—Gracias a ti por el desayuno, y no te preocupes, no le diré nada si tú no quieres, son cosas vuestras.

—Gracias.

Mario se dio la vuelta, no le apetecía marcharse pero le pareció lo más apropiado.

—Adiós, Marina.

Marina permaneció allí, delante de la puerta, observando la espalda de Mario mientras se alejaba. Sabía que él había realizado un viaje muy largo para despedirse de su abuela y visitar aquella casa, donde atesoraba los mejores recuerdos de su vida.

—¡Espera!

Alzó la voz todo lo que pudo. Mario detuvo sus pasos y se giró sorprendido.

—Hay una parte de la casa donde todavía no he entrado, que es el taller de tu abuelo. Lo cierto es que me da un poco de miedo entrar yo sola y que me ataque algún ratón. —Se le escapó una sonrisa nerviosa—. ¿Te apetecería acompañarme? Sé que tenías una relación muy especial con tu abuelo Tomás y puede que allí dentro encontremos algún objeto de él que quieras conservar.

Mario sonrió.

—Gracias, Marina. Será un placer.

Los dos jóvenes entraron en la casa.

15

Marina probó a abrir la puerta con todas las llaves que poseía de la casa. La más pequeña de ellas parecía que era la correcta pero la cerradura permanecía encajada impidiéndoles la entrada.

—Déjame probar a mí.

Mario dio varias vueltas a la llave mientras empujaba a la vez su cuerpo contra la puerta acristalada. Tras un breve momento de forcejeo, finalmente la puerta cedió abriéndose y emitiendo un crujido que sonaba a reproche por los años de abandono.

Mario avanzó primero seguido de Marina que no quitaba la vista del suelo por si aparecía algún habitante indeseado. Esperaba encontrarse con una especie de almacén oscuro, repleto de trastos viejos y desordenados, pero lo que vio la dejó perpleja: una hilera de estanterías recorría las paredes de suelo a techo donde herramientas y tableros se encontraban clasificados en perfecto orden. Aquello parecía más un laboratorio que el taller de un carpintero. La persona que había ocupado aquel espacio había sido, sin duda, alguien muy meticulado y organizado.

—Bienvenida al universo del abuelo Tomás. Este lugar ha sido siempre un santuario para mí. Podía pasarme horas enteras observando cómo trabajaba, viendo cómo transformaba simples tableros de madera en muebles increíbles. ¡Uf!, hace ya tanto tiempo... No había entrado aquí desde la muerte de mi abuelo, hace ya once años. Está todo como él lo dejó, mi abuela nunca se atrevió a tocar nada.

—No me cabe duda de que tu abuelo era una persona especial. Solo hace falta echar un vistazo alrededor para comprobar que aquí trabajaba un artista.

Marina acariciaba las herramientas ordenadas sobre la mesa de trabajo. Sentía la presencia de Tomás impregnada en cada rincón de aquella estancia donde la luz del sol pugnaba por colarse a través de los cristales velados por la suciedad acumulada durante años.

En un lateral, entre dos estanterías, asomaba una puerta estrecha con un pequeño letrero de madera en la parte superior donde se leía la palabra «PRIVADO».

—Ese era su despacho. Cuando no estaba trabajando en el taller se pasaba las horas encerrado en su guarida, como él lo llamaba.

Mario se acercó y giró el pomo, pero la puerta se encontraba cerrada con llave.

—Vaya, está cerrado. ¿Tienes la llave?

Marina se encogió de hombros, sacó de nuevo el llavero de su bolso y probaron a abrir, pero ninguna funcionó. De repente a Mario se le iluminó el rostro, había recordado algo. Su sonrisa se asemejaba a la de un niño al que le han pillado en una travesura. Alargó el brazo y tocó el pequeño letrero, recordaba haber visto alguna vez a su abuelo haciendo el mismo gesto. Con una ligera presión lo levantó hacia arriba y apareció una llave en su interior. Lo que en principio parecía un sencillo letrero de madera, se convirtió de repente en una especie de caja muy plana dentro de la cual se ocultaba la llave.

—Otra genialidad de mi abuelo —comentó Mario mientras introducía la llave en el pomo.

El despacho de Tomás era una habitación de planta cuadrada y sin ventanas. La temperatura se notaba mucho más fresca allí dentro; olía a maderas y a cuero viejo. Mario accionó el interruptor que se encontraba al lado de la puerta y una hermosa lámpara industrial iluminó la estancia. Después de haber observado el orden meticulado del taller, a Marina no le sorprendió encontrarse en una habitación donde nada se hallaba fuera de lugar. Era un sitio acogedor, con una gran mesa de escritorio al fondo que parecía sacada de un museo. Lucía en la tapa innumerables incrustaciones de marquetería que conformaban un precioso dibujo geométrico. Las patas también habían sido talladas con esmero y un gran número de filigranas. Marina se quedó impresionada por su enorme calidad y belleza e intuyó que los muebles originales de la casa debían de haber

sido igualmente excepcionales. No podía evitar mirar en todas las direcciones y acariciar aquellas piezas que habían sido creadas con tanto esmero.

Su mirada se posó entonces en un cuadro que colgaba de la única pared que no se encontraba cubierta por estanterías. Reconocía aquel paisaje, lo contemplaba cada día al levantarse por la mañana; era el jardín trasero de la casa, aunque en este caso, se veía precioso repleto de flores de colores intensos. Un jardín cuidado por una mano experta, con la mesa y las sillas de forja de un blanco immaculado. Se acercó más al cuadro y en el ángulo inferior derecho pudo leer el nombre del autor: «M. Velasco».

—Tenía quince años cuando lo pinté. Mis abuelos me habían regalado por mi cumpleaños un maletín con pinturas y pinceles, y un lienzo nuevo. Hasta ese momento solo había dibujado con lápices de colores en mi cuaderno. Mi abuelo decía que no eras pintor hasta que utilizabas un pincel, y así fue cómo empezó todo.

—Tu hermana me dijo que eras muy bueno y que tenías mucho éxito en Nueva York, pero me imaginaba que serías unos de esos artistas conceptuales que pintan obras abstractas. Este cuadro es simplemente hermoso, emociona porque está lleno de vida.

—Vaya, gracias. Pero solo fue el primero, quiero pensar que ahora lo hago mucho mejor.

Marina le miró a los ojos oscuros y el tiempo se detuvo por un instante entre los dos. Mario se pasó la mano por su cabello moreno en un gesto nervioso, no le agradaba en absoluto hablar de sí mismo. Se giró y se dispuso a ojear una de las estanterías, donde su abuelo coleccionaba un gran número de objetos curiosos: cajas decoradas con tallas, figuras de madera de tamaños diversos, etc...

Marina se acomodó en la butaca de Tomás, frente al escritorio. Intentó imaginarse al abuelo de Mario sentado allí mismo dibujando los bocetos de sus muebles con aquellos lápices que descansaban amontonados en un vaso de cristal. Se recostó hacia atrás en el respaldo del sillón y contempló de cerca aquel mueble de factura impecable. Se recreó en los detalles de marquetería, en los cajones con tiradores de bronce. Abrió algunos de ellos y se encontró con herramientas de dibujo, hojas de cuadrícula y rotuladores de distintos colores, también varias cintas métricas que habrían sido, sin duda, su máspreciado instrumento de trabajo. En el cajón superior izquierdo encontró una pequeña bolsa transparente con caramelos de menta. Ese detalle le hizo sonreír porque le recordó a su propio abuelo Lluís, al que le encantaba aquella marca de caramelos. Los besos de su abuelo siempre olían a eucalipto.

Volvió a cerrar el cajón y se fijó en una pequeña pieza de madera de forma cuadrada que sobresalía en el centro, en la parte frontal del escritorio, entre los dos cajones superiores situados a ambos lados de la mesa.

Le llamó la atención porque había sido tallada con la figura de un pequeño ángel en relieve sobre la madera. Se acordó entonces del llavero con el ángel de plata que le había dado Paula con las llaves de la casa y lo sacó de su bolso. Eran idénticos.

—¿Has encontrado algo interesante?

Mario se giró al escuchar el ruido de las llaves.

Marina acariciaba la pieza tallada cuando de pronto notó que se movía y que con una ligera presión, esta se deslizaba hacia la derecha dejando al descubierto una pequeña cerradura. Mario se acercó desde atrás y Marina lo miró interrogante, pero él no sabía nada de aquella cerradura oculta. Comenzaron entonces a abrir todos los cajones en busca de la llave. Por la forma de la cerradura tenía que tratarse de una llave antigua, como la que abría la puerta del armario de la habitación del piso superior; una llave gruesa y pequeña. Buscaron por todas partes sin resultado. Mario recordó de pronto que acababa de ver la figura de un ángel similar al del escritorio en alguna parte. Regresó a la estantería de los objetos curiosos, cogió una caja de madera de una de las baldas y la colocó delante de Marina. Sobre la tapa se podía contemplar la silueta en relieve de un ángel idéntico al de la mesa. Abrió la caja. Se trataba de una especie de juguete, como esas muñecas rusas que guardan otras más pequeñas en su interior. Dentro de la caja había otra, y dentro de esta otra más; así hasta contar cinco cajitas en total. Cuando abrieron la tapa de la última, se encontraron con una pequeña llave de color negro en su interior. Mario le entregó la llave a Marina.

Marina observó la llave en la palma de su mano, se moría de ganas de saber qué era lo que guardaba, pero se levantó del asiento y se la devolvió a Mario.

—No puedo hacerlo. Esta es ahora mi casa, pero siento que no tengo derecho a inmiscuirme en este asunto. Si tu abuelo nunca habló de esa llave sería porque guardaba algo importante para él que no deseaba compartir con nadie. Quizás tú tampoco deberías descubrir lo que hay ahí, pero al fin y al cabo eres su nieto y eso te da derecho a saberlo. Yo no soy nadie.

Marina salió del despacho y atravesó el taller hasta llegar al jardín. Mario salió detrás de ella y le tocó el hombro suavemente cuando estuvo a su lado. Esperó un momento antes de comenzar a hablar.

—Te voy a decir las cosas como yo las veo, Marina: tú y yo estamos aquí en este preciso instante porque somos las dos únicas personas a las que les importa algo esta casa y su historia. Si mi hermana la hubiera vendido a cualquier otro, probablemente yo tampoco estaría aquí y no sabemos lo que habría podido ocurrir con ese escritorio y el secreto que guarda. Así que estoy inmensamente agradecido de que hayas sido tú la que ha comprado la casa, de que seas amiga de mi hermana, de que me hayas invitado a entrar contigo... y de que te den miedo los ratones.

Chocó cariñosamente su hombro contra el de Marina provocándole una sonrisa.

—Estoy seguro de que mi abuelo te ha enviado una señal desde el cielo para que descubrieras esa cerradura, así que vamos a entrar de una vez a ver lo que guarda esa maldita llave porque me muero de curiosidad.

Mario cogió a Marina de la mano y sin dejar de mirarla a los ojos, le entregó la llave.

16

Marina introdujo la llave en la cerradura y, con mucho cuidado, la giró hasta que se oyó un clic metálico. De pronto, un segmento de la tapa de la mesa se elevó unos milímetros, justo la parte que coincidía con el dibujo geométrico que decoraba la superficie, de manera que resultaba imposible reconocer a simple vista que se trataba de una pieza independiente. Marina levantó la tapa dejando al descubierto un compartimento oculto de apenas diez centímetros de fondo. En su interior encontraron una carpeta de cartón granate que parecía guardar documentos y debajo de esta, un cuaderno de tamaño mediano con las tapas de color negro.

Mario recordó haber visto en numerosas ocasiones a su abuelo escribiendo en aquel cuaderno, pero siempre había pensado que se trataba de asuntos de su trabajo, donde anotaba sus pedidos y cosas por el estilo. Sin embargo ahora, al ojearlo por encima, parecía más una especie de diario donde había ido anotando con fechas, aquella parte de su vida que había mantenido en secreto durante tanto tiempo.

Marina abrió la carpeta. En su interior aparecieron numerosos recortes de periódico amarilleados por el tiempo, fotografías antiguas y otros documentos que colocó con sumo cuidado sobre la mesa.

—¿Quién era Adela Fernández Noriega?

Marina sostenía en la mano un papel muy deteriorado, tan fino que parecía que podría desintegrarse en cualquier momento. Se trataba de una partida de bautismo. Se detuvo a leer el documento con cierta dificultad porque había sido escrito a mano con una caligrafía esmerada y llena de florituras. Miró la fecha: 28 de mayo de 1877.

—Era mi bisabuela, la madre de mi abuelo Tomás. Mi bisabuelo Miguel construyó esta casa para ella, fue su regalo de boda. Tuvieron cuatro hijos; tres chicas y un chico, mi abuelo fue el pequeño. Aprendió el oficio junto a su padre y heredó la casa tras su muerte, he oído esa historia millones de veces.

—Pues parece que el secreto que guardaba tu abuelo estaba relacionado con su familia, todas las familias guardan alguno.

Marina continuó ojeando el contenido de la carpeta. Encontró numerosas fotografías antiguas, algunas se veían tan deterioradas que apenas podían apreciarse los rostros de los allí retratados. Reconoció emocionada una de ellas, era de la Casa Ocejo. Un grupo de personas aparecían retratadas frente a la puerta de la casona: la familia López al completo. Don Antonio y su esposa doña Luisa, posaban sonrientes junto a sus cuatro hijos: M^a Luisa, Isabel, Antonio y Claudio. A su lado se encontraba su yerno Eusebio Güell, marido de Isabel y famoso mecenas de Gaudí, y los tres niños que la pareja tenía hasta ese momento: dos niñas pequeñas y un bebé que reposaba dormido en los brazos de su abuela. Detrás de ellos posaban para la cámara un grupo de criados que debían de componer el personal de servicio de la casa. Marina le dio la vuelta a la fotografía y leyó: «Teresa Noriega, 1876» escrito a mano con una letra elegante y ligeramente inclinada hacia la izquierda. Supuso que se trataba de la letra de Tomás.

—¿Sabes quién era Teresa Noriega?

Marina le pasó a Mario la fotografía.

—Sé que era familia de mi abuelo, una tía de su madre o algo así, y que murió muy joven, a los diecinueve años. Su tumba se encuentra aquí, en el cementerio. Lo sé porque mi abuelo siempre le dejaba una rosa cuando llevaba flores al panteón de sus padres.

Mario observaba la fotografía.

—Por la edad debe de ser la joven que aparece al fondo a la derecha.

Marina se acercó a Mario y juntos observaron la fotografía. La joven les miraba desde el

pasado con una sonrisa tímida. Su cabello rubio recogido tras una cofia blanca y su rostro dulce de rasgos angelicales contrastaban sobre el uniforme de color negro que cubría por completo su cuerpo delgado.

Mario le devolvió la foto a Marina y cogió de nuevo el cuaderno de su abuelo.

—Por lo que he podido leer por encima, el nombre de Teresa aparece en numerosos párrafos del cuaderno.

Mario golpeaba el cuaderno contra la palma de su mano izquierda en actitud pensativa.

—Está claro que el secreto de mi abuelo también está relacionado con esta joven.

—Quizás esa tal Teresa Noriega robó algún objeto o documento de valor de la casa de los López, o descubrió algún secreto de la familia mientras trabajó allí y tu abuelo lo ha custodiado durante todos estos años.

—Podría ser. Estoy seguro de que te encantaría que encontráramos escondido en esta casa cualquier cosa que hubiera pertenecido a tu querido marqués.

Mario había dado en el punto débil de Marina. La admiración de ella por la vida de aquel hombre excéntrico le había llamado la atención desde el principio. Su instinto de abogado se había despertado de nuevo y había descubierto en Marina a una mujer pasional e impulsiva. La observó mientras ella seguía contemplando absorta aquella fotografía, aquel instante suspendido en el tiempo de una época y unos personajes que le fascinaban, y sintió el impulso de coger sus pinceles y plasmar aquel rostro en un lienzo.

Habían transcurrido las horas sin darse cuenta y el reloj de pulsera de Marina marcaba ya las tres de la tarde dentro de aquel despacho sin ventanas del abuelo Tomás. Invitó a Mario a comer algo en casa con la promesa de que seguirían investigando después. Se llevaron consigo la carpeta y el cuaderno y entraron en la vivienda por la puerta del jardín.

Decidió preparar algo rápido con lo poco que tenía en la despensa y optó por una tortilla de patatas. Por suerte guardaba una botella de vino en el frigorífico. Entretanto las patatas se freían a fuego lento en la sartén, le enseñó la casa a Mario.

A él todo le parecía igual pero distinto. Atesoraba tantos recuerdos de sus abuelos en aquella casa... Sin embargo ahora, sin los muebles y con el perfume de Marina impregnado en todas partes, lo sentía como un lugar diferente. Le llamó la atención que Marina hubiera escogido para su habitación la misma que él había ocupado durante tantos veranos, aunque prefirió no decírselo y guardar ese pequeño detalle para sí mismo. Se dirigió al baño a lavarse las manos antes comer y cuando regresó a la cocina, el aroma de aquella tortilla española le hizo sentirse en casa de nuevo.

Comieron con apetito, bebieron el vino y charlaron como si se conocieran desde siempre. Disfrutaron del placer de la conversación cuando esta alcanza ese nivel máximo en el que hablar resulta casi tan placentero como escuchar. Hablaron de sus vidas, de sus sueños y de sus miedos como no habían hecho con nadie desde hacía mucho tiempo. Mario le informó de sus proyectos y de esa nueva exposición que estaba a punto de inaugurar y que le quitaba el sueño. Sacó el móvil y le mostró a Marina algunos de sus cuadros. No solía hacerlo con nadie, pero confiaba en que ella contemplaría sus obras con respeto y le ofrecería una opinión sincera.

Más tarde, mientras Marina preparaba café, cogió el cuaderno de su abuelo y lo dejó sobre la mesa. Sentados en el viejo banco de madera de aquella cocina, se miraron a los ojos, abrieron aquella especie de diario y se dispusieron a viajar en el tiempo a través de sus páginas.

Comillas, septiembre de 1876

Teresa recogía sus escasas pertenencias al tiempo que recordaba las duras palabras que le había lanzado la señora doña Luisa: «Era lo mejor para todos —le había dicho—. Me considero una mujer cristiana y no voy a consentir que la vergüenza salpique a mi familia».

Teresa ni siquiera había podido despedirse de él, aunque dadas las circunstancias, quizás fuera lo mejor.

Antes de salir a la calle, Eloísa, la criada de más edad de la casa se acercó a ella, le tomó la mano con cariño y le dio un beso en la mejilla.

—El corazón es el órgano que más duele, pero tienes que ser fuerte, muchacha —le había dicho con su exótico acento cubano y le había dado un reconfortante abrazo de despedida.

Eloísa llevaba muchos años trabajando para el señor López. A los dieciséis años había sido cedida como esclava a don Antonio, cuando este contaba solo diecinueve y comenzaba su andadura empresarial en tierras cubanas, aunque nunca la trató como tal. Trabajó para el señor desde entonces, y cuando él contrajo matrimonio años más tarde con la señora doña Luisa y formaron una familia, cuidó de sus hijos como si fueran propios. Posteriormente, cuando don Antonio liquidó sus empresas en Cuba y regresó a España, arregló los papeles necesarios para que ella pudiera viajar también con ellos, puesto que se le consideraba una más de la familia. Eloísa habría acompañado a don Antonio hasta el fin del mundo.

Aún con lágrimas en los ojos, Teresa abandonó la vivienda señorial por la puerta de servicio. Cuando hubo cruzado la verja exterior del jardín, se dio la vuelta para contemplar desde lejos el que había sido su hogar durante los últimos meses. Sus días en la casa Ocejo pasarían a formar parte de los recuerdos más intensos de su vida. Una vida que no volvería a ser la misma sin él.

Desde una de las ventanas del piso superior, Claudio observaba la escena con impotencia. Le dolía sobremanera que Teresa hubiera tenido que marcharse en esas circunstancias. Su madre había sido tajante al respecto y no la quería en la casa. Regresó al interior del dormitorio y se acercó a la mesa de escritorio donde descansaban el libro y la carta; dos objetos inertes que le señalaban con el dedo acusador de una conciencia culpable. No había cumplido su promesa y se había comportado como un cobarde.

En aquellos días, toda la familia andaba preocupada en otros asuntos. Su hermano Antonio llevaba días enfermo y débil. Unas fiebres infecciosas se habían apoderado de su organismo y no daba síntomas de mejoría. Se habían puesto en contacto con los mejores médicos, que se encargaron de tratar al enfermo noche y día.

Antonio había pasado las últimas semanas aquejado de una tos persistente. Todos pensaron entonces que se trataba de un resfriado común provocado por los baños a deshora en las aguas frías del Cantábrico, pero la tos no solo no había cedido, sino que se había ido intensificando con el transcurso de los días. Antonio no le había mencionado nada a nadie, pero a veces contemplaba el pañuelo con el que se cubría la boca al toser y lo veía manchado con motas de sangre. En los últimos días había perdido peso. Siembre había sido un joven delgado, pero ahora se le marcaban todos los huesos cuando se contemplaba desnudo en el baño frente al espejo, y su rostro, que antes lucía el moreno saludable del veraneo montaños, se había cubierto de una palidez cadavérica y unas sombras oscuras se habían instalado de forma perenne bajo sus párpados.

El médico permaneció durante más de una hora con el enfermo. Don Antonio López había cancelado un nuevo viaje de negocios para estar presente y poder hablar con el doctor del estado de salud de su mayorazgo. A sus cincuenta y nueve años, se consideraba a sí mismo un hombre

duro y valiente, pero la impotencia ante el dolor de un hijo le hacía parecer más avejentado y vulnerable. No obstante, haría todo lo que estuviera en su mano, costara lo que costase, para acelerar la curación de su hijo.

Sin embargo, el doctor no les dio buenas noticias: no se conocía exactamente cuál era la causa de aquellas fiebres, pero sí que había un porcentaje elevado de la población, sin distinción de clases, que no sobrevivía. El doctor les recomendó el tratamiento más adecuado a seguir; debido a la gravedad de la dolencia y a su carácter altamente infeccioso, Antonio debía permanecer aislado para evitar el contagio. Le buscarían un alojamiento donde se encontrara lo más cómodo posible y le suministrarían los tratamientos más novedosos: Arsénico, yodo, inhalaciones de alquitrán, sangrías y enemas. El médico le recomendó también una dieta especial a base de hígado de bacalao, carne y leche para acelerar su curación. El ejercicio físico suponía asimismo una parte importante del tratamiento, por lo que Antonio comenzó a salir a pasear por la playa, solo y al amanecer, para evitar el contacto con otras personas. La soledad y el aislamiento resultaban lo más duro de soportar para un joven alegre y vital como era él, y también para su familia. Claudio, inquebrantable en su fe, se encerraba durante horas en su habitación para rezar por la recuperación de su hermano mayor.

El verano tocaba a su fin y todos los relojes de la familia López se habían detenido en la tensa espera por la recuperación de Antonio.

Teresa llegó a Ruiseñada con el rostro pálido debido al cansancio tras el penoso viaje en carreta desde Comillas. Su hermana Julia la esperaba a un lado del camino con expresión seria. Teresa le había avisado por carta de la situación y de que se instalaría durante un tiempo en su casa. No deseaba que su madre se enterase de su despido de la casa Ocejo.

Después de saludarse y abrazarse, puesto que hacía tiempo que no se veían, las dos hermanas hablaron largo y tendido. Teresa le explicó a su hermana todo lo que le había sucedido en los últimos meses, y Julia, como hermana mayor, decidió que haría lo que fuera necesario para ayudar a Teresa. Además, Julia tenía un plan.

Por la noche, cuando Fernando, su marido, regresó de su trabajo en el campo, cenaron todos en familia. Después de que sus dos hijos pequeños se fueran a la cama, los tres adultos se quedaron conversando en la cocina y Julia les comentó lo que había ideado: nadie debía descubrir que Teresa estaba embarazada. No deseaba escuchar comentarios maliciosos por parte de los vecinos del pueblo. Afortunadamente, a Teresa aún no se le notaba nada y Julia estaba casada y tenía dos hijos pequeños. Se encargaría de difundir en el pueblo que estaba esperando un tercero. Durante los meses que restaran hasta el parto, Teresa debía permanecer en la casa y salir a la calle lo menos posible, usando prendas holgadas que disimularan su estado. Julia haría lo mismo, y usaría trapos doblados de relleno bajo sus faldas. A nadie en el pueblo le extrañaría que la hermana menor se alojara durante un tiempo en la casa para ayudar a la mayor con el embarazo. No sería una solución fácil para Teresa tener que renunciar a su hijo, pero Julia sabía que era la única opción para salvar el futuro de su hermana.

—Teresa, tienes dieciocho años, eres una mujer joven y bonita y te queda toda la vida por delante. No dejes que un error de juventud te arruine el porvenir. Aún tienes tiempo de encontrar un buen hombre con el que casarte y formar una familia. Tu hijo tendrá un buen hogar aquí y podrás verlo siempre que lo desees.

El tratamiento no estaba dando resultados positivos. Doña Luisa se había retirado a su habitación después de la cena y había pedido que le trajeran un sedante que le ayudara, si no a dormir, al menos a descansar un poco. Don Antonio, su esposo, se encontraba a su lado.

—No te preocupes querida, me conoces bien y sabes que lucharé con uñas y dientes para salvar a nuestro hijo, aunque tengamos que viajar hasta Madrid para intentar un nuevo tratamiento. Haré todo lo que sea necesario.

Antonio tomaba de la mano a su esposa. Hasta ese momento, la vida siempre les había tratado con benevolencia: disfrutaban de una posición social y económica envidiable y tenían cuatro hijos que habían llenado de felicidad su hogar. No estaba dispuesto a rendirse tan fácilmente.

—No dejes de rezar para que nuestro Antonio se cure. Solo tiene veinticuatro años, Dios no puede querer arrebatarlo tan pronto.

Se abandonó en los brazos de su esposo, ya no le quedaban fuerzas.

Hacia ya mucho tiempo que el matrimonio no compartía el lecho, ni siquiera compartían la misma habitación. Sin embargo, esa noche don Antonio durmió abrazado a su esposa, él era el único que podía alcanzar a comprender la verdadera dimensión de su dolor.

A la mañana siguiente, envió telegrama urgente a un prestigioso doctor en Madrid que al parecer estaba tratando a pacientes con la misma enfermedad que su hijo con buenos resultados. Prepararon todo para el viaje y cuando los carruajes estuvieron listos para llevarlos a la estación de ferrocarril, fueron a buscar al enfermo a su habitación.

En aquellos primeros días de octubre, Antonio ya no se movía de la cama. La tos y la fiebre alta le mantenían casi inconsciente durante todo el día. Un sirviente le envolvió con una manta y lo llevó en brazos hasta el carruaje. Su cuerpo apenas pesaba ya que había continuado adelgazando hasta convertirse en casi un espectro. Don Antonio, doña Luisa y su hijo Claudio se subieron al otro carruaje. Por motivos de seguridad ante un posible contagio, el enfermo también viajaría en el tren en un compartimento aislado y acompañado por un sirviente que le atendería durante el viaje.

El trayecto en tren hasta Madrid se hizo eterno para todos y resultó un infierno para el enfermo que soportaba a duras penas los vaivenes del camino. Cuando por fin llegaron al domicilio que los López poseían en la capital, el personal acomodó a Antonio en una habitación con urgencia. Médico y enfermeras esperaban ya para tratar al enfermo y le suministraron enseguida una gran cantidad de medicamentos para tratar de atajar el mal que le arrastraba poco a poco hacia el otro lado. Sin embargo, tras varias semanas de tratamiento sin resultados positivos, nada se pudo hacer para salvar la vida de Antonio.

Aquella fría mañana de principios del mes de noviembre, Claudio presintió que la vida de su hermano se apagaba. Se saltó todas las precauciones de contagio y entró en la habitación de Antonio. Le cogió la mano a su hermano y este se despertó.

—Buenos días, Antonio. Estoy aquí, a tu lado.

Intentaba que las lágrimas no asomaran a sus ojos.

—Claudio, hermanito —las palabras salían como un suspiro entrecortado de sus labios agrietados por la fiebre—, no deberías estar aquí, es peligroso.

—No te preocupes, soy más fuerte de lo que crees —apretaba la mano de su hermano y se la llevaba a los labios—. Estoy aquí contigo pase lo que pase, como siempre.

Antonio observó a su hermano pequeño y sonrió. Al cabo de un instante, abrió la boca para decirle algo a Claudio, pero solo un último suspiro salió de sus labios inertes. La vida se le había escapado en ese último hálito.

Claudio se abrazó a su hermano sollozando; quería resucitarlo, revivirlo. Suplicaba a Dios exigiendo el imposible milagro de devolverlo a la vida. Su mente no podía asimilar aquella pérdida tan desgarradoramente dolorosa. Su hermano mayor, su mejor amigo, se había ido para siempre.

Salió de la habitación con el rostro desencajado. No hicieron falta palabras para que sus padres comprendieran al instante el doloroso desenlace. Se abrazó a su madre y la sostuvo puesto que a duras penas se mantenía en pie. Suponía un dolor insoportable para toda madre perder a un hijo. Don Antonio ordenó que avisaran al doctor y entró con él en la habitación. Allí encontró a su hijo, sangre de su sangre, su orgullo, con la muerte sellada en el rostro. Esperó a que el doctor hiciera las pruebas pertinentes con la vana esperanza de que todo hubiera sido un error, pero resultó ser una devastadora realidad; su amado hijo, tan parecido a él, se había ido demasiado pronto. El doctor le dio el pésame con la impotencia de no haber podido salvar la vida del joven reflejada en su semblante, y salió de la habitación en silencio. Don Antonio se apartó del lecho de su hijo, se dirigió hacia la ventana para contemplar el lluvioso día de otoño y rompió a llorar mientras se cubría el rostro con las manos. Era muy difícil ver al naviero mostrar emociones, siempre lucía un rostro imperturbable y curtido frente a los sinsabores de la vida, pero la muerte de Antonio le había atravesado el corazón como un rayo. Era un dolor insoportable y dañino que le robaba el aire al respirar. Alzó la vista hacia al cielo y se preguntó por qué Dios le había enviado un castigo semejante.

El dolor y la tristeza se instalaron aquel día en el hogar de la familia López y ya no se irían jamás.

Las semanas transcurrían y Teresa permanecía sumida en la melancolía mientras observaba cómo su vientre crecía. No podía dejar de pensar en él, y mantenía la vana esperanza de que algún día acudiera en su busca. Comprendía que pertenecían a mundos opuestos y ella nunca había tenido la intención de que algo así sucediera, pero el destino a veces juega con nosotros de forma caprichosa y había querido que esas dos almas tan diferentes, pero en el fondo tan afines, se conocieran y se amaran en contra de las dictaduras sociales. Él le había dicho que la amaba, y ella sabía que no mentía. Desde aquella primera noche de junio en la que se encontraron en el jardín, su corazón había comenzado a latir en una dimensión que excedía las fronteras de su propio cuerpo.

Un ataque de tos nerviosa la sacó de sus pensamientos. La fecha del parto se aproximaba y en los últimos días se había sentido muy débil y fatigada. Era algo normal en su estado, le había comentado su hermana, que tenía experiencia en aquellos trances.

Y por fin el día llegó.

Era por la mañana y un sol radiante de mediados del mes de mayo anunciaba que el verano se aproximaba.

Después de varios días seguidos de lluvias intensas, la mayoría de las mujeres del pueblo se habían acercado al río a lavar la ropa sucia acumulada.

Julia, la hermana de Teresa, y su marido no eran ricos, pero vivían de manera desahogada. Fernando era dueño de las tierras que trabajaba y poseían también ganado, que les proporcionaba ingresos extra, además de carne y leche fresca para todo el año. Podían permitirse pagar unas monedas para que una señora del pueblo les lavara la ropa. Eso había permitido que Julia no tuviera que exponerse públicamente a hacer esfuerzos y que las demás sospecharan de su embarazo ficticio. Acababan de traerles un cesto con las sábanas recién lavadas, pues a Julia le gustaba tender la ropa en su propio jardín, y Teresa le ayudaba a colgarlas en las cuerdas y estirarlas después, cuando un dolor agudo en el vientre hizo que se doblara hacia adelante. Allí mismo rompió aguas.

Tendría que ser un parto en casa, sin ayuda de ninguna matrona que descubriera el engaño de las hermanas. Julia acompañó a su hermana al interior de la vivienda. Sabía por experiencia lo que había que hacer, solamente rezaba para que el parto fuera sencillo y no se presentara ninguna complicación por el bien de Teresa y del bebé.

Fueron unos momentos duros en los que Teresa lanzaba gritos de dolor y asía con fuerza la mano de su hermana mientras esta le secaba la frente perlada en sudor y le dirigía palabras de aliento para que fuera valiente y empujara con todas sus fuerzas. El milagro de la vida hizo que una preciosa niña se asomara al mundo aquel soleado día de mayo de 1877.

—Aquí está tu hija, Teresa. Es una niña preciosa.

Julia le acercó el bebé ya limpio al pecho de su hermana.

—¿Qué nombre has pensado ponerle?

—Se llamará Adela, como mamá. Creo que a ella le gustará, si algún día logra perdonarme.

Teresa se quedó dormida enseguida. Su rostro se veía pálido, casi fantasmal.

Julia esperaba que su hermana se recuperase en pocos días, sin embargo Teresa no solo no se recuperó sino que su estado empeoró por momentos. Tenía fiebre alta, y esa tos que arrastraba desde hacía tiempo le consumía las pocas fuerzas que le quedaban. La vida de Teresa se fue apagando lentamente.

Al ver que no mejoraba, decidieron llamar al médico del pueblo, pero nada pudo hacer por ella salvo diagnosticar lo que todos sospechaban; que sufría la temida tisis que se había cobrado más de cien vidas en toda la comarca, en lo que llevaban de año.

La pequeña Adela no había cumplido siquiera los dos meses de vida cuando enterraron a su madre en el cementerio de Comillas, en un día caluroso del mes de julio. Ningún miembro de la familia López acudió al entierro. Aunque habían regresado a la villa para disfrutar de una nueva

temporada estival, atravesaban su propio momento de duelo tras el fallecimiento de Antonio. Tan solo Eloísa, que le había tomado tanto afecto en los días que habían compartido en la Casa Ocejo, se había acercado al camposanto para presentar sus respetos a la familia y darle un último adiós a Teresa.

Varios días después del nacimiento de Adela, Julia y Femando ya habían bautizado a la niña como hija propia con la intención de que nadie descubriera nunca la verdad.

19

Comillas, verano de 2011

Mario levantó la vista del cuaderno y se giró para mirar de frente a Marina.

—Si Teresa estaba embarazada cuando la despidieron de la Casa Ocejo, eso quiere decir...

—... que el padre de la criatura también vivía o trabajaba en la casa.

Marina volvió a coger la fotografía que se encontraba sobre de la mesa. Sus ojos escrutaban los rostros de los hombres que aparecían en aquel retrato en busca de posibles candidatos.

Mario por su parte, trataba de imaginar a su abuelo Tomás después de descubrir que Teresa era en realidad su verdadera abuela, y dedicando tantos años de su vida a investigar sobre ella. Imaginó también su curiosidad por conocer quién habría sido el responsable de su embarazo, y por lo tanto, su abuelo.

—¿Sabes una cosa? —Mario posó su mano derecha sobre la mesa y se giró de nuevo hacia Marina. Después se echó hacia atrás en el respaldo del banco de madera—. Tengo un mal presentimiento. No sé muy bien cómo funcionaban estas cosas en el siglo XIX, pero me imagino que si Teresa hubiera mantenido una relación con otro trabajador de la casa y se hubiera quedado embarazada de él, no habría tenido necesidad de marcharse del pueblo y ocultar su estado. Quizás sí la habrían despedido de todas formas, pero podría haberse casado con él y darle así un apellido a su hija.

—¿Entonces, piensas que el amante de Teresa era alguien de la familia?

—Me parece más verosímil. Todos sabemos que las criadas que trabajaban en las casas importantes estaban expuestas a las miradas lascivas, y a algo más que miradas, de sus señores. Teresa era una muchacha joven y bonita, habría resultado una presa fácil.

—Puede ser... —prosiguió Marina—. Sería una historia muy triste, pero reconozco que se encuentra dentro de lo posible.

El estado de ánimo de Marina se transformó en aquel instante. Sentía un cariño y una admiración especial por el marqués y su familia. Convivía cada día en su trabajo con los retratos de aquellos personajes y le costaba creer que don Antonio o alguno de sus hijos hubieran sido los responsables de algo tan deleznable. Mario se percató del cambio de actitud de ella y creyó que lo mejor sería dejarlo por ese día.

—Si no te importa —Mario cogió el cuaderno de su abuelo—, me lo llevo para echarle un vistazo esta noche. No me voy a quedar mucho tiempo en Comillas y querría poder leerlo antes de marcharme. Prometo llamarte si encuentro algo interesante.

—Por supuesto, es tuyo, pero me gustaría quedarme con la fotografía, tiene un gran valor para mí.

—Si claro, no hay problema.

Mario la observó en silencio; apenas hacía veinticuatro horas que se conocían y sin embargo, tenía que admitir que se sentía atraído por aquella chica extraña, aquella hermosa mujer de mirada inteligente y sonrisa tímida.

—Mañana por la mañana voy a acercarme hasta el cementerio a visitar a mis abuelos. Si te apetece podemos comer juntos después, invito yo, y por la tarde podrías enseñarme el palacio de tu marqués. Aunque no te lo creas, nunca lo he visto por dentro.

—No me lo creo.

Mario había logrado arrancarle una sonrisa.

—En serio, por alguna razón a mi abuelo no le agradaba el barrio de Sobrellano y nunca nos llevó al palacio ni a mi hermana ni a mí. Claro que ahora empiezo a entender el por qué.

Levantó el cuaderno en un gesto elocuente.

—Mañana es lunes y el palacio estará cerrado al público, pero teniendo en cuenta que poseo una llave y que puedo hacer un par de llamadas, creo que podrás disfrutar de una visita guiada especial.

—Vaya, me siento alguien importante.

—Considerando que podrías ser un descendiente directo del marqués, estarías visitando a tus antepasados.

El rostro de Mario se transformó al instante. No se había parado a pensar en aquella circunstancia. Su reacción provocó la sonrisa de Marina que se había dado cuenta de la sorpresa de él.

El sonido de un teléfono rompió el silencio que se había creado entre ambos. Se trataba del móvil de Marina que se encontraba sobre de la mesa. Marina ojeó la pantalla por encima y descubrió que la llamada era de Paula. Mario le hizo gestos para que no le dijera a su hermana que se encontraba allí y ella cogió el teléfono.

Paula llamaba desde el aeropuerto. Se marchaba unos días de vacaciones a Tailandia con Alberto, su nuevo novio. Parecía que la cosa iba en serio y estaban muy enamorados.

—... Tenías que haber venido con nosotros, Marina. No me puedo creer que hayas preferido quedarte en casa y pasar las vacaciones pintando paredes. Espero que no te estés aburriendo mucho. Nos vemos pronto. Besitos...

Tras la llamada, Marina y Mario se miraron y rompieron a reír. De repente se sintieron cómplices de un secreto compartido. Ambos se imaginaron la cara que habría puesto Paula si los hubiera visto juntos. Con la sonrisa aún en los labios, Mario se despidió y prometió que pasaría a buscarla al día siguiente.

Una vez que Marina se hubo quedado sola, regresó a la cocina, cogió la fotografía que había quedado sobre la mesa, junto con la carpeta con los documentos de Tomás, y subió a su habitación. Como se sentía algo cansada, se quitó la ropa y llenó de agua caliente la bañera del piso superior, colocó un montón de velas alrededor de la bañera y apagó todas las luces. Le producía una sensación de placer total y de abandono absoluto el sentir la caricia del agua caliente sobre su cuerpo desnudo bajo la luz titilante de las velas aromáticas. Habían sucedido demasiadas cosas en un solo día, numerosas emociones y sentimientos diferentes que se agolpaban en su cerebro. No deseaba pensar más en todo aquello, solo le apetecía descansar y relajarse.

Las imágenes del día comenzaron a desfilar por su mente: su encuentro con Mario en la cafetería y el paseo que habían dado juntos hasta la playa. Recordó el olor de su perfume, que le había llegado al sentirlo tan cerca a su lado, y el instante en que le había invitado a entrar en la casa porque no deseaba que se fuera, ahora lo admitía. Los momentos que habían vivido en el despacho de su abuelo...

«¡Pero en qué estaba pensando! Era el hermano de su amiga Paula, y regresaría a Nueva York en unos días. Se iría muy lejos y no volvería a verlo jamás».

Salió de la bañera y se secó con una toalla grande, se puso encima una camiseta amplia de tirantes que usaba para dormir y se dirigió después a su habitación. Cogió la fotografía de Teresa y se tumbó sobre la cama tratando de no pensar en nada más. La observó con detenimiento; habría dado cualquier cosa por conocer lo que había sucedido realmente en la Casa Ocejo aquel verano de 1876.

De regreso al hotel, Mario se detuvo un instante al pasar por delante de la Casa Ocejo y sintió un escalofrío al acordarse de la pobre Teresa. Continuó caminando unos metros más allá hasta el parque de Sobrellano que a esas horas de la tarde se veía repleto aún de turistas y de parejas con niños pequeños. Era un lugar tranquilo y elegante. Se sentó en uno de los bancos que permanecía

vacío y que facilitaba una buena panorámica de la colina sobre la que se alzaba majestuoso el palacio y, a su izquierda, la capilla panteón. La visión resultaba impactante; aquel enorme y recargado edificio no encajaba dentro del paisaje de Comillas, y sintió curiosidad por lo que Marina le mostraría al día siguiente. Pasados unos minutos se levantó y continuó caminando hasta llegar al hotel que se encontraba al final del parque.

Una vez en su habitación, se desabrochó la camisa y la colgó en una percha dentro del armario. Hizo lo mismo con sus pantalones y sus zapatos; le gustaba ser un hombre ordenado. Se dirigió al baño y dejó que su cuerpo se relajara bajo la ducha. Permaneció un largo rato inmóvil bajo el chorro de agua caliente analizando todo lo que había vivido en las últimas horas. Demasiadas emociones en un solo día.

Aunque trató de concentrarse en la historia de Teresa, en su abuelo y en lo que habían descubierto aquella tarde, una y otra vez se le representaba en su mente el rostro de Marina, su mirada, su sonrisa, las formas de su delicado cuerpo que el aire le había permitido adivinar al ceñirse a su ligero vestido verde en lo alto de aquel mirador...

«¡Pero en qué estaba pensando! Dentro de unos días estaría en otro continente. Tenía pendiente la nueva exposición que supondría un gran empujón en su carrera y no tenía tiempo para tonterías».

Salió de la ducha, cogió el cuaderno de Tomás y se acostó sobre la cama tratando de alejar su mente de aquellos pensamientos.

Barcelona, noviembre de 1876

Don Antonio López era un hombre de fuerte carácter acostumbrado a tomar decisiones importantes bajo presión. Ni un solo día de su vida había dejado de trabajar duro y de pelear por sus intereses. Sin embargo, la enfermedad y posterior fallecimiento de su hijo Antonio habían supuesto un duro revés para el que no estaba preparado. A pesar de ello, los años de experiencia le habían enseñado que el tiempo no se detenía por nada ni por nadie, por muy graves que fueran las circunstancias personales, y menos aún en el frío y calculador terreno empresarial.

Tras la firma del convenio provisional que se había efectuado en Madrid en el mes de agosto, a don Antonio le urgía cerrar cuanto antes todos los acuerdos pendientes para la creación del Banco Hispano Colonial, entidad que gestionaría el empréstito al Estado y en la que había dirigido todos sus esfuerzos. El convenio definitivo del préstamo se había firmado el 12 de octubre entre el Gobierno y el grupo de inversores que lideraba el propio López: el Círculo Hispano Ultramarino, el Grupo de empresarios de Cuba y el Banco de Castilla en Madrid, al tiempo que en su domicilio, su hijo Antonio se debatía entre la vida y la muerte. El 30 de octubre, apenas unos días antes del fallecimiento de su primogénito, don Antonio asistía por fin en Barcelona a la fundación del Banco Hispano Colonial, su proyecto más ambicioso hasta la fecha, aunque ni siquiera había tenido ánimos para celebrarlo. Trabajar duro y sumergirse en la vorágine de los negocios, reuniones y estrategias en el seno de sus empresas, era lo único que le había servido de consuelo y alivio ante el profundo dolor que le azotaba por dentro.

Claudio, por el contrario, era un hombre con un carácter muy diferente. Al dolor por la muerte de su hermano se habían sumado las innumerables responsabilidades que ahora recaían sobre su persona al convertirse, muy a pesar suyo, en el nuevo heredero del imperio López. Su padre le había dejado bien claro desde el primer momento cuáles eran sus expectativas hacia él de cara al futuro. Daba por sentado su compromiso para con los suyos y no le había dejado ni siquiera un estrecho margen de maniobra que pudiera desviarse lo más mínimo de sus planes. El único consuelo a su pérdida y a sus nuevas circunstancias lo había encontrado Claudio en su fe inquebrantable, en las largas horas que dedicaba a la oración, y en el apoyo impagable que le prestaba su buen amigo, el sacerdote jesuita y laureado poeta Jacinto Verdguer.

Claudio y Verdguer se habían conocido varios años atrás por mediación de un amigo común; el también religioso Antonio Estalella. Un joven jurista que había sido profesor de Claudio en la Universidad. Verdguer había sabido identificar en Claudio a un joven sensible en el que la llama de la fe ardía con mayor fuerza de lo común. Ambos iniciaron así una amistad personal que para Claudio significó además, el empuje definitivo hacia su vocación religiosa y el joven sacerdote, dotado de una sensibilidad especial para conectar con los demás, había sabido guiar a su amigo en su búsqueda interior.

Verdguer había pasado los dos últimos años ejerciendo de capellán en uno de los vapores de la naviera de la familia López. Claudio había intercedido en su día por él ante su padre para que aceptara al sacerdote a bordo de sus naves, ya que los aires marinos resultarían muy beneficiosos para la delicada salud de su amigo, aquejado de una enfermedad pulmonar. Ese tiempo en alta mar le había servido al joven Verdguer, no solo para mejorar su salud, sino para encontrar la inspiración y terminar de dar forma a una obra poética que le llevaba rondado en la cabeza desde hacía tiempo: *La Atlántida*. Poema épico que narraba con gran maestría las gestas de Hércules contra Gerión y la destrucción de aquella tierra legendaria, inspirando a un joven Cristóbal Colón a lanzarse a la aventura conquistadora a través de las temerosas aguas del Atlántico. Esta

importante obra literaria se convertiría con el paso de los años en un símbolo de la cultura catalana y habría de servir de inspiración en el futuro a otros grandes artistas catalanes de la época, como el genial arquitecto Antonio Gaudí.

Agradecido, Jacinto Verdager le dedicó esta gran obra poética a su patrón, don Antonio López, quién se encargaría de sufragar los gastos de publicación de la misma.

Tras el fallecimiento del joven Antonio, y una vez más por mediación de su amigo Claudio, el sacerdote se trasladó a vivir al palacio Moja, en las Ramblas, residencia de la familia López en Barcelona. Su misión en el domicilio de los López consistía en ejercer de Capellán privado y de ofrecer una misa diaria en la mansión familiar en recuerdo del amado hijo y hermano fallecido.

En medio de este ambiente de tristeza, y de la presión a la que le sometía su padre, Claudio comprendió que su papel en la familia iba a ser muy diferente tras la desaparición de su hermano. Se había convertido sin desearlo en el nuevo heredero y sucesor de las empresas de su progenitor, dejando de lado sus propias aspiraciones. Una pesada carga que él no estaba preparado para soportar, pero que asumiría por respeto a su familia y al apellido que ostentaba.

Fue entonces cuando decidió guardar en un cajón de su escritorio aquel libro de poemas y aquella carta que le recordaban a una parte de su vida que ya no regresaría jamás. Pensó en Teresa, a quien iba dirigida la carta, y decidió que lo mejor era dejar que el tiempo transcurriera y borrarse para siempre el último verano.

Comillas, verano de 2011

A la mañana siguiente, Marina se encargó de realizar las gestiones oportunas para organizar la visita al palacio. Deseaba impresionar a Mario.

Mario por su parte, se despertó temprano, desayunó en el hotel y se dirigió caminando hasta el cementerio en aquel día soleado. Por suerte a esa hora de la mañana aún se respiraba cierta tranquilidad en el camposanto. En menos de una hora comenzarían a llegar grupos de turistas deseando fotografiar cada rincón de aquel paraje singular con vistas al mar Cantábrico. Se divirtió imaginando al poderoso Angel Guardián batiendo sus alas y levantando el vuelo harto de ser fotografiado constantemente. Atravesó el arco de entrada; todo se conservaba exactamente igual a como lo recordaba, y ascendió las escaleras de la zona izquierda que daban acceso a los panteones familiares. Lo primero que hizo fue acercarse a la tumba de Teresa, tras el panteón con forma de ola marina de la familia Del Piélago. Se veía muy deteriorada y cubierta de musgo y malas hierbas. Apenas podían apreciarse las letras gravadas en la losa. Permaneció inmóvil delante de aquella lápida y se imaginó a su abuelo en su misma posición muchos años atrás. Sintió respeto y lástima por Teresa. La noche anterior había continuado leyendo el cuaderno de Tomás y recordó un párrafo que le había resultado de lo más extraño; hacía referencia precisamente a la tumba de Teresa. Tomás la había descubierto siendo aún un niño y mencionaba de manera un tanto confusa, un secreto que se ocultaba tras las piedras del cementerio y que su madre había elegido al Ángel Guardián como testigo mudo de ese secreto. Mario supuso que se trataba de una forma un tanto poética de referirse a la historia de Teresa y que lo más probable era que la madre de Tomás le hubiera desvelado aquel secreto familiar en alguna visita de ambos al cementerio. A continuación se dirigió al panteón de sus abuelos y fue consciente en aquel instante de la muerte de su abuela. No podía creer que ya no volvería a verla, que no volvería a escuchar su voz cariñosa. Las lágrimas inundaron sus ojos y en silencio pidió perdón por no haber estado allí para darle un último adiós. Había querido tanto a sus abuelos y los echaba tanto de menos... Sintió rabia al acordarse de la situación que vivía con su propio padre.

Hacía mucho tiempo que no veía a su familia y eso le dolía. El orgullo a veces nos separa de nuestros seres queridos por motivos que, mirados desde un prisma diferente, realmente carecen de importancia.

Mario miró su reloj para cerciorarse de que no llegaba tarde. Se detuvo unos segundos delante de la puerta de la casa de Marina, contemplando la aldaba con forma de pez y se dispuso a llamar. Se sorprendió al reconocer que se sentía algo nervioso e impaciente al mismo tiempo. Al cabo de unos instantes que le parecieron eternos, Marina abrió la puerta con una sonrisa en los labios y Mario sonrió a su vez tratando de calmarse un poco.

Marina estaba radiante; vestía un pantalón blanco ajustado y un jersey fino de color rosa claro con escote en forma de uve. No lucía más adornos que un collar largo con un colgante de plata en forma de osito. Llevaba el pelo castaño suelto y le pareció todavía más bella que el día anterior.

—Hola, Marina, estás muy guapa. Espero que tengas hambre porque he reservado mesa en un restaurante de la plaza. Hace un día tan bonito que apetece comer en una terraza.

—Gracias, Mario. Me parece estupendo.

Marina salió de la casa y cerró la puerta con llave. Después emprendieron el camino hacia el centro del pueblo.

—¿Qué tal tu visita al cementerio?

—Bien, aproveché para ir temprano y hacer una visita tranquila. Todavía me cuesta hacerme a la idea de que mi abuela ya no esté.

Mario agachó la mirada evitando emocionarse. Al fin y al cabo ese había sido el motivo principal de su viaje a España.

Llegaron a la plaza frente al Ayuntamiento, donde se ubicaban varios restaurantes con amplias terrazas y mesas preparadas para los clientes. Un solícito camarero les indicó una mesa libre para que tomaran asiento y les llevó la carta. Marina observó a Mario mientras este ojeaba el menú. Había decidido poner freno a cualquier tipo de sentimiento hacia él pero no podía evitar notar un cosquilleo en el estómago cada vez que lo tenía cerca. Llevaba un polo de color azul marino con un escudo bordado en el pecho que resaltaba sobre su piel morena y le daba un brillo especial a sus ojos oscuros.

Eligieron los platos de la carta y disfrutaron de una comida agradable charlando sobre los descubrimientos del día anterior. Mario le comentó que no había encontrado nada relevante en el cuaderno de su abuelo, aunque tampoco había podido leer mucho más porque se había quedado dormido enseguida. Llegaron al postre y Marina pidió una copa de helado que degustaba con deleite. Mario trató de no mirar para no quedarse hipnotizado observando cómo los labios sensuales de Marina envolvían la cuchara con el frío manjar. Después de todo era un hombre, y había ciertas cosas que un hombre no podía evitar pensar cuando se encontraba cerca de una mujer que le gustaba. Además, era un artista y como tal, también poseía una imaginación más creativa de lo habitual. Por ello disfrutó contemplando el hermoso colgante de Marina y cómo la cadena rodeaba su delicado cuello y bajaba más allá de su escote. Con cada movimiento de ella, la cadena se deslizaba a un lado y a otro acariciando sus senos sobre el fino jersey de punto. No pudo evitar imaginar el movimiento de aquel colgante sobre el cuerpo desnudo de Marina.

Entretanto, Marina continuaba hablando despreocupada mientras disfrutaba del postre, aunque hubo un momento en el que notó la mirada intensa de Mario clavada en sus ojos y un escalofrío recorrió su espalda. No recordaba que ningún hombre la hubiera mirado antes de aquella forma, pero reconoció que le gustaba. Podía descifrar en su forma de observarla una promesa de placer que despertaba su curiosidad a la vez que sus miedos.

Tras abandonar el restaurante, caminaron sin prisa hasta el Palacio de Sobrellano, que se encontraba muy cerca de la plaza. La finca vallada poseía tres entradas que permanecían cerradas al público. Marina condujo a Mario hasta la enorme puerta de hierro forjado que limitaba con la Casa Ocejo. Era la entrada principal a los terrenos de Sobrellano que poseía el Marqués y se abría a un paseo arbolado que lindaba a ambos lados con las fincas de Ocejo y La Portilla: las casas de Antonio López y su hermano. Mario tuvo la sensación de que retrocedía en el tiempo. Aquellas casonas enormes que observaba a ambos lados del camino le parecieron sacadas de otra época, y en realidad, así era. Llegaron al final del sendero y se encontraron ante un gran arco de piedra que daba acceso a los terrenos del Palacio. Lo primero que vieron aparecer a su izquierda fue la Capilla Panteón, que representaba una catedral en miniatura, y Mario reconoció que era mucho más bella de cerca. Seguidamente se dirigieron al Palacio y le pareció aún más espectacular y apabullante de lo que se había esperado. Las vistas desde aquella posición eran increíbles: se podía divisar hacia abajo la extensa pradera del parque de Sobrellano y una buena parte del caserío que lo circundaba. Se distinguían asimismo el conjunto de mansiones que habían ido construyéndose en torno a la familia López: Ocejo, la Portilla, el Llano y las Cavaducas.

Limitando con la Capilla, aunque separado de esta por una valla metálica, se ubicaba también, reclamando un protagonismo propio, el Capricho de Gaudí, que había sido construido en la misma época como casa de veraneo para un allegado del marqués, el excéntrico abogado don Máximo Díaz de Quijano, que trabajaba para don Antonio López en la capital antillana. El genial arquitecto había tenido muy en cuenta las dos grandes pasiones de su cliente: la naturaleza y la música. Por ello había adornado el edificio cubriéndolo de azulejos con forma de girasol, y había construido un gran invernadero en torno al cual se distribuían el resto de estancias de la vivienda. El homenaje a la música había quedado reflejado en innumerables detalles y elementos decorativos, como el sistema de poleas de las ventanas, que reproducían una melodía al subir y

bajar las mismas. El propio nombre de la casa no se debía a la forma original del edificio, sino a un tipo de composición musical.

Mario dirigía su mirada hacia todas las direcciones, descubriendo una nueva dimensión del paisaje comillano. En el muro que rodeaba la finca, que servía también de contención puesto que el palacio se encontraba sobre una colina, había dispuestos varios miradores que facilitaban una buena panorámica a las fotografías de los turistas. Mario permaneció un buen rato observando todo a su alrededor. Contempló de frente la colina de la Cardosa sobre la que se erguía orgullosa la Universidad Pontificia, la gran obra benéfica del marqués, que lucía todo su esplendor ahora que por fin estaban restaurando los tres edificios que la componían. Trataba de fotografiar en su mente todos los paisajes que captaba su retina.

Marina le indicó con un gesto que entraran al palacio y ascendieron la escalinata de la fachada frontal. Introdujo la llave en la cerradura de la gran puerta de madera de color marrón oscuro y entraron en el vestíbulo que se abría majestuoso ante ellos con una doble escalera de piedra labrada al fondo. La estancia se encontraba parcialmente iluminada por la luz del sol de la tarde que se colaba a través de los ventanales y por la gran vidriera del techo artesonado, pero Marina se dirigió con rapidez al despacho que utilizaban los empleados y que se situaba a la derecha, junto a la entrada. Accionó las luces y todo el palacio cobró vida. Incluso a Mario le pareció escuchar una música antigua susurrando de fondo entre las paredes.

—Y bien, ya estamos aquí, en el palacio de los marqueses de Comillas. Tengo que decir —prosiguió Marina—, que don Antonio López jamás llegó a vivir en este palacio, puesto que falleció a los pocos meses de que se colocara la primera piedra. Por lo tanto, el que sí lo habitó y formó parte activa del diseño del edificio y del mobiliario fue su hijo pequeño, el segundo marqués don Claudio López Bru.

—Sin embargo, parece que este palacio tan suntuoso encaja a la perfección con la personalidad egocéntrica de don Antonio.

Mario trataba de demostrarle que había estado preparándose y recabando información para la visita.

—En eso tienes razón; el proyecto inicial del edificio fue financiado y supervisado personalmente por el primer marqués, y su hijo Claudio se limitó a seguir los deseos de su padre tras su muerte, de lo contrario, me temo que el palacio habría sido mucho más austero.

Entraron en una sala situada a la izquierda del recibidor y lo primero que se encontraron fue una gran chimenea tallada en madera de hermosa factura y el retrato de un joven Antonio López colgado sobre esta.

—Te presento a don Antonio Víctor López y López de Lamadrid, primer marqués de Comillas y Grande de España.

Marina señalaba el cuadro con su brazo. Había cierto orgullo en su forma de decirlo, como si estuviera presentándole a alguien de su familia.

—Encantado de conocerle, señor marqués.

Mario respondió en tono solemne siguiéndole el juego a Marina, aunque nunca reconocería que el rostro de aquel hombre le había causado una buena impresión, muy a su pesar.

De la pared de enfrente colgaba el retrato de una joven Luisa Bru, la esposa de don Antonio. Mario arrugó la nariz al contemplarlo pues el rostro de aquella dama le había resultado de lo más espantoso. Marina sonrió maliciosa mientras le reñía por su falta de respeto hacia la señora de la casa.

La habitación se dividía en dos espacios desiguales y la zona más amplia estaba presidida por una gran mesa de billar francés y sobre esta, una lámpara antigua que había sido la primera con luz eléctrica de España. La siguiente sala, de gran tamaño, era el comedor principal y destacaban en él sus tres grandes ventanales vidriados y el lujo de sus acabados en maderas nobles. Pero sin duda, la joya de aquella estancia era la enorme chimenea tallada en madera combinada con azulejo con motivos florales. Mario se quedó impresionado por el lujo de la estancia y el gran trabajo de artesanía que suponía el propio diseño de la chimenea.

—Ya te comenté que don Claudio, gracias a los consejos expertos de su cuñado Eusebio Güell, quien poseía una gran sensibilidad artística, había traído consigo desde Barcelona a los mejores artistas del momento para que plasmaran aquí sus obras. Les dio total libertad para crear sus diseños y no escatimó en gastos, como puedes observar. Para que te hagas una idea del tamaño de esta chimenea, te diré que los dos paneles que se observan a ambos lados, son puertas por donde entraba y salía el servicio para atender a los señores en la mesa. La puerta de la izquierda da a un office, que cuenta con un montacargas por donde bajaba la comida desde la cocina que está situada en la última planta. Aquí preparaban los platos antes de servirlos a la mesa.

—¿Y la otra puerta? —Preguntó Mario con curiosidad. Estaba disfrutando realmente con la visita y con el discurso profesional de Marina.

—La otra puerta comunica con la escalera de servicio por donde bajaban los criados. Estos no podían utilizar la escalera principal. Digamos que se movían por el edificio como los fantasmas, a través de las paredes.

A pesar de que las visitas ordinarias no tenían acceso a atravesar las dos puertas de esa chimenea, Marina dejó que Mario descubriese aquellos rincones reservados solo a unos pocos.

La habitación más famosa del palacio era sin duda el salón de actos que ocupaba la parte central de la planta baja y comunicaba con el recibidor y el jardín trasero. Lo más valioso de la estancia eran los murales que recorrían tres de las cuatro paredes del salón y que describían los acontecimientos más destacados de la vida del marqués, entre los que cabía subrayar su papel de anfitrión en la visita a Comillas de su majestad, el Rey Alfonso XII, en los veranos de 1881 y 1882.

La siguiente estancia, de reducidas dimensiones respecto al resto, era la sala de cuadros de la familia. Allí Mario se encontró con los retratos de los miembros masculinos del clan López. Aquellos lienzos poseían una enorme calidad y dejaron a Mario asombrado tanto por las dimensiones de las obras, como por el detalle y el admirable estudio psicológico de los retratados que había realizado el artista. En la pared principal, don Antonio, con una edad mucho más avanzada que en el retrato de la entrada, unos sesenta años aproximadamente, les observaba con una mirada limpia y un porte elegante. A su lado se encontraba su primogénito, el malogrado Antonio López Bru, que había posado para dicho retrato tan solo unos meses antes de su triste desenlace. Aquel era, sin duda, el retrato preferido de Marina y le profesaba un cariño especial debido a su pose simpática y despreocupada. De la pared contraria colgaba el retrato de Claudio, el hermano pequeño, con un semblante mucho más serio y apagado que los otros dos, fiel a su carácter lánguido e introvertido.

Finalizaron la visita regresando al *hall* al pie de la doble escalera de piedra después de haber visitado la biblioteca del palacio y el museo filipino, donde don Claudio coleccionaba infinidad de objetos traídos de aquellas islas y en el que antaño se mostrara la importante colección de restos arqueológicos que el segundo marqués recopilaba en sus múltiples excursiones por las montañas de la zona. Mario deseaba continuar descubriendo el resto del edificio, intuyendo que sería igual de majestuoso que la planta inferior, pero Marina le sacó de su error y le informó de que las demás estancias se encontraban vacías y que se reservaban para exposiciones puntuales. El actual marqués había vendido el palacio al Gobierno de Cantabria pero se había llevado consigo la mayor parte del mobiliario y la decoración.

—Tengo una última sorpresa que mostrarte antes de que salgamos.

Marina tomó el brazo de Mario y subieron por la escalera hacia la primera planta.

—Es una pieza muy hermosa que no dejamos ver a los visitantes por seguridad, pero hoy tendrás el privilegio de contemplarla.

Mario se dejó guiar a la expectativa de lo que le pudiera enseñar. Ascendieron hasta el rellano de la planta superior y torcieron a la derecha. Al final del pasillo se encontraron con una gran puerta de madera tallada con doble hoja. Marina sacó su manojo de llaves y entraron en una gran sala vacía de muebles que desprendía un ligero olor a humedad y a madera antigua. Mario se asombró al descubrir, en la esquina más alejada de la estancia, una extraordinaria escalera de caracol realizada en madera y rematada con multitud de filigranas propias del arte modernista al que pertenecía. Toda la escalera constituía un verdadero trabajo de artesanía en sí misma.

—¡Vaya, es realmente soberbia! A mi abuelo Tomás le habría encantado.

—Sabía que te gustaría. Es una pieza singular dentro del palacio. Se utilizaba para comunicar los dormitorios de los señores con la zona del servicio en la planta superior. Más de una criada acabaría mareada con tanta curva.

Ascendieron por la escalera y se encontraron con las antiguas dependencias de los sirvientes y los trasteros. Se dirigieron hacia la gran cocina del palacio, donde no se había reformado nada desde la construcción del mismo y aún conservaba los fogones de finales del siglo XIX y una gran mesa de trabajo desgastada por el tiempo y el uso. Finalmente, regresaron a la planta principal utilizando la escalera de servicio y salieron al exterior por la puerta de la fachada sur del edificio.

—La verdad es que tienes suerte de trabajar cada día en lugar como este.

Mario esperó a que Marina cerrara las puertas del palacio.

—Es como si viajaras en el tiempo cada día a una época que te apasiona. Me pregunto si Teresa habría tenido una opinión tan favorable de la época que le tocó vivir.

Los dos jóvenes se dirigieron a continuación a la Capilla Panteón que se ubicaba a menos de doscientos metros del palacio y Marina cerró la puerta tras de sí una vez que hubieron traspasado el umbral. Por dentro seguía pareciendo lo que era, una coqueta catedral gótica en miniatura y recorrieron en un momento la nave central, al tiempo que Mario descubría entusiasmado el impactante mobiliario religioso diseñado por un jovencísimo Gaudí bajo la tutela de su Maestro Joan Martorell. Tras el pequeño altar presidido por la figura del Sagrado Corazón y dos ángeles músicos tocando el arpa realizados en bronce, se adentraron en la giró la donde se encontraban los sepulcros de los miembros más destacados de la familia del marqués, realizados por los mejores escultores del momento, como los hermanos Valmitjana o Josep Llimona, autor del Ángel del cementerio. El verdadero tesoro de la capilla eran precisamente aquellos conjuntos escultóricos de enorme valor artístico.

De vuelta al exterior, decidieron salir de los terrenos del palacio por la parte de atrás a través de un sendero arbolado que finalizaba frente al hotel donde se alojaba Mario.

—Gracias, Marina, ha sido una tarde perfecta. He disfrutado mucho con la visita al palacio y he tenido a la mejor guía.

—Ha sido un placer.

—Por cierto, creo que no te había comentado que me voy mañana —Mario había soltado la noticia sin levantar la mirada del suelo—. He recibido una llamada de la galería y he de estar de vuelta en Nueva York la semana que viene.

—Pero hoy es lunes, todavía tienes tiempo —Marina se arrepintió enseguida de sus palabras—. Perdona, es que me ha pillado por sorpresa. Comprendo que estarás emocionado por la exposición y querrás prepararlo todo con tiempo.

—La verdad es que había planeado pasarme antes por Madrid y hacerles una visita a mis padres. Esta mañana en el cementerio he visto las cosas con otra perspectiva.

—Me alegro mucho por tu decisión, Mario, espero que todo salga bien. Cuando Paula se entere de tu visita, se alegrará también. Aunque no lo reconozca, sé que echa mucho de menos a su hermano mayor.

El sol de la tarde se escondía ya detrás de los árboles y unas nubes oscuras se aproximaban anunciando que el anticiclón se retiraría en las próximas horas. El aire hacía bailar la hierba del parque y jugaba con los cabellos de Marina mientras los dos jóvenes se miraban, uno frente al otro, sin saber qué decirse.

—Prométeme que seguirás investigando sobre la historia de Teresa y que me mantendrás informado si descubres algo interesante.

—Me temo que no podré dormir tranquila hasta que salgan a la luz todos sus secretos. — Marina mostró una sonrisa triste.

—Gracias, Marina, gracias por todo.

—Ha sido un placer, Mario, mucha suerte. Tu exposición será un éxito, estoy segura de ello.

Posó su mano suavemente sobre el antebrazo cálido de Mario y le sonrió en silencio mirándole a los ojos. Después se alejó caminando en sentido contrario. Sintió la mirada de él clavada en su espalda pero no se giró. El corazón le palpitaba en el pecho al pensar que seguramente no

volvería a ver a aquel hombre que había revolucionado su vida sin avisar, como una tormenta de verano, y le costaba admitir que iba a desaparecer de la misma forma.

Quizás fuese mejor así.

La mañana del martes amaneció de color ceniza, como si el tiempo se hubiera detenido en un instante indefinido posterior a la aurora. La lluvia y el viento golpeaban con fuerza contra la ventana de su dormitorio y prefirió quedarse en la cama algunos minutos más para aferrarse a los últimos vestigios de sueño adheridos a los pliegues de sus sábanas. Desde allí podía observar el baile de las gotas de agua acariciando el cristal como si se encontrara a kilómetros de distancia. A duras penas reunió el ánimo para levantarse, se dirigió al cuarto de baño con parsimonia y dejó que el agua templada de la ducha le hiciera recuperar la consciencia poco a poco. Eligió un conjunto de lencería de algodón blanco del cajón superior de la cómoda y como no tenía ninguna intención de moverse de casa en todo el día, sacó del armario su chaqueta de lana favorita y se la ciñó a la cintura sin más. Abrigió sus pies con unos calcetines gruesos, pues la humedad del exterior y el día desapacible habían hecho descender la temperatura varios grados, y bajó las escaleras hasta llegar a la cocina.

Permanecía aún sentada en el vetusto banco de madera abrazada a su tazón de leche caliente cuando, de pronto, unos golpes en la puerta la sacaron de sus pensamientos. Posó el tazón en la mesa y se dirigió a la entrada. Cuando abrió la puerta no pudo disimular su sorpresa al encontrarse a Mario frente a ella. A pesar de que este había aparcado su coche de alquiler delante de la casa, la lluvia intensa le había empapado el cabello y la cazadora de color *beige* que llevaba. Le invitó a entrar con la sorpresa todavía dibujada en su rostro.

—Pensé que ya estarías de camino a Madrid.

—Me voy ya, solo quería darte esto antes.

Mario sacó del interior de su cazadora el cuaderno negro de su abuelo.

—Anoche estuve leyéndolo hasta el final y hay datos importantes que deberías conocer. Claudio López es la clave.

—¿Claudio? No puede ser.

Marina no entendía nada de lo que estaba sucediendo: la visita inesperada de Mario, el cuaderno, Claudio... Era todo surrealista.

—Tienes que leerlo, Marina.

Mario la miró algo turbado. Dedujo que ella acababa de ducharse porque aún tenía el cabello húmedo y sintió que estaba invadiendo su intimidad al presentarse en su casa a esas horas sin avisar; era la segunda vez que lo hacía. Sonrió al recordar su primer encuentro con Marina en el jardín. Reconoció también que se sentía un tanto nervioso al intuir que ella no llevaba ropa debajo de aquella chaqueta de lana gris y sus piernas suaves se le antojaron de una desnudez casi insoportable.

—Perdona, Marina, no debería haber venido sin avisar.

—Tranquilo, no pasa nada. Gracias por traer el cuaderno, estoy deseando leerlo. ¿Te apetece entrar y tomar algo?

Mario permanecía inmóvil en el pasillo, junto a la puerta de entrada.

—No, gracias, ya hablaremos. Tengo que irme ya.

—Espero que todo salga bien con tu familia, y ten cuidado en la carretera, está lloviendo mucho.

Antes de salir al exterior, Mario se giró para decirle algo a Marina. Sin embargo, en lugar de eso, se acercó a ella, posó sus manos alrededor de su cintura y la estrechó contra su cuerpo. La miró a los ojos con esa mirada intensa que a Marina le decía tantas cosas y la besó suavemente. Se retiró hacia atrás para observar su reacción y entonces fue ella la que lo besó; se alzó de puntillas para estar a su altura y le atrajo con sus brazos al tiempo que acariciaba su cuello y su

cabello. El beso se hizo cada vez más intenso y la necesidad fue creciendo entre los dos como una llama que prende la hierba seca en un día de verano. En un instante el deseo se volvió incontrolable y los dos jóvenes fueron incapaces de separar sus cuerpos entrelazados.

En una danza acompasada por el roce de sus labios se dirigieron hacia el salón sin dejar de abrazarse. Cuando llegaron junto al sofá de piel de Marina, Mario desabrochó suavemente el cinturón de su chaqueta de lana. Marina a su vez le había ayudado a deshacerse de su cazadora y había ganado terreno liberando los botones de su camisa blanca. Lucía una piel bronceada natural y un porte atlético que le invitaban a acariciarle y besarle con deseo. Por su parte, él abrió con impaciencia la chaqueta de Marina dejando aparecer ante sus ojos un cuerpo que le pareció perfecto. Desabrochó sin prisa el sujetador dejándolo caer al suelo; sus senos firmes y suaves le hicieron perder la poca fuerza de voluntad que aún le quedaba. Marina fue soltando poco a poco los botones de su pantalón con una sonrisa enigmática y Mario sonrió a su vez al comprobar que no se había equivocado al intuir en ella a una mujer dulce y apasionada. Se dejó caer en el sofá mientras contemplaba hipnotizado cómo Marina hacía resbalar sus braguitas de color blanco hasta el suelo y se colocaba a horcajadas sobre él. Ya no había vuelta atrás y el deseo les consumía sin remedio. Marina le guio hacia su interior sin dejar de besarle. En aquella danza sensual, Mario observó sus senos mecerse al compás de sus movimientos felinos y recordó aquel collar que había hecho volar su imaginación la tarde anterior. Habría sido delicioso que Marina hubiera llevado aquel colgante en ese momento en el que sus movimientos se habían vuelto más salvajes y hambrientos hasta desembocar en un éxtasis que los llevó, primero a ella y a él después, a tocar el cielo en ese día gris y lluvioso. No supieron calcular el tiempo que permanecieron abrazados hasta que su respiración fue normalizándose y no quisieron que ese instante terminara, ni separar sus cuerpos fundidos a fuego lento en aquella fría mañana de agosto.

Se despidieron con un beso cálido que guardaba más de una promesa que ninguno de los dos se atrevió a formular en voz alta y se miraron a los ojos tratando de inmortalizar la imagen del otro para guardarla en un rincón de su memoria. Todo lo demás era incertidumbre.

—Te llamaré cuando llegue a Nueva York. Quiero saber tu opinión sobre el contenido del cuaderno. ¿De acuerdo?

Mario acarició la mejilla de Marina en un gesto cariñoso.

—De acuerdo, estoy deseando ponerme con ello.

Mario salió de la casa mientras en la calle continuaba diluviando y echó a correr hacia el coche.

Marina se ciñó a su chaqueta de lana mientras contemplaba cómo el vehículo se ponía en movimiento y se perdía bajo la cortina de lluvia. Regresó al interior de la casa, cerró la puerta y se dirigió a la cocina. Vio el cuaderno de Tomás sobre la mesa, donde continuaba el tazón de leche que ya se había enfriado por completo. Tiró el contenido del tazón en el fregadero y se acercó a la ventana para seguir contemplando la lluvia. No quería pensar en lo que acababa de suceder ni tampoco buscarle algún sentido. Cruzó los brazos y sintió el perfume de Mario adherido a su piel, que aún guardaba sus besos cálidos y sus caricias abrasadoras.

A través de la lluvia divisó la estatua del Corazón de Jesús que dominaba el barrio de la Peña desde su pedestal, a pocos metros de su casa. En ese instante se sentía como aquella escultura: con el corazón expuesto, vulnerable y frágil. El segundo marqués, Claudio López, había encargado aquel monumento en Barcelona y lo habían trasladado a Comillas en las primeras décadas del s. XX, aunque el que ahora contemplaba tampoco era el original, que había sido destruido durante la Guerra Civil. Se dio la vuelta y se acercó a la mesa sobre la que reposaba el cuaderno negro de Tomás. A pesar de que en aquel momento no le apetecía demasiado ponerse a leerlo, pensó que sería buena idea distraer su mente, así que cogió el cuaderno y subió a su habitación.

No podía dejar de pensar en lo que le había dicho Mario. No podía creer que el bueno de Claudio; el hijo, hermano, marido y empresario ejemplar, hubiera tenido algo que ver en la triste historia de Teresa.

Palacio de Sobrellano, verano de 1920

Claudio se despertó temprano. Había dormido mal durante la noche debido a su tos crónica y al dolor de articulaciones que le provocaba la humedad de aquel palacio. En su día se habían equivocado a la hora de elegir la orientación del edificio. Había prevalecido la visión estética del mismo dentro del paisaje, pero había sido un gran error orientar el palacio hacia el norte en aquel húmedo clima cántabro.

Se levantó con sigilo para no despertar a su esposa. María dormía plácidamente en la habitación de al lado. La contempló con cariño desde la puerta y reconoció que continuaba siendo, a sus cincuenta y seis años, tan hermosa como el día en que la había conocido. Daba gracias a Dios a diario por haberle otorgado una compañera tan excepcional. Lamentaba sin embargo no haber podido cumplir como esposo en la medida en la que ella se merecía.

Desde muy temprana edad, Claudio había demostrado ser profundamente creyente y encontraba un gran consuelo en las horas que dedicaba a la oración. A menudo se había rodeado de amigos dentro del seno de la iglesia, que habían sabido orientarle en su anhelo interior de convertirse algún día en sacerdote y miembro de la Compañía de Jesús.

Todas estas ilusiones se habían visto truncadas tras la desgraciada muerte de su hermano mayor, convirtiéndolo en un hombre público y en el nuevo heredero del imperio López. Lamentablemente, cuando su padre organizó, cinco años más tarde, su compromiso con María Gayón, puesto que era conveniente asegurar su descendencia y la continuidad del apellido López al ser el único hijo varón que le quedaba a don Antonio, Claudio era ya un hombre diferente.

A pesar de que a lo largo de su vida siempre había demostrado ser una persona prudente y discreta, durante mucho tiempo libró consigo mismo una dura confrontación entre su deber para con su familia y sus anhelos más íntimos. Tras la desgraciada pérdida que supuso el fallecimiento de su hermano, Claudio asumió enseguida que se avecinaban tiempos de renuncia y de sacrificio personal. La ausencia de Antonio supuso un terrible golpe que entendió como una nueva prueba que Dios interponía en su camino y no alcanzaba a comprender por qué el Señor no le había llamado también a su seno como había hecho con Antonio primero, y más tarde con su hermana mayor, M^a Luisa. No se consideraba merecedor de semejante gracia divina.

Aquellos acontecimientos provocaron que se convirtiera con el paso de los años en un adulto atormentado por sus debilidades y sus innumerables defectos como ser humano. Este fue precisamente el detonante de que sintiera la imperiosa necesidad de purificar su alma, puesto que no se consideraba a sí mismo merecedor de la afortunada vida que le había tocado en suerte.

Siguiendo el ejemplo de sus influyentes amigos religiosos, y siempre a espaldas de sus allegados más íntimos que permanecían en la más completa ignorancia, comenzó a castigar su cuerpo a diario y a estrangular sus deseos con auténtica disciplina, rayando la más pura obsesión. A María le había tocado guardar las apariencias de esposa abnegada y ejemplar, soportando las preguntas maliciosas de su entorno enfocadas a la falta de descendencia en el matrimonio y las continuas murmuraciones a sus espaldas que ponían en entredicho la intimidad de la pareja.

Claudio se dirigió a la sala de baño y se desprendió del pijama con cierta dificultad porque a sus sesenta y siete años las fuerzas y el equilibrio ya no le acompañaban como antes. La tuberculosis, que había acabado con la vida de su hermano Antonio y, tres años más tarde, con la de su hermana M^a Luisa, le había acompañado a él como enfermedad crónica a lo largo de su

vida. Soltó el grueso cilicio de esparto que siempre llevaba ajustado a su cintura y se metió en la bañera que acababa de prepararle su criado de confianza. El agua caliente mordía la herida de su cuerpo deformado provocándole una oleada de dolor intenso que ya se había acostumbrado a soportar. Se consolaba pensando en todos los pecados que le habían hecho merecedor de semejante penitencia.

Ahora que sentía que la muerte rondaba detrás de su sombra y que su cuerpo frágil no aguantaría mucho más tiempo las embestidas de su enfermedad, había llegado el momento de cumplir la promesa que llevaba más de cuarenta años atormentándolo.

Nunca olvidaría las imágenes de lo que había vivido el día anterior, cuando se había decidido por fin a visitar a Adela, la hija de Teresa, y le había entregado el libro de poemas y la carta que llevaba custodiando durante tantos años. Había sido doloroso volver a recordar aquel verano en el que su vida había cambiado para siempre. Algunos secretos no debían guardarse durante tanto tiempo y el rostro de Adela, tan parecido al de Teresa, y la presencia del pequeño Tomás, habían atormentado su conciencia en el breve espacio de tiempo que había permanecido en su casa. Ella había encajado la noticia con estupor, pues ni siquiera sabía que Teresa había sido su verdadera madre y descubrir la identidad de su padre y los detalles de la historia que habían vivido en la Casa Ocejo aquel verano de 1876, había provocado que se emocionara y que le dirigiera una mirada colmada de interrogantes que él no había sabido responder. Aun así, sabía que había hecho lo correcto. Aquel libro y aquella carta pertenecían a Teresa, y su cobardía había provocado que nunca llegara a tener conocimiento de su existencia y de los sentimientos que guardaba.

Aunque Teresa lamentablemente ya no estaba, su hija Adela tenía derecho a conocer la verdad.

Comillas, verano de 2011

La lluvia no había cesado de caer durante todo el día y las horas habían transcurrido a un ritmo distinto, extraño.

Marina no había podido dejar de leer hasta llegar a la página final del cuaderno de Tomás cuando era ya media tarde. Se había preparado algo rápido en la cocina y había continuado después contrastando los datos con los documentos que había guardados en la carpeta. Efectivamente, Tomás hablaba en su cuaderno de una visita que don Claudio le había hecho a su madre en 1920, cuando él tenía nueve años. Aquel día don Claudio le había entregado a su madre una carta que le había dejado muy afectada y un libro antiguo de poemas de Bécquer con una extraña dedicatoria escrita en la primera página. Por los documentos y recortes de periódico que había ido reuniendo Tomás, quedaba demostrado que este había seguido muy de cerca los pasos del segundo Marqués de Comillas.

¿Sería posible que don Claudio hubiera sido el amante de Teresa y hubiera sabido de su embarazo cuando la despidieron de la Casa Ocejó? ¿Podría ser que aquel hecho le atormentara durante toda su vida y decidiera hacerle una visita a su hija Adela y a sus nietos cuando era ya un anciano enfermo? Por lo que ella sabía, Claudio no había tenido descendencia con su esposa María Gayón y el título de Marqués de Comillas había pasado a su sobrino mayor, Juan Antonio Güell. En los libros de historia se hablaba de diversas razones; unos hablaban de una esterilidad provocada por su larga enfermedad pulmonar, y otros sin embargo, insinuaban que don Claudio había hecho voto de castidad en su juventud, cuando aún soñaba con convertirse en sacerdote, y que por lo tanto, nunca habría consumado su matrimonio con María. La tuberculosis se la había contagiado probablemente su hermano Antonio entre el verano y el otoño de 1876, cuando este último había enfermado. Según sus cálculos, Teresa se habría quedado embarazada en agosto de ese mismo año, por lo que era posible que Claudio hubiera sido el padre de la hija que esperaba, porque la enfermedad lo había azotado después. En cuanto al voto de castidad, resultaba más difícil de comprobar. Si esos hechos hubieran salido a la luz en la época de la visita de Claudio a la casa de Tomás, cuando ya no cabía la esperanza de que engendrara un heredero, habrían supuesto todo un escándalo para la familia.

Marina se preguntaba dónde estarían el libro y la carta que Tomás mencionaba, puesto que no hacía ninguna referencia en cuanto a su paradero. Encontrarlos podría suponer la respuesta definitiva a sus interrogantes. Si Tomás se había molestado tanto en guardar el secreto de su madre, imaginaba que se habría tomado idénticas molestias en ocultar todas las pruebas.

Salió al jardín y comprobó que ya había dejado de llover y que incluso algunos tímidos rayos de sol asomaban entre las nubes oscuras. Abrió la puerta del taller de Tomás y se adentró hasta llegar a su despacho. Encendió la luz y le pareció que había transcurrido una eternidad desde la última vez. Paseó lentamente por la estancia, tratando de impregnarse del espíritu de Tomás y que este le diera alguna respuesta a sus múltiples preguntas. Su mirada se posó en el cuadro que Mario había pintado siendo un adolescente y una sonrisa asomó a su rostro. Después se acercó a la mesa de escritorio y se sentó en la butaca. Se fijó en que todavía permanecía la llave encajada en el interior de la cerradura que había destapado el secreto de Tomás. No había nada más dentro del compartimento oculto. Cerró la tapa, sacó la llave de la cerradura y volvió a deslizar la pieza de madera con el relieve del ángel para ocultarla. Después devolvió la llave al lugar donde la habían encontrado.

—«¿Dónde escondiste la carta, Tomás?».

Sentía que estaba pasando por alto algún detalle importante. Volvió a sentarse frente al escritorio y apoyó los codos en la mesa mientras sostenía la cabeza entre sus manos en un gesto de frustración.

Tomás podría haber destruido aquella carta, aunque le parecía improbable viendo el celo con el que había custodiado el resto de documentos relacionados con Teresa. No, el libro y la carta debían de haber sido escondidos con esmero en algún lugar que solo Tomás conocía. ¿Pero para qué dejar aquel cuaderno y los documentos y no facilitar ninguna información relativa al lugar donde se ocultaban las pruebas?

Sin duda estaba pasando por alto algún detalle importante...

El teléfono móvil sonaba insistentemente en el interior de su bolso mientras introducía los productos en sus respectivas bolsas en la caja del supermercado. Iba a regresar a casa caminando con la compra puesto que se encontraba solo a un par de calles, así que ya devolvería la llamada cuando llegara a casa. Después de haberse quitado los zapatos y de haber guardado cada cosa en su lugar correspondiente, Marina sacó el móvil de su bolso y examinó la llamada perdida. Por un instante tuvo la esperanza de que fuera de Mario, pero la pantalla del móvil le mostró el rostro de una Paula sonriente y con la lengua fuera en actitud provocadora. «Tenía que cambiar aquella foto de contacto» pensó mientras marcaba el icono de llamada.

—¡Hola, guapa! ¿Qué tal estás? ¿Me has echado de menos, a que sí?

Marina puso los ojos en blanco mientras sonreía al escuchar la voz burlona de Paula.

—Hola, Paula. La verdad es que sí. ¿Qué tal las vacaciones con tu príncipe azul?

—De maravilla, todo ha sido genial. Tengo muchas ganas de presentarte a Alberto, le he hablado mucho de ti. Llegaremos por la tarde, pero no te aseguro la hora, ya sabes.

—Mientras lleguéis a tiempo para la cena me basta. ¿Y tu familia qué tal, todo bien por Madrid?

Hacía más de una semana que Mario se había marchado. Ya debía de estar en Nueva York preparando su exposición, pero todavía no la había llamado como le había prometido. Suponía que Paula estaría al tanto de la visita de Mario a sus padres y que podría darle alguna información.

—Todo muy bien. Tengo cosas que contarte, pero ya hablaremos cuando nos veamos. Hasta esta noche. Besitos.

—De acuerdo. No lleguéis demasiado tarde y tened cuidado con la carretera. Un beso.

Paula le había avisado hacía unos días por mensaje de móvil de su llegada a Madrid y de que pretendía pasar en Comillas el fin de semana y presentarle a su novio. Marina había decidido entonces organizar una cena de bienvenida y celebrar al mismo tiempo la inauguración oficial de su nueva casa. Le apetecía distraerse un poco de su preocupación por Mario y de la investigación sobre el misterio de Teresa que había llegado a un punto muerto. En los últimos días había tratado de hallar alguna pista sobre el paradero de la carta y el libro que mencionaba Tomás, pero no había encontrado nada interesante. Haber llegado hasta ese punto y no poder seguir avanzando incrementaba su frustración.

Paula y Alberto llegaron a la hora convenida. Hicieron las presentaciones de rigor y se sentaron a la mesa que Marina había preparado en el jardín aprovechando la temperatura benigna de ese día estival. Cenaron entre risas y anécdotas del viaje de la pareja que Paula narraba con su toque de simpatía habitual. Alberto resultó ser un joven muy agradable y atento y se notaba de lejos lo profundamente enamorado que estaba de Paula. Hacían una bonita pareja.

De pronto se escuchó el sonido de un teléfono móvil que provenía del interior de la casa y Marina se levantó para ir a ver quién podía llamar a esas horas.

Escuchar la voz de Mario al otro lado del teléfono provocó que se le acelerara el corazón. Subió a su cuarto para poder hablar con él con más intimidad mientras afuera, en el jardín, la parejita había aprovechado su ausencia para hacerse carantoñas.

—Hola, Marina, espero que no estuvieras ya dormida. No había caído en que ahí son casi las doce de la noche.

—Hola, Mario, me alegra que hayas llamado. Precisamente estaba ahora con tu hermana y Alberto. Han venido a pasar el fin de semana.

—Oh, estupendo, me dais mucha de envidia. Pude coincidir un par de días con ellos en Madrid a su regreso de las vacaciones y lo pasamos muy bien.

—Me alegro mucho por los dos. Hemos estado hablando de las vacaciones y Paula todavía no me lo había contado.

—Oye, Marina. Perdona por no haberte llamado antes. Desde que aterricé en Nueva York no he parado de trabajar en la galería y cuando llegaba a casa eran horas demasiado intempestivas para llamar a España. Es difícil coordinar los horarios cuando hay seis horas de diferencia.

—No te preocupes, lo entiendo. Espero que salga todo bien con la exposición. Por cierto, el cuadro del despacho de tu abuelo lo he colgado en el pasillo de la entrada. Me parecía un lugar más apropiado.

—Es un detalle muy bonito por tu parte. Ojalá pudiera estar ahora con vosotros. Te he echado mucho de menos, Marina.

Solo se escuchaba el silencio al otro lado de la línea telefónica.

—Yo también te he echado de menos.

Las palabras le habían salido como en un susurro, no había podido evitar emocionarse.

—Lamento tener que dejarte ya, pero tu hermana y Alberto se van a extrañar de que tarde tanto en volver. Llámame otro día y hablamos más tranquilamente.

—¿Has leído el cuaderno?

—Sí, claro. Pero no he sido capaz de encontrar el libro ni la carta que menciona. Me he vuelto loca buscándolos por todas partes y nada, estoy atascada en un punto muerto.

—Bueno, ya hablaremos otro día y me cuentas más detalles de ese misterio que tenemos a medias. Un beso muy grande, Marina.

—Adiós, Mario. Un beso.

Regresó al jardín disimulando lo mejor que podía. Les había mentido diciéndoles que la llamada era de su madre, pero Paula se había dado cuenta de que algo raro sucedía. Ya tendría tiempo de hablar más adelante con su amiga.

Decidieron entrar en la casa porque se había levantado aire fresco. Recogieron la mesa y Marina preparó unas copas en el salón. Allí se entretuvieron viendo las fotos del viaje de la pareja hasta que Alberto terminó quedándose dormido en el sofá. Las dos chicas fueron a la cocina y Paula ayudó a Marina a fregar los platos mientras le comentaba las últimas novedades en su familia y el regreso de su hermano tras cinco años de ausencia.

Quizás debido al efecto de la emoción por la llamada de Mario o por las dos copas que se había tomado, Marina decidió hablarle a Paula de la visita a Comillas de su hermano y de lo que habían descubierto juntos en el despacho de su abuelo Tomás, aunque prefirió no mencionar nada respecto a lo que había sucedido entre ellos. Paula se mostró muy interesada en la historia de Teresa y su mente brillante relacionó enseguida el cambio de actitud de su hermano con aquella visita a Comillas. Tenía la sospecha de que había pasado algo más en esos días de lo que su amiga quería confesar.

Gracias a sus contactos y a los numerosos amigos y conocidos que tenía en la villa, Paula había podido recabar información sobre su bisabuela Adela y la vida que había llevado en Ruiseñada junto a sus padres adoptivos, Julia y Fernando, hasta que se había casado con el bisabuelo Miguel y se habían mudado a Comillas. Había encontrado también el certificado de defunción de Teresa, que había fallecido a causa de la tisis a los diecinueve años. Pero la historia de lo que había sucedido realmente en la Casa Ocejo aquel verano de 1876 continuaba siendo un misterio repleto de interrogantes.

Por la documentación que había podido reunir, había averiguado que ese había sido un año muy señalado para la familia López: Por un lado, Don Antonio había logrado fundar junto a otros socios capitalistas el Banco Hispano Colonial que tantos beneficios habría de reportarle en el futuro. En contrapunto a este gran éxito empresarial, Don Antonio y el resto de su familia, habían tenido que enfrentarse aquel mismo año al acontecimiento más dramático y doloroso de sus vidas, que había sido el fallecimiento de su hijo Antonio con tan solo veinticuatro años de edad.

Paula se preguntaba por qué su abuelo Tomás nunca había mencionado nada a su familia sobre Teresa y su relación con los López y sin embargo había dejado por escrito todas sus averiguaciones. Quizás tuviera la esperanza de que alguien en un futuro sacara a la luz aquella historia...

Unos días más tarde, mientras hablaban por teléfono para ponerse al día sobre el avance de sus investigaciones, las dos jóvenes trataban de ponerse de acuerdo sobre quién podría haber sido el responsable del embarazo de Teresa. El que tenía más posibilidades era Claudio, que en aquel momento era un atractivo joven de veintitrés años y además, era el que había guardado el secreto durante tantos años.

—Yo creo que don Antonio López también pudo haber sido el responsable.

Paula, como buena abogada que era, había estudiado a todos los implicados en la historia como posibles sospechosos.

—Era un hombre poderoso, acostumbrado a obtener todo lo que se proponía. Podría haberse encaprichado de su joven y bella empleada.

—No me encaja con la personalidad de don Antonio. —A Marina le molestaba la imagen de hombre sin escrúpulos que muchas personas se empeñaban en adjudicarle—. Aunque era un hombre de fuerte carácter y que quizá no siempre había sido políticamente correcto en sus negocios, sí que había sido un hombre leal con las personas de su entorno. Dejar a una criada embarazada y después despedirla y abandonarla a su suerte no encajaba con su forma de ser.

Marina le narró entonces la historia de Eloísa López: Tras la muerte del Marqués, en 1883, nadie se esperaba que entre los herederos de su inmensa fortuna se encontrara Eloísa López, una antigua esclava a la que había dado su apellido y que llevaba trabajando como sirvienta para la familia durante toda su vida. Don Antonio le había abierto una cuenta en el Hispano Colonial con un interés al seis por ciento, aunque ella jamás había hecho uso de aquel dinero. Cuando Eloísa falleció en 1900, poseía en su cuenta bancaria la cantidad de 118.815 pesetas. Toda una fortuna para la época.

Marina sospechaba que don Antonio y Eloísa podían haber tenido algún tipo de relación en algún momento de sus vidas. Se habían conocido en Cuba cuando ella era una esclava de dieciséis años y él un joven emprendedor de tan solo diecinueve y no se habían separado jamás. Lo que sí quedaba probado era que don Antonio había sentido un gran aprecio por Eloísa al haberla traído consigo desde Cuba y haberle donado aquella gran fortuna tras su muerte.

—El siguiente sospechoso que nos queda sería Antonio, que sabemos que contrajo la

tuberculosis ese mismo verano —Paula proseguía enfrascada en sus elucubraciones.

—Pero no creo que les hubiera dado tiempo de conocerse e iniciar una relación antes de que él enfermara, puesto que se sabe que se pasó encerrado en su habitación la mitad del verano para evitar el contagio.

—Entonces, solo nos queda Claudio.

Marina disfrutó los últimos días de sus vacaciones centrada en su investigación. Descubrir la verdad sobre lo ocurrido aquel verano en la Casa Oejo se había convertido en una obsesión para ella. Paseaba a veces frente a la casona y observaba a través de las ventanas esperando ver a alguien en su interior. Sin embargo, nunca se había atrevido a llamar a la puerta. Imaginaba que los actuales propietarios no tendrían demasiado interés en indagar sobre aquellos hechos del pasado.

Una tarde desapacible de viento y nubes, decidió salir a caminar para despejarse un poco. Le encantaban aquellos días en los que el aire traía el olor a limpio del mar y recorrer las calles de Comillas se convertía en un placer para sus sentidos y le ayudaba a pensar con mayor claridad.

Sin saber por qué, acabó en la entrada del cementerio. La hermosa puerta de hierro forjado se encontraba abierta, como siempre. Había pasado por allí en un par de ocasiones para acercarse a las tumbas de Teresa y de Tomás, pero habían sido solo visitas fugaces. La única pista sobre Teresa que arrojaba algo de luz en el cuaderno de Tomás era la frase en la que mencionaba que el Ángel Guardián se encargaba de custodiar el secreto de Teresa, un secreto que se ocultaba entre los muros del cementerio.

Marina sacó de su bolso la fotografía en blanco y negro en la que aparecía el grupo de la Casa Oejo. Se había acostumbrado a llevarla siempre consigo. Se acercó a la lápida que guardaba los restos de Teresa y leyó su nombre sobre la piedra. Después se giró hacia el ángel que reposaba sobre el muro de la entrada. En aquella tarde de viento, con un cielo abarrotado de nubes oscuras que amenazaban con descargar oleadas de lluvia, nadie más se había acercado al recinto, donde era frecuente la presencia de turistas.

Marina seguía contemplando la escultura del ángel concentrada en sus cavilaciones.

—«¿Cuál es el secreto que guardas?».

El aire rompía el silencio del cementerio al soplar con fuerza entre las lápidas. En un momento de descuido, un golpe de viento le arrancó la fotografía de las manos arrastrándola detrás de la tumba de Teresa, a los pies del muro. Se acercó a recogerla con cierto desagrado y cuando se inclinó para rescatar el preciado objeto de aquel rincón húmedo y oscuro, se dio cuenta de que algo no cuadraba. Una de las piedras del muro sobresalía extrañamente por delante del resto. A simple vista podía pasar desapercibida, pero a la distancia a la que ella se encontraba, le había llamado la atención.

Volvió a recordar la frase de Tomás en su cabeza: «el secreto se oculta entre los muros del cementerio...» y sin pararse a pensar en nada más comenzó a tirar de la piedra hacia afuera con todas sus fuerzas. No sin dificultad, consiguió retirar la piedra y posarla en el suelo. Enseguida visualizó una especie de paquete envuelto en una tela oscura deteriorada por el paso del tiempo y se giró para comprobar que nadie más la había visto. Lo extrajo y volvió a colocar la piedra en su lugar.

Se quitó la chaqueta que llevaba puesta y cubrió con ella el extraño paquete para alejarlo de miradas curiosas. A continuación salió del recinto y regresó a su casa caminando lo más rápido que pudo.

Cuando entró en la casa fue directa hacia la cocina y posó el paquete con cuidado sobre la mesa de madera. Le latía el corazón con la misma intensidad que si hubiera encontrado un tesoro en el fondo del mar. Apartó despacio lo que quedaba de la tela negra y descubrió el objeto que guardaba en su interior. Habían transcurrido noventa y un años, pero aun así, había permanecido protegido del paso del tiempo. Las piedras lo habían resguardado milagrosamente del aire y la humedad.

Las tapas de piel del libro se encontraban algo agrietadas y deformadas, pero aún se podía leer

el título en letras doradas: «Obras de Gustavo Adolfo Bécquer». Con sumo cuidado abrió la cubierta y encontró la dedicatoria escrita en la primera página, tal y cómo lo había descrito Tomás en su cuaderno:

«Para el ángel que dio luz a mi vida,
25 de septiembre de 1876».

Qué bonitas palabras, pensó Marina. Se había emocionado al comprender que detrás de aquel secreto se escondía una historia de amor. La posibilidad de que Teresa hubiera estado sometida a algún tipo de abuso le había carcomido por dentro. No, a Teresa la habían amado, y la hija que había dado a luz había sido fruto de ese amor entre dos personas que no estaban destinadas a conocerse. El hombre que había amado a Teresa le había considerado un ángel. Pensó que quizás por ese motivo Tomás había tallado la figura de un ángel en la cerradura secreta del escritorio, por eso el llavero con el ángel de plata...

Se dio cuenta de que algo sobresalía de las páginas centrales del libro. Se trataba de un sobre de papel grueso, de excelente calidad aunque amarilleado por el tiempo. El corazón se le aceleró aún más en el pecho. Dentro de aquel sobre se encontraba la clave de todo. La luz a todas las sombras que rodeaban a Teresa.

Lo dejó sobre la mesa y antes de abrirlo se acordó de Mario y también de Paula. Le hubiera gustado que ellos estuvieran allí en aquel momento especial para poder leer juntos el contenido de aquella carta.

Casa Ocejo, Comillas, julio de 1876

Teresa lloraba en silencio sentada en el escalón de la puerta de la cocina mientras contemplaba el jardín refugiada bajo el manto estrellado de aquella noche estival. Hacía mucho tiempo que no se permitía a sí misma semejante flaqueza. La vida le había enseñado a endurecerse ante el sufrimiento porque siempre había alguna sombra oscura acechando detrás de cada esquina, esperando a que llegara su turno. De nada servía lamentarse, solo valía ser fuerte y luchar por seguir adelante.

Antonio apareció en silencio entre penumbra del jardín y se detuvo a una distancia prudencial para no asustar a Teresa.

—Buenas noches. Perdome mi intromisión ¿Se encuentra usted bien?

Teresa se levantó avergonzada y pidió disculpas de inmediato por haberse tomado la libertad de salir al jardín. Después de prometerle que no volvería a suceder se dispuso a regresar a su habitación. No deseaba poner en riesgo su puesto de trabajo en aquella casa.

—Por favor, no se vaya. Le juro que no le diré nada a nadie, se lo prometo.

Teresa se giró despacio y permaneció donde estaba, nunca había hablado en persona con el señorito. Había oído hablar a las otras chicas sobre él, a todas les parecía el muchacho más apuesto de la villa y esperaban con impaciencia la temporada estival para que el heredero de los López regresara a Comillas. Ese año además, la espera había sido más larga de lo habitual porque los señoritos habían estado un tiempo fuera del país, de viaje por Europa.

Antonio comenzó a hablar despacio manteniendo la distancia para que ella se sintiera cómoda. Le comentó que a él también le gustaba salir por las noches al jardín, en aquel rincón encontraba sus momentos de soledad porque su familia y aquella casa, en ocasiones, podían resultar asfixiantes. Le preguntó a Teresa cómo se sentía, sabía que hacía poco tiempo que trabajaba en la casa y comprendía que le resultase duro permanecer lejos de su hogar.

Teresa le respondió tímidamente que se sentía muy afortunada por poder trabajar para los señores, pero también que echaba de menos a su familia. Su padre acababa de fallecer y le estaba costando superar su pérdida. No obstante, necesitaba aquel trabajo para ayudar a su madre a mantener a sus dos hermanos pequeños.

A continuación decidió retirarse, no se sentía cómoda hablando con el señorito a solas. Solo llevaba puesto su camisón bajo el manto de lana y no era apropiado, dadas las circunstancias. Antonio le prometió que no le diría nada a nadie, pero que a cambio deseaba volver a verla al día siguiente en el mismo lugar. Teresa desapareció sin contestarle.

A Antonio le había agradado encontrar a alguien normal con quien poder hablar, aunque fuera solo por un instante. Sentía que compartía algunas cosas con aquella joven. Reconocía asimismo que se había quedado prendado de la belleza frágil de Teresa. Nunca antes se había sentido atraído así por nadie, ni siquiera durante su viaje europeo, donde había conocido a mujeres de bellezas muy dispares. Además, siempre había preferido mantener cierta distancia con el personal de servicio, algo que él consideraba una muestra de respeto hacia su trabajo.

Antonio era un joven atractivo y era consciente del interés que despertaba entre las muchachas de su edad. También estaba al tanto del atractivo añadido que suponía ser el heredero del siempre floreciente y expansivo imperio López. En muchas salas de reuniones se hablaba ya de posibles candidatas para una futura unión ventajosa con el primogénito. A don Antonio, que no se le escapaba detalle en cuanto al futuro de sus vástagos y con una predilección por rodearse de personas afines a sus intereses políticos y empresariales, no se le había pasado por alto que sus

dos hijos varones estaban ya en edad de independizarse.

Su hijo menor, Claudio, había mostrado últimamente una fuerte tendencia por la vida religiosa y, aunque no le molestaba, antes debía asegurarse una futura descendencia que perpetuase su apellido y el devenir de sus empresas.

Sin embargo, presumía de haber logrado matrimonios ventajosos, fundamentalmente en el caso de su segunda hija, Isabel. La unión del apellido López con una de las familias más destacadas y respetadas de la burguesía catalana: los Güell, había resultado del todo satisfactorio para los planes de don Antonio de ganar prestigio social y económico ante la exigente sociedad barcelonesa. En este caso además, los jóvenes esposos se amaban intensamente, poseían caracteres similares y se entendían a la perfección. Le habían convertido en abuelo por tercera vez y parecía que la cosa no iba a parar ahí.

Don Antonio era conocedor de que en los círculos más exclusivos de Barcelona, pero también de Madrid o Santander, se barajaban ya posibles candidatas a ocupar el corazón de su heredero. Y si no el corazón, al menos sí la plaza de esposa oficial en funciones. De todos era sabido que el amor poco o nada tenía que ver en asuntos tan importantes.

Antonio había tenido amantes, por supuesto. Era lo normal en un joven de su edad y sin ataduras. Su viaje europeo había resultado de lo más enriquecedor en todos los sentidos. Su hermano y él se habían sentido por primera vez libres de yugo paterno y habían decidido aprovechar aquella circunstancia novedosa en sus vidas. Pero Antonio nunca antes había conocido a ninguna mujer que le atrajera más allá de la piel. Aquellas habían sido compañeras efímeras, cuya misión consistía en complacer a un hombre. Una transacción y nada más. No había deseado conversar con ellas ni había mostrado curiosidad alguna en conocerlas más allá de la intimidad del dormitorio.

Después de que Teresa hubiera regresado a su cuarto, Antonio permaneció en el jardín. Necesitaba meditar sobre lo que acababa de suceder. Se había despertado en él una curiosidad extraña por aquella joven. Le habían afectado sus lágrimas y habría deseado abrazarla para ofrecerle consuelo y que se sintiera mejor. Teresa, le agradaba llamarla por su nombre, soportaba sobre sus hombros una carga demasiado pesada. Ya tenían algo en común.

En numerosas ocasiones le había invadido la sensación de que todos a su alrededor esperaban demasiado de él. Se suponía que debía convertirse en un digno sucesor de su padre, pero no resultaba nada fácil ser como Antonio López. Había demostrado ser más que capaz trabajando junto a él en los últimos meses como ayudante suyo y sentía que su progenitor estaba orgulloso, pero a diferencia del naviero, para él los negocios no eran lo único importante en la vida.

Esos momentos en el jardín suponían para él un refugio. Se fundía con la naturaleza y los sonidos de la noche y se sentía un hombre libre. Por eso le atraía tanto Comillas, porque allí disfrutaba de una conexión especial con el entorno que le hacía sentirse vivo de nuevo. Barcelona era una ciudad que lo asfixiaba; demasiada gente, demasiada suciedad por todas partes y demasiada falsedad en las relaciones humanas. Resultaba enormemente aburrido que todo el mundo a su alrededor le estuviera adulando y complaciéndole constantemente. Las familias como la suya vivían en una especie de burbuja de confort burgués que diluía, con su perfumado brillo, la percepción del mundo real.

Comillas, por el contrario, representaba un puerto seguro en el que refugiarse. Y su rincón del jardín, un buen lugar para sentirse invisible y respirar la vida. El cielo se transformaba cada noche en una gran bóveda donde poder lanzar al aire todos sus deseos.

Y entonces había aparecido Teresa; la representación en carne y hueso del más bello de los sueños.

A la mañana siguiente, a Antonio no le costó ningún esfuerzo levantarse temprano. Se había despertado de buen humor e incluso había soportado estoicamente las bromas pesadas de su estirado hermano pequeño.

—Espero que te hayas levantado con fuerzas esta mañana, Claudio, porque Argenta y yo nos vamos a dar un paseo hasta la Coteruca. ¿Te apetece acompañarnos? Nuestros primos también vendrán, será divertido.

Argenta era el precioso caballo blanco de Antonio. Lo habían criado en la finca de Naval Moral de la Mata, en la provincia de Cáceres, que su padre había adquirido para sus jornadas de caza. Le encantaba aquel caballo Lipizzano de hermoso porte y gran inteligencia que resultaba perfecto para sus ratas por las colinas de Comillas.

Teresa procuró pasar desapercibida desde primera hora de la mañana y había ayudado a Eloísa a tender las sábanas en el cuarto del piso superior que se destinaba a secadero y más tarde, había ayudado a hacer la limpieza en las habitaciones una vez que los señores hubieron bajado a desayunar.

Abrió la ventana de la habitación de Claudio para sacudir la alfombra que se encontraba a los pies de su cama. En ese instante vio a Antonio fuera, subido a lomos de su caballo blanco. Se le veía muy apuesto y sonriente. Le acompañaban Claudio y otros dos jóvenes que no se molestó en identificar. Antonio miró hacia la ventana justo en el momento en el que se disponían a iniciar la marcha. Se había quedado algo rezagado y había dejado que los otros avanzaran por delante de él. Cuando estuvo seguro de que nadie más lo veía, volvió a dirigir su mirada hacia la ventana donde se asomaba Teresa y sonriendo, le hizo un gesto tocando el ala de su sombrero a modo de saludo.

Teresa no había sabido reaccionar. Había sonreído instintivamente al saludo de Antonio pero se había retirado de la ventana rápidamente y con el corazón acelerado dentro de su pecho.

Aquella noche, con un cielo cubierto de nubes tras un día caluroso, Teresa permaneció en su dormitorio. Él le había pedido que volvieran a encontrarse, pero a ella aquello le había parecido un juego en el que no le apetecía participar. Había conseguido aquel trabajo gracias a la mediación de un amigo de su padre y no pensaba defraudarlo.

Antonio sí que acudió como cada noche a su rincón escondido. Se había echado encima una manta, pues la humedad del jardín se dejaba notar con más intensidad debido al viento que había traído consigo las nubes y que anunciaba un cambio de la meteorología, aunque él ya estaba acostumbrado al imprevisible clima cántabro.

Se encontraba algo cansado después de un día tan ajetreado. Le encantaba disfrutar de los pequeños placeres que solo la vida campestre podía ofrecerle.

Durante unos instantes, tuvo la breve ilusión de que Teresa aparecería, aunque en el fondo sabía que no lo haría. Era de esperar, y además, era lo correcto. Decidió borrar de su mente la loca idea de acercarse a Teresa y reconoció que había fronteras que era preferible no traspasar. Sin embargo, el destino juega a veces con cartas marcadas y poco podemos hacer para revelarlas en su contra.

A la mañana siguiente, Antonio amaneció con fiebre muy alta y sin fuerzas para levantarse de la cama. La noche pasada al raso y la excursión a caballo le habían pasado factura. Eloísa, la veterana criada que había acompañado a los señores desde Barcelona, esperaba a Teresa en la cocina.

—¿Dónde andabas, muchacha? Te he mandado llamar hace ya un rato.

Teresa siempre estaba ocupada ayudando allá donde se la necesitaba. Era su arma contra la melancolía y todos apreciaban su buena disposición hacia el trabajo. Entró en la cocina portando

una bandeja con los restos del desayuno que había recogido en el comedor. Como el día había amanecido frío y desapacible, doña Luisa había desayunado con sus dos hijas mayores y sus dos nietos en el comedor principal. Cuando don Antonio no estaba en casa, el ambiente era más familiar y relajado.

—Disculpe el retraso, Eloísa. Ya sabe que los niños siempre tardan una eternidad en acabarse el desayuno y la señora doña Isabel no les deja moverse hasta que se lo han comido todo.

—Tienes que subirle el desayuno al señorito Antonio. Esta mañana se ha levantado con fiebre y no va a bajar a desayunar. ¡Estos muchachos un día me van a dar un disgusto! Seguro que ayer estuvieron comportándose como salvajes bañándose en el río y vete tú a saber qué más.

Eloísa había visto nacer a todos los hijos de don Antonio y los había criado como si fueran propios. Era la única a la que se le permitían determinadas confianzas con la familia y ellos la querían como a una madre.

Teresa observó la bandeja que descansaba sobre la mesa de la cocina con una expresión de pánico en su rostro.

—¿Pero por qué yo? Seguro que sería más apropiado que la subiera don Teodoro. No es correcto que una criada entre sola en el dormitorio del señorito.

—No me seas anticuada muchacha, que estamos en 1876.

Eloísa puso los brazos en jarras apoyando las manos en sus rotundas caderas en un gesto característico.

—Además, la señora doña Luisa ha ordenado que te encargues tú de atender al señorito en todo lo que necesite, así que ya puedes darte prisa.

Teresa portaba la bandeja y ascendía las escaleras con el pulso acelerado. Por un lado le apetecía volver a ver al joven, pero por otro, se moría de vergüenza por encontrarse a solas con él de nuevo y por lo que este pudiera decirle. Dio unos toques en la puerta del dormitorio antes de entrar, pero Claudio abrió desde dentro. Teresa se sorprendió al principio, sin embargo le tranquilizó que el enfermo tuviera compañía, para ella sería más cómodo. Claudio hizo ademán de coger la bandeja para liberar a Teresa de su peso y para acercársela él mismo a su hermano.

—Muchas gracias, ya me encargo yo.

Teresa le entregó la bandeja y ya se disponía a darse la vuelta para volver abajo cuando se escuchó la voz débil de Antonio desde el interior.

—Espera, Claudio. Deja que entre, necesito darle un recado para Eloísa.

Claudio se apartó a un lado para que Teresa pudiera pasar y dejó la bandeja sobre la cama.

—Claudio, tú ya puedes irte, supongo que tendrás cosas que hacer. Hablaremos más tarde.

—De acuerdo, hermano, luego nos vemos.

Salió de la habitación dejando la puerta abierta tras de sí. No consideraba apropiado que una muchacha, aunque fuera del servicio, estuviese a solas con un hombre en su dormitorio.

Antonio descansaba acostado en la cama, ligeramente incorporado sobre unos almohadones. En su pálido rostro se apreciaban los signos de la fiebre. Se inclinó hacia adelante para recoger la bandeja con el desayuno y posarla sobre la mesita situada a su derecha y después le hizo un gesto a Teresa para que se acercara.

Teresa, con la mirada clavada en el suelo, se acercó hasta los pies de la cama.

—Buenos días, Teresa.

Antonio le sonrió con dulzura dándose cuenta del azoramiento de la muchacha.

—Buenos días, señorito Antonio, Eloísa le ha preparado un caldo con unas hierbas especiales. Dice que debe tomárselo antes de que se enfríe, son para ayudar a bajar la fiebre.

Antonio sonrió, conocía de sobra el famoso caldo de Eloísa. Era una especie de remedio para todo, una receta que había aprendido de sus años en Cuba.

—Anoche no acudiste a nuestra cita. El jardín no fue lo mismo sin ti, Teresa.

—No me pareció correcto, señorito Antonio, ni siquiera debería haber bajado la otra noche, no volverá a suceder.

En ese momento doña Luisa, la madre de Antonio, entró en el dormitorio. Teresa permaneció inmóvil a los pies de la cama y con la mirada clavada en el suelo. El amplio vestido de la señora atravesó el umbral de la puerta haciendo un ruido extraño, pues la tela rígida de su falda rozaba

con todo lo que encontraba a su paso. Se acercó directamente al lecho donde descansaba Antonio y le dio un beso en la frente. En sus labios notó que la temperatura de su piel seguía siendo elevada. No era normal que le hubiera subido tanto la fiebre por un simple resfriado, pero Antonio era un muchacho fuerte y confiaba en que en un par de días volvería a verlo con la vitalidad de siempre y preparando alguna actividad divertida con su hermano y sus primos.

—¿Qué tal estás, hijo mío? Veo que te encuentras un poco mejor, aunque quiero que te quedes todo el día en la cama, no vaya a ser que vuelvas a coger frío.

—No pienso quedarme aquí todo el día como si fuera un anciano enfermo, en unas horas estaré mejor, madre.

—Hoy ha bajado la temperatura y en la calle está más fresco. Incluso llovió brevemente esta mañana cuando regresaba de la iglesia. Es mejor que te quedes aquí.

Doña Luisa se dispuso a salir del dormitorio y al hacerlo le indicó con una señal a Teresa que la acompañara fuera. Cuando hubieron salido, la señora le dio instrucciones precisas.

—Quiero que no salga en todo el día de la habitación. Te quedarás con él y le atenderás en todo lo que necesite. Que le suban aquí las comidas. —Iba a marcharse cuando de pronto recordó algo—. Por cierto, Teodoro me ha comentado que fuiste a la escuela y que sabes leer —le entregó un pequeño ejemplar del Antiguo Testamento que llevaba en su mano—. Léele algunos fragmentos para que se mantenga entretenido y sobre todo, que por nada del mundo salga de su habitación.

—Sí, señora.

—Por la tarde volveré para ver cómo se encuentra —se giró hacia su hijo—. Adiós, hijo mío.

—Adiós, madre, y no se preocupe que estoy bien.

Cuando la señora se hubo marchado, Teresa regresó al dormitorio y observó a Antonio. Él la miraba y le sonreía con cierta ironía.

—Así que mi madre tiene miedo de que me escape y te ha pedido que no te separes de mí. Creo que el día va a resultar mucho más interesante de lo que esperaba.

—No se haga ilusiones y termínese el caldo que seguro le sentará bien.

Cuando hubo terminado, Teresa recogió la bandeja y bajó a la cocina. Allí tranquilizó a Eloísa diciéndole que el enfermo se encontraba mejor y que se había tomado todo el desayuno. Después regresó al dormitorio del enfermo, tal y como le había ordenado doña Luisa.

Cuando entró de nuevo en la habitación, Antonio se había metido bajo las mantas y parecía que se había quedado dormido. Se acercó a la ventana y cerró las cortinas para que pudiera descansar mejor. A continuación, se sentó en la butaca que se encontraba junto a la ventana. Desde aquella posición podía observar el rostro de Antonio. Aunque había estado disimulando ante todos que se encontraba bien, la fiebre alta había agotado la poca energía que le quedaba.

Teresa cogió el ejemplar del Antiguo Testamento que le había dejado la señora y se dispuso a leer. Aquella mujer le daba más miedo que don Antonio. Bajo la apariencia de mujer abnegada y esposa sumisa, escondía un carácter agrio y desconfiado. Se pasaba la mitad del tiempo rezando, al igual que su hijo Claudio, con el que mantenía una relación muy estrecha, y era frecuente verlos compartiendo confidencias en voz baja. Muy diferentes eran sus dos hijas mayores, que mostraban siempre una actitud cordial y agradable con el servicio. En los días que llevaba trabajando en aquella casa había llegado a comprender que las dos jóvenes, M^a Luisa e Isabel, componían el lado amable y sensible de aquella peculiar familia.

El enfermo durmió durante poco más de una hora. Un violento ataque de tos le sobrevino haciendo que tuviera que incorporarse para poder respirar. Teresa se acercó enseguida y le ofreció un vaso de agua que le ayudó a calmar la tos. Posó su mano sobre la frente de Antonio y comprobó que la fiebre había bajado un poco. Al parecer, el remedio de Eloísa estaba dando resultado. Después regresó a su butaca y siguió leyendo, más por entretenerse que por lo ameno de la lectura.

—¿Qué lees?

Antonio parecía que dormía pero había estado observándola en silencio.

—Su madre me lo dejó antes para que le leyera algún fragmento si usted lo deseaba —le dijo

mientras le enseñaba la cubierta del libro.

Antonio esbozó una leve sonrisa en sus labios resecos por la fiebre.

—¿Mi madre desea que mejore o que me muera del aburrimiento? A quién se le ocurre, leer el Antiguo Testamento...

Teresa rompió a reír. En realidad, la lectura le estaba resultando de lo más tediosa.

—Hazme un favor, Teresa. Sobre la mesa de escritorio encontrarás un libro encuadernado en piel oscura; son poemas de Gustavo Adolfo Bécquer. No es un escritor demasiado valorado, pero estoy seguro de que dentro de cien años lo estudiarán los niños en las escuelas. ¿Te importaría leerme alguno?

—Nunca he leído poesía, no sé si sabré hacerlo.

A Teresa no le entusiasmaba demasiado la idea de leer en voz alta. La mirada de Antonio le ponía nerviosa.

—Seguro que sí, solo son palabras.

Teresa hizo lo que Antonio le pedía y se acercó al escritorio. Cogió el libro de poemas y se sentó de nuevo en la butaca cerca de la luz de la ventana.

—¿Quiere que lea alguno en particular?

—No, cualquiera está bien.

Teresa abrió el libro a tientas y tras elegir un poema al azar, comenzó a leerlo con voz suave.

«Como en un libro abierto

Leo de tus pupilas en el fondo...».

El poema hablaba de amor y de sentimientos intensos que ella nunca había experimentado.

«¿A qué fingir con el labio

Risas que se desmienten

Con los ojos?

¡Llora! No te avergüences

De admitir que

Me quisiste un poco.

¡Llora! Nadie nos mira.

Ya ves; yo soy un hombre...

¡Y también lloro!».

Era sencillamente hermoso. Antonio sonrió satisfecho. —La reacción de una persona cuando descubre por primera vez la poesía dice mucho de ella. O la amas o la odias, o te estremece o te deja indiferente.

—Algo tan hermoso no puede dejar indiferente a nadie. Teresa releía los versos en silencio saboreando cada palabra.

—Ahora, si no te importa, me gustaría que leyeras la Rima XVII, es mi favorita.

Teresa comenzó a leer, esta vez más relajada.

«Hoy la Tierra y los Cielos me sonríen

Hoy llega al fondo de mi alma el sol.

Hoy la he visto...,

Hoy la he visto y me ha mirado...

¡Hoy creo en Dios!».

Durante un breve instante, el silencio se instaló en aquella habitación sin que nadie se atreviera a romperlo.

—¿Sabes por qué te he pedido que leyeras ese poema en particular?

Antonio se incorporó en la cama para poder mirar de frente a Teresa, que había levantado la vista del libro y lo miraba expectante.

—Supongo que porque es muy hermoso, señorito Antonio.

—No, y por favor no me llames señorito. Estoy de vacaciones, prefiero ser simplemente Antonio. Te he pedido que leyeras ese poema porque refleja exactamente cómo me siento. Cuando te vi la otra noche en el jardín, supe que la Tierra y los Cielos me sonreían.

Teresa bajó la mirada y volvió a leer en silencio el poema. Ahora le parecía muy distinto e infinitamente más hermoso.

—Pero no puede ser, señorito... Antonio. Yo no soy nadie. No está bien.

—Nunca vuelvas a decir eso, Teresa. Todos somos alguien. En los años que tengo he aprendido que el dinero no mide la calidad de las personas, al menos no para mí. No sabes lo difícil que resulta encontrar a alguien con quien poder hablar con sinceridad.

—Por favor, no diga esas cosas, hace que me sienta incómoda.

—No es mi intención incomodarte, Teresa. Solo estoy tratando de decirte que me gustaría poder seguir hablando contigo, como hicimos la otra noche. Me gustaría que fuésemos amigos...

Comillas, septiembre de 2011

Marina daba vueltas por la casa pasando revista a cada pequeño rincón. Tarde o temprano tenía que suceder; sus padres, al regreso de sus vacaciones en el Algarve, habían decidido hacer un alto en el camino para visitar a su hija pequeña y de paso, comprobar que no se había vuelto loca cuando les había dicho que se había comprado una vieja casa en aquel pueblo.

Tras recogerlos en el aeropuerto de Santander, les había llevado a casa para que dejaran las maletas y pudieran refrescarse. Más tarde, los tres salieron a cenar a una terraza del centro. Durante la cena, Marina observó a sus padres, que habían regresado de sus vacaciones con un bronceado brillante y esa actitud relajada del que ha tenido mucho tiempo libre. Sus vacaciones, sin embargo, habían sido muy diferentes.

—Hija, todavía no entendemos por qué te has comprado esa casa. A ver si me entiendes. —Su madre trataba de buscar las palabras adecuadas—. Es muy bonita, y Comillas es una localidad encantadora, lo reconozco, pero creo que no es lugar para ti. En Barcelona podrías trabajar sin problemas en cualquier museo y con mejores expectativas de promoción profesional.

—Mamá, aunque tú no lo entiendas, aquí soy feliz, me encanta mi trabajo en el palacio y también me gusta mi casa. Ya sé que estamos separados, pero hoy en día no existen las distancias, son poco más de seis horas de viaje en tren.

El padre de Marina alargó el brazo sobre la mesa y posó su mano sobre la de su hija en un gesto cariñoso.

—No le hagas caso a tu madre, todavía le cuesta asimilar que su niña se haya marchado de casa, eso es todo. Yo sé que eres feliz aquí, se te nota en la mirada. Tienes un trabajo que te gusta, nuevos amigos y una casa preciosa. Estoy muy orgulloso de ti, hija.

Marina se abrazó a su padre y le dio un beso en la mejilla.

—Gracias, papá.

Regresaron a casa y Marina acomodó a sus padres en la habitación grande de la planta inferior. Al día siguiente, ellos le harían una visita en el palacio. Más tarde, subió a su habitación y se tumbó en la cama exhausta. Sobre la mesita de noche descansaba el libro de poemas que había encontrado en el cementerio y a su lado, la fotografía del grupo de la Casa Ocejo. Cogió la fotografía y apoyó la cabeza en la almohada. Ahora todo cobraba sentido. Contempló los rostros en blanco y negro de Teresa y de Antonio y le pareció que hacían una bonita pareja. ¡Qué injusta resultaba la vida a veces!, pensó. Eran solo dos jóvenes que se habían encontrado y habían tenido la valentía de amarse a pesar de los dictados sociales, ese había sido su único error. Antonio y Teresa habían pagado el precio más alto posible cuando apenas habían comenzado a asomarse a la vida.

Cogió el libro y lo abrió por la primera página. Leyó la dedicatoria con una sonrisa triste en sus labios y sacó el sobre que contenía la carta de Antonio.

Teresa nunca había llegado a saber de la existencia de aquella carta, que había sido escrita para ella, ni su contenido. No había podido despedirse de Antonio y tampoco había podido conocer los hermosos planes que él albergaba para los dos. Por otro lado, Antonio nunca había llegado a saber de las circunstancias que habían rodeado la marcha de Teresa de la Casa Ocejo y había fallecido ignorando que iba a ser padre. La acción de doña Luisa de despedir a Teresa, seguramente con el conocimiento de Claudio, había sido de lo más cruel. El hijo que esperaba

Teresa suponía un serio problema para la familia. Marina se imaginó a Claudio, que se había sentido siempre tan unido a su hermano mayor, cargando durante tantos años con la culpa de guardar aquel secreto vergonzoso.

Adela, la hija de Antonio y Teresa, y madre de Tomás, había sido la depositaria involuntaria de aquel secreto que había transformado su vida para siempre. Conocer esa verdad de su pasado había supuesto un fuerte impacto para ella. Tomás había sido testigo de ello.

¿Qué habría sucedido si la entonces terrible enfermedad de la tuberculosis no se hubiera cebado con los dos jóvenes? ¿Claudio le habría entregado en su momento la carta a Teresa? Si Antonio se hubiera recuperado, seguramente habría ido él personalmente a buscarla a Ruiseñada. Marina estaba convencida de que habría luchado por poder estar junto a ella y junto a su hija. Aunque conociendo el carácter de sus padres, no le habría resultado nada fácil. Que el primogénito López hubiera protagonizado un escándalo semejante, habría sido inaceptable.

¿Habría llegado alguna vez don Antonio López a conocer aquellos hechos? ¿Habría llegado a descubrir que su hijo más querido había sido padre de una preciosa niña que se criaba feliz en Ruiseñada? Marina sospechaba que no. Si don Antonio hubiera tenido conocimiento de la existencia de Adela, seguramente habría estado presente en su vida de alguna forma; él era así. Desgraciadamente, tampoco había tenido tiempo de ver crecer a su nieta porque la muerte le había sobrevenido un 16 de enero de 1883, cuando Adela aún no había cumplido los seis años.

Se quedó dormida con aquellos pensamientos flotando en su mente. No supo distinguir cuándo la consciencia había dado paso al estado nebuloso de los sueños. De pronto, se vio a sí misma en la puerta del cementerio; el Ángel Guardián señalaba con su espada hacia el rincón donde se encontraba la tumba de Teresa. Teresa estaba allí de pie, inmóvil, con un camisón blanco y su cabello largo y rubio mecido por la brisa suave del mar cercano. Portaba una rosa roja en la mano y le sonreía. Marina avanzó caminando despacio hacía donde ella se encontraba hasta que, de pronto, notó una nueva presencia a su espalda. Se había girado y había visto aparecer a Antonio, que caminaba hacia ellas y también sonreía, pero a medida que se acercaba, su rostro iba transformándose, poco a poco, en el de Mario.

Comillas, verano de 1876

Por la tarde, Claudio regresó a la habitación de su hermano. Cuando entró en el dormitorio, Antonio dormía en su cama y Teresa permanecía sentada en la butaca al lado de la ventana. Cuando ella le vio aparecer, se levantó enseguida y se dirigió hacia la puerta haciéndole un gesto para que salieran de la habitación.

—¿Cómo se encuentra mi hermano? Quizás deberíamos haber avisado al doctor.

—No se preocupe, se encuentra mucho mejor. Le ha bajado la fiebre y está descansando. Creo que lo mejor será que dejemos que siga durmiendo tranquilo.

—Yo me quedaré con él. Usted descanse un poco, Teresa. Mi madre ha sido muy cruel obligándola a ejercer de enfermera durante todo el día.

—Mi trabajo es hacer lo que se me ordene, señorito Claudio, no ha sido ninguna molestia, pero si desea estar a solas con su hermano, los dejo tranquilos. Solo tiene que avisarme si me necesitan.

Después de que Teresa se hubo marchado, Claudio entró en la habitación, comprobó que Antonio continuaba durmiendo y se dirigió a la butaca donde hasta hacía unos instantes había estado Teresa. En el asiento reposaba el libro de Rimas de Bécquer que su hermano había comprado en Barcelona por recomendación de un antiguo profesor. Desde la muerte del poeta sevillano, unos años atrás, parecía que sus obras comenzaban a cosechar el éxito que no habían logrado alcanzar durante su corta y azarosa vida. No le pareció que fuera una lectura apropiada para una mujer. Sin duda, su hermano le habría pedido a Teresa que lo leyera. Eso le llamó la atención.

—¿No me digas que has dejado los evangelios y te has pasado al bando de los románticos?

Antonio se había despertado al notar la presencia de su hermano en la habitación.

—¿Cómo te encuentras, Antonio? He venido a hacerte compañía durante un rato, pero no era mi intención despertarte.

—Tranquilo, Claudio, estoy bien, agradezco que hayas venido. ¿Le has pedido a Teresa que se retirara?

—Sí. Le he dicho que se fuera a descansar, que ya me encargaba yo de vigilar que no te escaparas. Y por cierto, era ella la que estaba leyendo los poemas cuando he llegado, imagino que con tu consentimiento.

Antonio captó el tono acusador de su hermano.

—Está pasando por un momento difícil en su familia y me pareció que le ayudaría a distraerse. Además, ¿quién puede resistirse a escuchar un poema de amor de labios de una mujer?

—De una hermosa muchacha en este caso, y que no te conviene en absoluto.

—¿Y quién decide qué es lo conveniente? —Antonio se incorporó hacia adelante sobre la cama—. La vida podría ser mucho más simple si no la complicáramos con tantas normas absurdas. Estoy harto de tener que estar siempre a la altura de las circunstancias, y estoy harto de que me presenten a muchachas que serán muy convenientes según tu opinión, pero a las que solo les interesa el apellido de sus futuros hijos. ¿Es esa la clase de compañera que deseas para tu vida? Observo a la mayoría de matrimonios de nuestro entorno y casi todos me parecen una farsa. Yo no quiero casarme con una mujer que me convenga y después buscar el amor y el placer a escondidas. Vivimos en una sociedad hipócrita que solo vive de apariencias.

—Pero tú mismo lo acabas de decir, Antonio. Tu esposa debe ser una buena compañera para ti, que sepa estar a la altura de tu posición y que haya sido educada para ser la mujer de un hombre

importante. Tendrá que asumir numerosas obligaciones para las que debe estar preparada. El amor es solo una fantasía que se han inventado los escritores de novelas y los poetas, y que nada tiene que ver con la vida real.

—¿No me digas que no te gustaría estar enamorado de la mujer con la que te cases algún día? La vida sería más agradable si pudieses compartirla con una mujer que te hace feliz.

—Yo amo a Dios y amo a mi familia, y amaré a mi futura esposa si es una buena cristiana y una buena madre para mis hijos. Eso es para mí la felicidad.

—Nunca amarás a ninguna mujer tanto como amas a Dios. Nuestro padre debería darse cuenta, de una vez por todas, de que tu misión en la vida no es la de formar una familia.

Claudio agachó la mirada y permaneció en silencio. Libraba consigo mismo una dura batalla entre su deber como hijo y su fe. Desde que había conocido en Barcelona, unos años atrás, al joven sacerdote Jacinto Verdager, este se había convertido en su mayor amigo y confidente. Le había abierto los ojos en cuanto a su vocación religiosa y le había animado a hablar con su padre para informarle de su deseo de ingresar en la orden jesuita. Pero comunicarse con don Antonio López no resultaba nada sencillo si se trataba de algún asunto que no fuera de su agrado, a pesar de que su madre le había allanado previamente el camino, pues ella estaba encantada con la idea de tener un hijo sacerdote. Toda familia importante que se considerara cristiana contaba con alguno de sus miembros dentro del seno de la Iglesia.

Sin embargo, su padre era un hombre de negocios y aunque se consideraba un buen católico y practicante, no veía tan claro eso de entregar a la Iglesia gratuitamente a uno de sus hijos que podría serle mucho más útil como valor activo en sus empresas.

No obstante, don Antonio no se había negado a que se ordenara sacerdote, solo le había dejado claro que era demasiado prematuro tomar una decisión tan importante e irrevocable. Lo que no sospechaba Claudio era que más adelante ya no sería libre de tomar aquella decisión y que los acontecimientos caerían como una losa sobre sus frágiles hombros.

—De todas formas, Antonio, somos jóvenes aún para pensar en el matrimonio —sentenció Claudio poniendo énfasis en cambiar el tono de la conversación—. Todavía tenemos tiempo de encontrar lo que buscamos.

Se acercó a la ventana. En el exterior había comenzado a llover con fuerza y el paisaje se había convertido en una estampa melancólica y gris que se diluía como una acuarela bajo la cortina de lluvia.

Antonio sonrió a su hermano a modo de tregua. Esto le provocó un pequeño ataque de tos y sintió como si algo le quemara dentro de su pecho.

Más tarde, Teresa volvió a subir a la habitación del enfermo portando una bandeja con una nueva dosis del caldo caliente de Eloísa. Claudio aún seguía acompañando a su hermano y notó que le dirigía una mirada extraña en cuanto había asomado por la puerta. Se levantó de la butaca, se despidió brevemente de su hermano y salió de la habitación con la mirada suspendida en algún pensamiento.

Antonio se incorporó en la cama para poder tomarse el caldo y le pidió a Teresa que se sentara a su lado.

—Ya me encuentro mucho mejor. Este caldo de Eloísa es milagroso, deberíamos patentarlo.

—Espero que no se le ocurra bajar al jardín esta noche. Ahí fuera está diluviando y la temperatura ha descendido considerablemente.

—No te preocupes, esta noche me quedaré aquí. Me encuentro demasiado cansado.

Levantó la mirada hacia Teresa.

—¿Qué te han parecido los poemas?

—Me han gustado mucho. Sin duda, el poeta era un hombre con una gran sensibilidad. Tengo la impresión de que se pasó toda la vida buscando un amor idealizado que nunca encontró.

Antonio la miró con curiosidad, le había sorprendido su comentario agudo. La mayoría de las personas que leían a Bécquer admiraban sus poemas por su rima fácil y su verso edulcorado, pero no iban más allá.

—Bécquer era un romántico empedernido. ¿Tú crees en el amor, Teresa?

A Teresa le sorprendió la pregunta.

—El amor existe, no hace falta creer en él. Es un sentimiento, como lo son también el odio o la envidia. Además, creo que hay muchos tipos diferentes de amor.

Antonio sonrió. Seguía gratamente sorprendido con las respuestas de Teresa.

—Quizás la pregunta correcta es si crees que puede existir un amor como el que Bécquer describe en sus poemas.

Teresa se ruborizó ligeramente.

—Lo cierto es que es lo primero que me he preguntado cuando los he leído.

Se echó a reír y dirigió su mirada al suelo para no encontrarse con la de Antonio.

—Una buena respuesta.

Antonio también sonrió.

En los días siguientes Antonio, ya recuperado del todo de su infección, continuó con su vida cotidiana. Arrastraba consigo, sin embargo, una tos que no terminaba de abandonarlo.

Cada día trataba de ver a Teresa en algún momento y notaba que la joven le tenía cierta estima. Cada noche esperaba en el jardín a que ella apareciera, pero nunca se cumplía su deseo.

Un par de semanas después, en una noche excepcionalmente calurosa, por fin reinaba el silencio en la Casa Oejo. Los señores se habían retirado tarde a sus habitaciones después de la fiesta que se había celebrado y a la que había acudido la flor y nata del veraneo comillano.

El baile que había seguido a la cena había finalizado en torno a las dos de la madrugada.

La casa se encontraba envuelta en silencio y Teresa se movía incómoda en su cama sin poder conciliar el sueño. Pensó que a esas horas, Antonio ya se habría retirado a su habitación como los demás y por ello decidió bajar a tomar un poco de aire fresco que le ayudara a conciliar el sueño en esa noche extraña. La última planta donde se encontraban los dormitorios del servicio era como un horno donde se acumulaba el calor y carecía de ventanas suficientes para que pudiera correr el aire como era debido. Aunque también era cierto que noches como aquella no eran demasiado frecuentes en aquella zona cantábrica bendecida por la brisa del mar.

Teresa se adentró en el jardín, se acercó a un árbol de grueso tronco y se sentó apoyando la espalda contra su corteza. Desprendía un olor a savia y a madera muy intenso, y trató de no pensar en nada más allá de su respiración.

De pronto, la voz suave de Antonio sonó cercana.

—Buenas noches, Teresa, te echábamos de menos.

Teresa se asustó, aunque no tanto como la primera vez. Ya se había acostumbrado a la presencia de Antonio y lo que era aún peor, no le desagradaba su compañía.

—¿Es que usted no duerme nunca?

—Creo que esta noche Morfeo no ha querido hacernos compañía a ninguno de los dos. El calor y la humedad no hacen una buena pareja. ¿Te importa que me siente?

—Es su jardín y es su árbol.

Teresa estaba nerviosa, Antonio se encontraba demasiado cerca.

—Yo prefiero pensar que los árboles no son de nadie. Nos hacen el favor de crecer en nuestro jardín y nos dejan disfrutar de su sombra y de su belleza, pero ellos permanecerán aquí cuando los demás ya no estemos. No nos pertenecen.

Antonio se había sentado junto a Teresa, aunque a una distancia suficiente que respetara los límites del decoro.

Comenzaron a hablar en voz baja y Teresa fue sintiéndose, poco a poco, algo más cómoda. Resultaba muy agradable conversar con Antonio. Había visitado numerosos países y había vivido cosas increíbles. Estaba acostumbrado a un estilo de vida muy diferente a la realidad que rodeaba a Teresa. Así pasaron los minutos que fueron tejiendo entre los dos una especie de hilo invisible que los fue uniendo, el uno al otro, casi sin darse cuenta.

El tiempo había transcurrido con demasiada premura y Teresa reconoció alarmada que se había hecho demasiado tarde y que debía regresar a su dormitorio. Se levantó sacudiendo su camisón y

se dispuso a entrar en la casa. Antonio se incorporó también. De pronto sintió que estaban demasiado cerca. Le sonrió a modo de despedida y fue entonces cuando él le tomó de la mano. Su tacto cálido y suave suponía para ella una intimidad que nunca antes había experimentado. Apenas distinguía el rostro de Antonio bajo la oscuridad de aquel árbol, pero notaba sus ojos clavados en ella.

—Me encantaría volver a verte mañana, Teresa. Por favor, no me respondas que no.

A veces, sin saber por qué, nos lanzamos al vacío con la extraña firmeza del que carece de miedos, confiando de manera inconsciente en que todo saldrá bien. Teresa decidió por una vez en su vida seguir el impulso de su corazón y no pensar en nada más.

Cada noche, los dos jóvenes se encontraban en su rincón del jardín ignorando los prejuicios de la sociedad que les rodeaba, sintiendo que por fin había alguien en el mundo que les comprendía. Se enamoraron casi sin darse cuenta, en cada palabra pronunciada en voz baja y en cada mirada envuelta en la oscuridad de la noche. Día a día deshojaban las horas, impacientes por que llegara el momento de volver a verse en aquella parcela del mundo que solo les pertenecía a ellos dos.

—Últimamente noto a tu hermano muy extraño. ¿Sabes qué es lo que le sucede?

Doña Luisa paseaba del brazo de su hijo Claudio. Toda la familia había acudido a la iglesia de San Cristóbal caminando, como hacían cada domingo. Aquella mañana, don Antonio no les acompañaba porque había partido nuevamente hacia Madrid por cuestiones de negocios. Aquel verano, las ausencias de don Antonio se estaban produciendo con mayor frecuencia de lo habitual. El naviero se mostraba incapaz de relajarse y de disfrutar de sus vacaciones teniendo asuntos tan importantes que atender en la capital.

Doña Luisa, acompañada por su hijo, se había separado del resto del grupo para poder hablar con él sin ser escuchados.

—No lo sé, madre, yo también le noto diferente, pero no me ha comentado nada.

Sin embargo, Claudio sí sabía lo que estaba sucediendo, había sido testigo desde aquel primer día en el dormitorio de su hermano. Antonio no había tardado en hacerle partícipe de sus sentimientos, confesándole lo que sentía por Teresa. Él no estaba de acuerdo, por supuesto, le parecía una locura que su hermano se comportara de una manera tan inconsciente y así se lo había manifestado en más de una ocasión. Pero aun así era su hermano, y su secreto permanecería a salvo con él, al menos por el momento.

Los besos robados a escondidas ya no eran suficientes y la necesidad de la piel se había transformado en un anhelo cada día más evidente.

Antonio se encerró enojado en su habitación. Había mantenido una nueva discusión con Claudio y por la mañana, su hermana M^a Luisa había bromeado con él acerca del tono pálido de su piel que, según su criterio, se trataba de un signo inequívoco de enamoramiento y había querido sonsacarle el nombre de la afortunada.

Su madre le observaba en silencio y sabía que había estado interrogando a Claudio sobre su extraño comportamiento de las últimas semanas. Reconoció que la verdad, tarde o temprano, saldría a la luz y eso le hizo reflexionar. Al finalizar el verano, toda la familia regresaría a Barcelona y la realidad de la rutina se impondría en su vida de nuevo. Debía tomar una decisión que se le antojaba complicada.

Se sentó frente al escritorio sobre el que aún permanecía el libro de Bécquer y le arrancó una sonrisa al recordar el rostro de Teresa leyendo aquel primer poema. Se hallaba en una situación delicada; lo que él deseaba y lo que los demás esperaban de él eran cuestiones muy diferentes.

Pensó en Teresa. Sus sentimientos hacia ella eran sinceros. No se trataba de un capricho pasajero o de un amor de verano que se diluía con la llegada del frío o con el paso del tiempo. No sabía describirlo exactamente, pero no deseaba renunciar al vínculo que había surgido entre ambos en aquellas semanas, aunque ello significase admitir que se había enamorado.

Recapitó también sobre cómo reaccionarían las personas de su entorno ante esta novedosa realidad, sobre todo su padre, que jamás se dejaba arrastrar por las emociones a las que consideraba una pérdida de tiempo.

Tenía siembre presente, como si de una condena se tratase, que él era el proyecto más ambicioso de su progenitor, como a él le gustaba comentar entre sus allegados. Su vida había sido perfectamente diseñada desde el día de su nacimiento. Su educación, sus amistades, su profesión..., Antonio se había visto sometido desde su infancia a un férreo control. A pesar de que su padre se había mostrado permisivo al otorgarle determinadas libertades y diversiones durante su viaje por Europa, su futuro se encontraba enmarcado dentro de un plan trazado

milimétricamente.

A pesar de todos los inconvenientes, no veía tan imposible construir un futuro junto a Teresa. Era cierto que se trataba de una joven sin fortuna, huérfana de padre y que además trabajaba como sirvienta en su casa, pero su propia familia poseía también un origen humilde. Su padre se vanagloriaba a menudo de ser un hombre hecho a sí mismo a base de trabajar duro, y en incontables ocasiones se había encargado de repetirles que nunca olvidaran su procedencia. Su abuela también había tenido una vida difícil y sacrificada repleta de carencias.

Otras muchas familias poderosas de su entorno, cuya fortuna provenía con frecuencia de la aventura colonial, compartían un pasado semejante. Lo mejor de la sociedad burguesa en la que había crecido era que poseía muy mala memoria, puesto que casi todos escondían algún episodio oscuro en sus vidas que preferían no recordar.

Con esas ideas claras en su mente, Antonio sonrió delante del espejo. Aquella noche, su cita con Teresa sería especial.

Teresa descendía por las escaleras con sumo cuidado para no hacer ningún ruido. Se dirigía como cada noche a su cita con Antonio en el jardín. Había esperado a que todos los demás se hubieran retirado a sus habitaciones y que en la casa reinara el más absoluto silencio. Afortunadamente, la escalera de servicio por la que ella descendía conducía directamente hacia la cocina y a la puerta trasera que daba al jardín.

Sin embargo, al llegar al rellano de la primera planta, junto a la puerta que conectaba con las habitaciones de los señores, alguien la sujetó desde atrás. Podría haber dado un grito debido al susto, pero enseguida se giró y pudo ver el rostro de Antonio que se llevaba un dedo a los labios para ordenarle que guardara silencio. La tomó de la mano y le dirigió una mirada intensa que provocó que se le acelerara el corazón. No sabía lo que sucedería a continuación pero se dejó guiar por él.

Antonio la condujo hasta su habitación, la luz de la luna se filtraba a través de la ventana y algunas velas iluminaban tenuemente el dormitorio. Teresa se sentía nerviosa y excitada al mismo tiempo. Antonio cerró la puerta tras de sí y se acercó a ella despacio.

—Llevo días soñando con este momento.

Tomó el rostro de Teresa entre sus manos y la besó suavemente.

—Te amo, Teresa. Quiero que lo sepas.

Podía sentir los latidos de su propio corazón, él también se sentía nervioso. Nunca antes había estado con una mujer por la que sintiera algo semejante. Se desprendió del batín con cuello de piel que llevaba puesto y desabrochó su camisa despacio. Era un joven atlético y Teresa se aventuró a acariciar su torso desnudo en un acto casi reflejo. El contacto de sus cuerpos provocó que los nervios iniciales se fueran aplacando poco a poco.

Antonio guio a Teresa hasta su cama y ella se dejó llevar por aquel hombre de quien se había enamorado sin remedio. Comenzó a besarla, suavemente al principio, y apasionadamente después. Le desabrochó el lazo de su camisión blanco y lo fue deslizando despacio, dejando sus hombros al descubierto; a continuación sus pechos sonrosados, que besó suavemente y que le hicieron enloquecer de deseo, y por último, sus caderas redondeadas y sus piernas esbeltas hasta caer al suelo. Antonio se sentó en la cama para poder saborear despacio la desnudez de Teresa. Ella descubrió en Antonio una mirada intensa que no había visto antes en él. Se sentía halagada de que la mirase de aquella forma, le hacía sentir hermosa.

Posó sus manos en sus caderas atrayéndola hacia él. Besó sus pechos con dulzura y descendió hacia su ombligo, provocándole pequeñas cosquillas con su barba de hombre elegante. El tacto de sus manos cálidas le llenaba de un placer inmenso. Él se incorporó de nuevo y se deshizo de sus pantalones hasta quedarse completamente desnudo frente a una Teresa que le observaba con curiosidad y deseo. Era la primera vez que veía a un hombre así, y su miembro erecto le hizo sentir poderosa y nerviosa al mismo tiempo.

Con sumo cuidado, Antonio tendió a Teresa sobre la cama, había soñado millones de veces con ese momento. No había podido esperar a convertirla en su esposa, pero estaba decidido a que así sería.

Se tendió sobre ella en la cama. El contacto de sus cuerpos desnudos provocó que el calor se extendiera a través de su piel. No cesó de besarla y de acariciarla hasta conseguir que se sintiera cada vez más cómoda y menos tensa. Quería que ella le deseara hasta el límite de sus fuerzas.

Y Teresa le deseaba. Acariciaba cada centímetro de su piel con atrevida curiosidad. Descubrir cómo él respondía a sus caricias incrementaba su confianza y su deseo. Sus manos se volvieron osadas explorando su anatomía masculina, acariciando su espalda, sus glúteos redondos y firmes,

y enredando sus dedos en su cabello ensortijado.

Antonio por su parte, acarició y besó cada centímetro de la piel de Teresa sin prisa y sus manos recorrieron su cintura y la suave curva de sus caderas. Rozó despacio la delicada piel de la parte interna de sus muslos hasta llegar a la humedad de su sexo. Teresa dejó escapar un suspiro que él atrapó con sus labios sin dejar de acariciarla y excitarla. Quería que estuviera preparada antes de recibirlo. Acercó su miembro a la uve de sus muslos y Teresa abrió instintivamente sus piernas para sentirlo aún más cerca. Sin despegar sus labios de los de ella, empujó despacio. Su lengua se movía acompasadamente, rozando la lengua de Teresa en un movimiento cadencioso que acompañaba el balanceo de sus cuerpos. Su intención era que ella se concentrara en el beso y que relajara el resto de su cuerpo para que la penetración resultara mucho más cómoda. Cuando hubo entrado del todo, Teresa emitió un suave quejido que provocó que su cuerpo se tensara por un instante. Él se detuvo un momento, sabía que la primera vez en una mujer podía resultar dolorosa. Después volvió a moverse con suavidad, poco a poco, hasta que ella comenzó a responderle con su cuerpo.

Amaba a esa mujer desesperadamente. Le hizo el amor con toda su alma, poniendo en práctica la sabiduría adquirida en sus anteriores experiencias. Acarició con destreza aquel punto de su cuerpo que condujo a Teresa hasta el éxtasis, provocando esos leves espasmos en su interior que lo llevaron a él a alcanzar el cielo de la mano de aquel ángel llamado Teresa.

Posó exhausto su cabeza sobre el pecho de ella. Su corazón latía con fuerza y eso le hizo sentir vivo.

—Te amo, Teresa. Ya no deseo seguir escondiéndome. Quiero que todo el mundo se entere de que solo soy feliz cuando estás a mi lado, que eres mi ángel.

—Sabes que yo también te amo, Antonio, aunque no tenga derecho a hacerlo. Tú te mereces a alguien mejor que yo, tu familia no se cansará de repetírtelo. Ojalá solo fueras un hombre normal y no el hijo de Antonio López.

A Antonio se le escapó una sonrisa triste al pensar en lo diferente que era Teresa del resto de muchachas que había conocido. A aquellas solo les importaba precisamente su apellido y quién era su padre. Eso le hizo amarla todavía más, si es que eso era posible.

—No sabes cuántas veces yo he deseado lo mismo: ser un hombre normal.

Comillas, octubre de 2011

Tras la marcha de sus padres, la vida de Marina había recuperado su ritmo de siempre. Se había habituado de nuevo a su horario de trabajo y trataba de ocupar su tiempo libre en tareas que le mantuvieran lo más distraída posible.

No había vuelto a saber nada de Mario desde aquella noche en la que hablaron por teléfono, aunque Paula le mantenía informada del éxito que estaba cosechando con su nueva exposición. No le había hablado a nadie de su descubrimiento en el cementerio y, en parte, se sentía culpable por haber arrebatado a Teresa aquellos dos objetos que le pertenecían por derecho propio. Un día, cogió el libro y la carta y los envolvió en una tela impermeable. Regresó al cementerio y una vez allí, volvió a esconderlos en el mismo hueco del muro donde los había encontrado. Tenía la certeza de que había hecho lo correcto. Gracias a aquellos objetos había conocido la verdad de Teresa, o al menos había podido hacerse una idea bastante aproximada a la realidad de lo que había sucedido aquel maldito verano de 1876.

En ese momento pensó que Tomás debía de haber hecho lo mismo en su época. Seguramente había considerado, al igual que Marina, que aquella carta, junto con el libro, no le pertenecían y que debían permanecer junto a su destinataria.

Unos días después, un sábado por la noche, Mario volvió a llamar. Había encontrado un hueco en su apretada agenda para hablar con Marina. Ella le había narrado lo ocurrido en las últimas semanas y la manera en la que, por pura casualidad, había encontrado los dos objetos en el muro del cementerio. Le habló de la hermosa dedicatoria del libro y de la carta cuyo contenido trascendental había revelado el secreto de lo ocurrido aquel verano en la Casa Ocejo. Aún no le había mencionada nada a Paula porque había preferido que Mario fuera el primero en conocer toda la historia.

Mario se quedó impresionado ante aquella revelación. Se había marchado con la certeza de que había sido Claudio el responsable de todo y, aunque en cierto modo así había sido, no de la manera en la que se lo había imaginado. Al final Antonio, aquel personaje del que ya casi nadie se acordaba, salvo Marina por supuesto, había regresado para ocupar el lugar que le correspondía.

—¿Sabes una cosa, Marina? Creo que a veces las personas del pasado regresan de alguna manera para contarnos su historia, por mucho que nos empeñemos en que permanezcan en el olvido. Mi abuelo estaba convencido de que algún día aparecería alguien especial que estuviese a la altura de las circunstancias y supiese entender las señales. Ese sería el momento adecuado para que la verdad saliera a la luz.

—Quizás todo haya sido una bonita casualidad, nada más.

—Puede ser, pero te digo que nunca antes en mi vida me habían ocurrido estas cosas. Desde que aterricé aquella tarde en el jardín de tu casa, que en aquel momento pensaba que era mía, debo puntualizar, todo ha sido fascinante y misterioso. De repente, cada acontecimiento estaba conectado de una manera especial. Esas cosas no le suceden a la gente corriente, sin embargo, parece como si tú estuvieras acostumbrada a vivirlas cada día. Estás rodeada de magia y la desprendes a los que están a tu alrededor.

—No sé si pretendes que sea un cumplido, pero estás haciendo que me sienta como un bicho raro.

—Yo diría que, simplemente, eres especial.

Marina no sabía qué decir. Desde que había conocido a Mario, también ella había sentido en su interior esa especie de magia a la que él acababa de referirse; la forma en la que se habían

encontrado, su vínculo con la casa, descubrir juntos el secreto de Tomás... Todo poseía una especie de conexión invisible, como si ya se conocieran desde hacía tiempo.

Para cambiar el tema de conversación que le hacía sentir un tanto incómoda, Marina le preguntó por su exposición; sabía que estaba cosechando un gran éxito con sus obras.

Fue entonces cuando Mario le confesó que se sentía muy satisfecho y orgulloso, pero que también deseaba que finalizaran todos los eventos para volver a recuperar su rutina y ponerse a trabajar de nuevo en la soledad de su estudio. Se sentía inspirado y fluían un montón de ideas nuevas en su cabeza que estaba deseando plasmar con sus pinceles. Volvería a desconectarse del mundo para dedicarse en cuerpo y alma a un nuevo proyecto.

Escuchar aquellas palabras, a Marina le sonó a despedida. Si Mario dedicaba los próximos meses a involucrarse tan intensamente en su trabajo, eso significaba que no volverían a verse en mucho tiempo. Nueva York se encontraba demasiado lejos, una distancia insalvable para dos personas que apenas acababan de conocerse.

—Te has quedado muy callada. ¿Sucede algo?

—No. Me alegro mucho de que te sientas tan inspirado. Posees un gran talento y debes sacarlo a la luz. Te ha costado mucho lograr tu sueño y poder dedicarte a lo que te gusta. Además, me encanta que tus obras coticen al alza, ya sabes que tengo colgado en mi casa el primer cuadro que pintaste. En unos años valdrá una fortuna.

Mario sonrió al otro lado del teléfono. En el fondo era consciente de que no podía prometerle nada a Marina. Había sido maravilloso conocerla y deseaba mantenerla dentro de su vida de algún modo, pero por el momento no podía ofrecerle nada más. Tampoco podía pedirle que le esperase, sería demasiado egoísta por su parte. Solo podía dejar que el tiempo decidiese qué sucedería en el futuro entre los dos.

Comillas, verano de 1876

Cada noche Antonio y Teresa se amaban a escondidas inventando caricias nuevas y sintiendo cómo su amor se fortalecía tras cada momento de intimidad. Antonio había intentado en más de una ocasión hablar sobre el futuro con Teresa, pero ella nunca le había dejado continuar. El futuro era tan incierto que había decidido aferrarse solo al presente.

La última noche que pasaron juntos, Antonio no se encontraba demasiado bien. Por la mañana temprano había salido a navegar con su padre y el resto del grupo de hombres de Sobrellano compuesto por su tío Claudio, su cuñado Eusebio Güell y Patricio Satrústegui, socio de su padre y amigo de la familia. Les acompañaban también su hermano Claudio y su primo Santiago. Todos eran familiares y amigos, pero también socios y accionistas del grupo empresarial que dirigía su padre. Pretendían disfrutar de una agradable jornada en el mar, aunque el objetivo real era celebrar una reunión discreta a salvo de oídos curiosos.

Antonio volvió a demostrar su interés y valía en los asuntos financieros. Sabía mantenerse en el segundo plano que le correspondía, pero también había sabido poner en valor su inteligencia y sus dotes de liderazgo cuando había sido necesaria su intervención. Don Antonio López se henchía de orgullo paterno al contemplar a su hijo en silencio, convertido en el mejor heredero y sucesor que se podía soñar.

Después de aquel día intenso, repleto de egos masculinos en constante competición, Antonio se había sentido algo cansado y débil y ni siquiera había querido bajar a cenar junto al resto de la familia, prefiriendo quedarse en su dormitorio descansando.

Cuando Teresa entró en su habitación después de que los demás se hubieran ido a dormir, Antonio la esperaba sentado en su butaca al lado de la ventana, alumbrado, por la tenue luz de una lámpara de aceite que reposaba sobre una mesita. Se le veía pálido y cansado. Él suponía que había sido debido al día agotador. Ignoraba entonces que la bacteria causante de la tuberculosis ya había anidado en su cuerpo y que avanzaba sin tregua a través de su organismo. En aquellos años, la enfermedad todavía era conocida como tisis y su origen era aún desconocido para la medicina. Pasarían varios años antes de que se identificara el bacilo causante de la enfermedad y se pusiera en práctica algún tratamiento efectivo.

Teresa se acercó a él y se sentó en su regazo para besarlo con dulzura. Fue entonces cuando notó la fiebre en sus labios. Él insistía en que se encontraba bien, solo algo cansado, pero Teresa le obligó a meterse en la cama. Durante la tarde, Antonio había tenido uno de esos ataques de tos que llevaban acompañándolo durante todo el verano y había descubierto por primera vez, unas pequeñas motas de sangre en el pañuelo con el que se había cubierto la boca al toser. Sabía que aquello no era buena señal, pero había decidido no decirle nada a nadie por el momento. Ignoraba que aquella terrible enfermedad era altamente contagiosa y que estaba poniendo en peligro a las personas a las que más amaba.

Aquella noche, Teresa se acostó en la cama al lado de Antonio. Pretendía darle calor y que se sintiera mejor. Fue entonces cuando decidió que aquel no era un buen momento para confesarle que hacía varios días que debería haberle bajado el período y que sospechaba que podría estar embarazada. Esperaría unos días más hasta confirmar su estado y le daría tiempo a él para que se recuperase. Estaba segura de que se le iluminaría el rostro en cuanto lo supiera, aunque también sabía que aquel embarazo suponía un grave problema para su situación en aquella casa. Aquel hecho haría que para bien o para mal, se precipitasen las cosas entre ambos.

Al día siguiente, Antonio se encontraba aún peor. Ni siquiera el caldo milagroso de Eloísa

había podido lograr que le bajara la fiebre. Don Antonio López había llamado enseguida al doctor. Estaba acostumbrado a tomar decisiones rápidas y había mostrado cierta preocupación por el hecho de que su hijo se hubiera encontrado tan débil de salud en lo que llevaban de verano.

El doctor, amigo de la familia desde hacía años, identificó los síntomas enseguida. No era el primer caso con el que se encontraban en la zona en los últimos meses. Desde la primavera había ido aumentando el número de enfermos que presentaban los mismos síntomas que Antonio. Se trataba de una enfermedad grave y extremadamente contagiosa, por lo que recomendó a la familia que el joven permaneciera aislado hasta que presentase alguna mejoría.

Desde ese momento, la vida comenzó a cambiar de color para la familia López. El pulso de los habitantes de la Casa Ocejo se detuvo ante aquel inesperado acontecimiento. Claudio sin embargo, no se tomó demasiado en serio la precaución de no mantener el contacto con el enfermo y se colaba a escondidas en la habitación de Antonio. Conocía a su hermano demasiado bien y sabía que aquel confinamiento supondría para él una tortura.

En aquellos momentos que compartían los hermanos, Antonio le había hablado a Claudio sobre Teresa y la intención que tenía de que viajara con ellos a Barcelona al finalizar el verano. Estaba plenamente decidido a formalizar su relación con la joven sirvienta.

Hacia semanas que Claudio se había percatado de que lo que sentía su hermano por Teresa se encontraba muy por encima de ser considerado un mero capricho. Se había enamorado realmente de aquella joven. El amor no entendía de condición y cuando era verdadero, se convertía en una fuerza más poderosa que mil voluntades, resultaba inútil luchar en su contra.

Claudio le prometió a su hermano que haría todo lo que estuviera a su alcance para favorecerlo en sus planes y lo primero que hizo fue hablar con Teresa. Buscó un momento y un lugar adecuados donde poder conversar a solas con la joven sirvienta y trató de averiguar si ella albergaba los mismos sentimientos hacia su hermano. Debía asegurarse de que la joven no actuaba por interés económico.

—Buenas tardes, señorito Claudio. ¿Necesita alguna cosa?

—Buenas tardes, Teresa. Solo quería hablar con usted de un asunto de índole privada. Estoy al tanto de la «amistad» que mantiene con mi hermano.

Teresa bajó la mirada, se sentía incómoda ante semejante tema de conversación.

—No se preocupe, no es mi intención juzgarla. Como sabe, siento un grandísimo afecto por mi hermano y me entristecería enormemente verlo sufrir. Él alberga ciertas esperanzas para con usted y solo quiero estar seguro de que no se equivoca en su decisión.

Al darse cuenta de que Claudio no iba a reprenderla por su relación con Antonio, Teresa perdió la entereza que hasta ese momento había pretendido aparentar.

—¿Cómo se encuentra? Esta mañana he querido visitarlo en su habitación pero el doctor no me ha dejado, nos han prohibido a todos la entrada. No entiendo por qué tantas precauciones. Solo Eloísa puede entrar y al parecer, le obligan a ponerse una máscara. Esta mañana la he visto quemando unas sábanas en la cocina.

—Mi hermano es la persona más fuerte y vital que he conocido nunca, solo son meras precauciones que nos ha aconsejado el doctor. Estoy seguro de que en unos días mi hermano volverá a estar recuperado por completo.

No sabía si hablaba por convicción o por el propio deseo de su corazón de que su hermano mejorase.

—Le agradecería que me mantuviera informada de su estado y puede comunicarle a su madre que a mí no me importaría atender a Antonio, me gustaría ser útil.

Claudio observaba a Teresa con atención. En su rostro se veía reflejada la preocupación por Antonio. Incluso no le importaba poner en peligro su salud para poder estar a su lado. Sin duda, albergaba verdaderos sentimientos hacia su hermano, las lágrimas de sus ojos se lo habían confirmado.

—No se preocupe, Teresa. Yo mismo le mantendré informada de su estado y si es posible, también le transmitiré a Antonio su apoyo. Seguro que le agradecerá saber que está usted deseando

su pronta recuperación. Aun así me temo que no podrá verlo. Mi hermano se encuentra perfectamente atendido por el doctor y las enfermeras que lo acompañan. Por el momento, eso es todo lo que puedo hacer.

Teresa había reunido el valor suficiente para confesarle a Eloísa su preocupación por un posible embarazo. La veterana criada le había dado un reconfortante abrazo y no le había hecho ningún reproche. Tampoco le había preguntado quién era el padre, quizás ya lo sospechaba. Le recomendó que fuese a visitar a un médico en el pueblo que tenía fama de ser discreto en ese tipo de asuntos, y al día siguiente, Teresa solicitó permiso a la señora para visitarlo con la excusa de sentirse algo indispuesta.

Poco tiempo necesitó el doctor para confirmar lo que ella ya sospechaba. Intuyendo que aquel embarazo podía suponer un problema para la joven, le había explicado que había soluciones que podía plantearse: existían matrimonios a los que Dios no había otorgado la bendición de poder engendrar hijos y que estarían encantados de hacerse cargo de aquella criatura. Ella tendría así una oportunidad para rehacer su vida.

Teresa no tenía ninguna intención de entregar a su hijo a ningún extraño. Antonio la amaba y juntos encontrarían la manera de afrontar aquel problema. Desgraciadamente, vivían en una época de gran represión moral, en la que algo tan hermoso como que dos personas se amaran y engendraran una vida, podía constituir un pecado abominable si no se realizaba bajo las estrictas normas de la Iglesia.

Teresa regresó del pueblo con esa doble sensación en su interior: por un lado, la certeza de saber que llevaba en su vientre un hijo de Antonio le llenaba de amor y de orgullo, pero por otro, sentía una gran incertidumbre ante la cantidad de dedos que la señalarían haciéndola sentir sucia y pecadora. Una mujer decente debía reservarse para el matrimonio.

Tenía que hablar con Antonio lo antes posible, necesitaba que le abrazara y le prometiera que él estaría a su lado. Por más vueltas que le daba no se imaginaba a los miembros de la familia López acogéndola en su seno. Para ellos, aquello supondría una vergüenza que seguramente no estarían dispuestos a aceptar. Aunque Antonio la amase, ella sabía que no sería suficiente. El miedo a los rumores y habladurías bastarían para que don Antonio o doña Luisa les prohibieran mantener su relación, y saber que ella esperaba un bebé de su hijo tampoco cambiaría las cosas. Antonio era muy joven y tendría tiempo de casarse con una mujer de su clase y formar una familia respetable.

Los días transcurrían lentamente en una angustiosa espera porque Antonio no se recuperaba y Teresa ya no sabía qué hacer. Una tarde de agosto, Claudio la citó en su habitación. Allí le puso al día sobre el estado de Antonio, aunque no eran buenas noticias; su hermano continuaba perdiendo peso y una especie de tela de araña se había instalado en su pecho provocándole violentos ataques de tos y agotándolo físicamente. Estaban haciendo lo imposible por encontrar un tratamiento adecuado que le hiciese mejorar, pero hasta el momento no lo habían logrado.

Algunas noches Teresa bajaba al jardín con la esperanza de encontrar a Antonio sentado en su rincón habitual, pero nunca estaba. Ante aquella desesperación en la que se encontraba, decidió hablarle a Claudio sobre su situación. Estaba segura de que él la comprendería y hallaría la manera de hacerle llegar a Antonio la noticia.

Claudio palideció al escuchar las palabras de Teresa. Aunque era conocedor de los sentimientos que unían a los dos jóvenes, no sospechaba que su relación hubiera llegado hasta ese punto. Aquello no era decente e iba en contra de las normas de Dios. Su hermano debería haber respetado la virtud de aquella muchacha y ella habría debido saber conservarla. Aquella noticia complicaba demasiado la situación, la deshonra había caído sobre su familia.

Una vez que Teresa se hubo retirado, Claudio comenzó a dar vueltas en su habitación en un estado nervioso y frenético buscando la respuesta a un problema que no tenía solución. Ante aquella disyuntiva decidió que lo mejor era seguir los planes de su hermano y que Teresa y Antonio se casaran en Barcelona lo antes posible. En unos años nadie se acordaría de la procedencia de Teresa ni de su vergonzosa circunstancia. Además, seguramente podrían encontrar algún antepasado de origen hidalgo en sus apellidos, en Comillas casi todas las familias poseían alguno. Teresa era una joven muy bella y de carácter dócil, estaba convencido de que con los vestidos y la ornamentación adecuados, podría llegar a convertirse en una verdadera dama en poco tiempo. No sería la primera ni la última.

Fue entonces cuando Claudio cometió el peor error de toda su vida; decidió que Antonio no debía saber nada por el momento hasta que su salud mejorase. Él se encargaría, mientras tanto, de solucionar el problema personalmente.

Al día siguiente, después de la misa dominical, Claudio paseaba, como de costumbre, del brazo de su madre. Doña Luisa, debido a esa conexión genética que toda madre posee con sus hijos, cargaba sobre sus hombros con la lúgubre sensación de la fatalidad que sentía tan cerca. Claudio le había confesado la situación creyendo erróneamente que su madre sabría darle la solución más adecuada. Sin embargo, lo que había hecho era despertar antiguos demonios en la memoria de su progenitora.

Era intolerable. Doña Luisa no podía permitir que una mujerzuela cualquiera se colase con malas artes en la vida de su hijo. Ella se encargaría personalmente de poner fin a semejante escándalo. Se sentía culpable, porque ella misma había propiciado el acercamiento entre los jóvenes cuando le había ordenado a Teresa que atendiera a Antonio aquel día en su habitación. No se había imaginado que aquella mosquita muerta tuviera tan altas aspiraciones.

—Por supuesto que Antonio no debe saber nada de esto, él solo debe estar pendiente de ponerse bien. Tu padre tampoco debe saberlo, demasiadas preocupaciones recaen ya sobre sus hombros.

—Pero madre ¿Qué es lo que piensa hacer?

Su madre casi nunca se enfadaba, pero cuando lo hacía, podía ser imprevisible.

—Esa mujerzuela debe abandonar nuestra casa inmediatamente, yo me encargaré de hablar con ella lo antes posible.

—Escúcheme, madre, eso no estaría bien, está esperando un hijo de Antonio y existen otras soluciones. Él la ama y desea casarse con ella.

Claudio, consciente de que hablar con su madre había sido un error, trataba en vano de hacerle entrar en razón. No le parecía justo echar a Teresa de la casa y menos aún en su estado, sin que Antonio lo supiese.

A los pocos días, Antonio comenzó a mejorar ligeramente. Había perdido bastante peso y su rostro presentaba una palidez cadavérica, pero había recobrado parte de su antigua vitalidad y le había bajado la fiebre. Sin embargo el doctor insistía en que debía permanecer aislado hasta que hubiera mejorado del todo. Era demasiado arriesgado exponer al resto de la familia a la enfermedad.

Las visitas dejaron de llegar a la casa en cuanto tuvieron conocimiento de la enfermedad de Antonio. Su hermana Isabel, su marido y sus tres hijos, permanecieron en su residencia de las Cavaducas con el objetivo de proteger a su prole de la enfermedad.

Antonio no soportaba aquel confinamiento. Le habían recomendado la práctica de ejercicio físico y salía a pasear a solas por la playa, eligiendo siempre horas intempestivas para evitar cruzarse con nadie. Había sido siempre un joven alegre y activo, y la soledad le estaba resultando insoportable. Solo le consolaba el hecho de volver a ver a Teresa en cuanto estuviera recuperado. Había tenido mucho tiempo para meditar y estaba decidido a luchar por tenerla a su lado.

La única persona que se saltaba de vez en cuando la cuarentena del enfermo era Claudio. En cuanto se había enterado de su mejoría había acudido enseguida a su habitación para poder hablar con él a solas. Había decidido informarle de la delicada situación de Teresa; quizás Antonio pudiera evitar el desastre.

Al entrar en la habitación se sorprendió al ver a su hermano mayor tan desmejorado. Ya no quedaba nada de aquel joven sano y fuerte que siempre había sido.

—¿Qué tal te encuentras, hermano? El médico ha dicho que te ha bajado la fiebre, eso es buena señal.

—Me siento mucho mejor, solo algo cansado. Han sido demasiados días con fiebre alta, pero dentro de poco volveré a ser el de siempre. Me muero de ganas de volver a tener una vida normal.

—Lo que tienes que hacer es descansar para poder recuperarte. Rezo por ti cada día para que el Señor te proteja en todo momento.

—Gracias, hermanito. Me preocupa que te expongas tanto y que acabes enfermando. Quizás no deberías volver hasta que me haya recuperado del todo.

Claudio se sentó junto a la cama donde descansaba Antonio.

—Entiendo que el doctor tome todas las precauciones posibles. Al parecer ha habido muchos más casos de fiebres como la tuya por la zona, pero yo debería haber enfermado ya y no lo he hecho. Debo de tener algún tipo de inmunidad o quizás es el Señor el que me protege en su infinita misericordia.

Antonio enseguida preguntó por Teresa. Lo más duro de aquel encierro había sido permanecer separado de ella. Claudio creyó entonces que aquel era el momento idóneo para confesarle a su hermano lo que había sucedido, pero no encontraba las palabras adecuadas para hacerlo. Su hermano todavía se encontraba muy débil y no quería alterarlo demasiado. Fue Antonio el que habló primero:

—Claudio, necesito pedirte un favor.

—Claro, Antonio, lo que sea, no hay problema ¿De qué se trata?

—Necesito que le entregues algo a Teresa, es importante. Quiero que esté tranquila y que sepa que por mi parte nada ha cambiado.

Antonio se levantó y se acercó a su escritorio. Sobre el mueble descansaba el libro de poemas de Bécquer gracias al cual había sobrellevado el largo encierro. Lo cogió con su mano izquierda mientras que con la derecha abrió el primer cajón y extrajo un sobre de su interior.

—Necesito que se lo entregues en persona, nadie debe verte. Quiero que todo sea una sorpresa.

Claudio no sabía cómo decirle a su hermano que las cosas se habían complicado tanto por su culpa. Nunca debería haber hablado con su madre, haciendo que los acontecimientos se precipitaran de aquella forma. Era más que probable que a esas horas, doña Luisa estuviera manteniendo una dura charla con Teresa. Él había tratado de persuadirla para que desistiera de su empeño de quitársela de en medio, pero había resultado del todo imposible; nadie le haría cambiar de opinión. Estaba convencida de que la única manera de alejar el escándalo de su hogar y de su familia era arrancar el problema de raíz y estaba decidida a llevarlo a cabo.

Claudio observó a su hermano; se encontraba de buen humor y se le veía ilusionado, darle la terrible noticia podría provocar que su salud empeorara. En la parte más oscura de su mente comenzó a crecer una idea monstruosa: Quizás fuera designio del Señor que los acontecimientos se desarrollaran de aquella forma, quizás los dos jóvenes no estuvieran predestinados a estar juntos..., o quizás su propia cobardía le impidiera hacer lo correcto. Antonio no estaba preparado aún para descubrir que iba a ser padre, no se encontraba en disposición de tomar decisiones tan importantes. Aquello le robaría la poca energía que poseía su ya de por sí debilitado organismo.

Decidió entonces esperar a que su hermano mejorase. Aunque Teresa se hubiera ido de la casa, podría ir en su búsqueda cuando se hubiera recuperado. Sabía que era una solución cobarde y que Teresa no se merecía pasar por aquel trance. Le había prometido hablar con Antonio y no lo había hecho. A su hermano le había prometido entregarle a Teresa la carta y el libro y tampoco lo cumpliría por el momento. Estaba convencido de que era una solución temporal y que en aquellas circunstancias sería lo mejor para todos.

Lo que no sospechaba Claudio era que un par de días más tarde, Antonio volvería a empeorar, esta vez de manera definitiva, y ya no tendría tiempo de enmendar su error.

Comillas, verano de 1920

Adela, la madre de Tomás, nunca se hubiera imaginado que quien llamaba a su puerta aquella mañana de verano, fuera el mismísimo marqués de Comillas, Don Claudio López Bru. Cuando lo había visto en la entrada de su casa, por poco no le había dado un ataque de nervios al ver a aquel hombre tan importante frente a ella.

Le hizo pasar y le condujo hasta el salón de la casa donde don Claudio tomó asiento junto a la mesa del comedor. Se le veía débil y cansado. Había dejado sobre la mesa su sombrero y el pequeño paquete que había traído consigo. A Adela le habían llamado la atención su traje y sus zapatos gastados por el uso, aunque no le había extrañado demasiado pues de todos era sabido que al marqués no le gustaba alardear ni rodearse de ostentación como antaño sí había demostrado su padre, el primer marqués, en numerosas ocasiones. Él, sin embargo, era un hombre sencillo y humilde que prefería emplear su dinero en ayudar a los más necesitados.

Adela se sentó a su lado y le ofreció tomar un refrigerio que él rechazó educadamente. Daba la sensación de que prefería hablar lo antes posible sobre el motivo que le había llevado hasta su casa. Le manifestó que había venido en persona a entregarle aquel paquete, que abrió con sumo cuidado, aunque lamentablemente era demasiado tarde, puesto que su verdadera destinataria ya no podría recogerlo.

La historia que le narró a continuación dejó a Adela petrificada. En un instante sintió cómo su mundo se venía abajo y que todo comenzaba a dar vueltas a su alrededor. Pensó en sus padres y en la mentira en la que había vivido durante tantos años. Julia, la que hasta ese instante había considerado su madre, nunca le había confesado aquel terrible secreto de familia y conocer quién había sido su verdadero padre la dejó aún más atónita, si es que eso era posible. Precisamente, el libro y la carta que había traído don Claudio eran de Antonio.

Don Claudio le tomó la mano con sus dedos frágiles y temblorosos y le pidió perdón por todo el daño que les hubiera podido causar a su madre y a ella. Reconoció avergonzado que había sido un gran cobarde y se mostró tremendamente arrepentido de no haber sido capaz de hacer lo correcto en el momento adecuado.

—Soy un hombre que ha vivido mucho más tiempo del que le correspondía. Han sido demasiados años de enfermedad y de padecimientos. En numerosas ocasiones he recapitado sobre el hecho de que si el Señor no me había llamado a su seno todavía, era porque me quedaba aún un asunto pendiente de resolver en este mundo. Mi penitencia ha sido justa, pero siento que necesito descansar por fin y dejar limpia mi conciencia antes de reunirme con el Todopoderoso si es que él me considera digno de acudir a su lado.

Antes de irse le había dado un beso tembloroso en la mejilla.

—Tiene usted un hijo encantador, lo he conocido antes en la entrada. Tiene los ojos de su abuelo.

Se le humedeció la mirada y Adela entendió enseguida a quién se refería.

—Cúidese mucho, Adela.

Una vez que don Claudio se hubo marchado, Adela se acercó de nuevo a la mesa donde descansaban el libro encuadernado en piel y el sobre amarilleado por el tiempo en el que solo se leía una palabra: «Teresa». Abrió el libro y leyó la dedicatoria de Antonio.

«Para el ángel que dio luz a mi vida,
25 de septiembre de 1876».

Le parecía increíble que aquello fuera real. ¡Su vida habría podido ser tan diferente...!

Cogió la carta y se dirigió a su habitación. Don Claudio nunca se había atrevido a abrir aquel sobre cerrado. Despegó la solapa con manos temblorosas y extrajo la carta de su interior. Conteniendo la respiración debido a la emoción que la embargaba, comenzó a leer en silencio.

Amada Teresa,

Se está volviendo muy penoso el tiempo que debo soportar sin tenerte a mi lado. Me conoces bien y sabes que la soledad y el aislamiento suponen para mí una tortura. Todos permanecen pendientes de mi salud, pero soy más fuerte de lo que piensan. No imaginas cuánto deseo volver a estrecharte entre mis brazos, sentirte cerca de nuevo, y perderme en esos ojos tuyos que me ofrecen tanta calma. ¡Echo tantísimo de menos nuestros encuentros en el jardín...! Dentro de muy poco, podremos volver a vernos en nuestro rincón secreto, y podré recitarte al oído aquellos poemas de Bécquer que tanto te gustaban. Dispongo de tal cantidad de tiempo libre que he llegado a memorizarlos... Le he pedido a Claudio que te entregue el libro. Así, cuando leas los poemas, podrás acordarte de mí y de los momentos especiales que hemos compartido juntos. En este confinamiento obligado en el que me encuentro, he dispuesto asimismo de mucho tiempo para meditar, y he llegado a la conclusión de que no existe para mí ningún futuro en el que tú no estés presente. Hoy quiero abrir mi corazón en esta carta y declararte todo el amor que te profeso, sé que tengo la fortuna de ser correspondido. Deseo, si tú me aceptas, convertirte en mi esposa. Nada me haría más feliz que compartir la vida contigo y formar juntos una hermosa familia. No será fácil, pero si estás a mi lado, todo será posible. Debo confesar que el primer día que te vi en el jardín, tuve claro que serías tú la mujer que el Señor me tenía predestinada, hoy no albergo ninguna duda a ese respecto. Confío en que Claudio, que es el mejor hermano que nadie puede desear, encuentre el momento adecuado para hacerte llegar esta carta en la que te entrego mi alma. Cuento las horas que faltan para volver a vernos... Por favor, espérame, Teresa.

Siempre tuyo,

Antonio.

Las lágrimas habían inundado los ojos de Adela. Sentía tanta rabia en su interior que apretaba la mano contra su boca para evitar que los sollozos estallaran en un llanto furioso y desgarrador. Su mente no era capaz de asimilar aquella verdad devastadora. Sus padres habían muerto sin conocer cuánto se amaban en realidad. Pensó en Teresa, sufriendo ante la vergüenza de aquel embarazo, creyendo que Antonio había decidido abandonarla a su suerte. Recordó también a Antonio, que había fallecido tan pronto sin conocer que Teresa esperaba un hijo suyo. Los acontecimientos se habían conjurado de la manera más retorcida y trágica posible.

Ni siquiera se había percatado de que Tomás había entrado en la casa y de que la observaba en silencio desde la puerta del dormitorio. Trató de serenarse y secó sus lágrimas ante el espejo que colgaba sobre la cómoda. Su marido Miguel regresaría pronto a casa y no deseaba que notase su rostro congestionado por el llanto.

Cuando regresó a la cocina vio a Tomás sentado a la mesa.

—Tomás, lávate las manos, que vamos a comer enseguida, en cuanto venga tu padre.

—Sí, mamá, pero ¿qué quería el señor marqués? ¿Por qué sabía tu nombre y dónde vives? — Tomás observaba fijamente a su madre tratando de comprender.

—El señor don Claudio conoció a mi tía Teresa hace muchos años, antes de que yo naciera. Al parecer, ella trabajó durante un tiempo en la casa Ocejo, donde don Claudio veraneó con su familia antes de que construyeran el palacio. Era la casa de su abuela. En aquella época su padre, don Antonio, aún no había recibido el título de marqués.

—Nunca había oído hablar de la tía Teresa.

—Murió hace muchos años, cuando yo era tan solo un bebé. No llegué a conocerla, pero mi madre, la abuela Julia, me hablaba mucho de ella. Era su hermana pequeña.

—Pues el señor marqués debería haber ido a Ruiseñada a hablar con la abuela Julia en lugar de venir a nuestra casa.

La madre de Tomás miró al suelo. Su cerebro todavía continuaba procesando el contenido de aquella carta y su conversación con don Claudio.

—Tomás, lo que ha pasado hoy no se lo vamos a contar a nadie, va a ser nuestro secreto, ¿de acuerdo? Ya sé que te mueres de ganas por contárselo a tus amigos, pero es muy importante que no se lo digas a nadie.

—¿Ni siquiera a papá?

—A papá tampoco. Yo se lo contaré cuando llegue el momento. Será nuestro secreto. Anda, ve a lavarte las manos y me ayudas a poner la mesa...

Adela se dirigió al salón, recogió el libro y lo llevó también a su habitación. Escondió el sobre con la carta entre las tapas del libro y lo guardó todo en el último cajón de la cómoda, bajo sus camisones. Decidió que al día siguiente entregaría aquellos objetos a su verdadera destinataria; Teresa, su madre, aunque lamentablemente fuera demasiado tarde...

Transcurriría bastante tiempo antes de que Tomás se atreviera a regresar a aquel cementerio. No tenía la seguridad de estar haciendo lo correcto. La visita de don Claudio había dejado a su madre muy afectada y él necesitaba descubrir qué era lo que había sucedido aquel extraño día. Había hecho lo que le había pedido su madre y no había hablado con nadie de lo ocurrido. Esperó pacientemente a que encontrara el momento adecuado para hablar de ello, sin embargo, los días transcurrían y su madre continuaba encerrada en sí misma y en sus silencios.

Por eso había decidido descubrir la verdad por sí mismo. Había elegido un día gris y lluvioso para asegurarse de que no se encontraría con nadie más en el recinto. Había avisado a su madre de que iba a pasar la tarde con su padre en el trabajo, junto al puerto. Ella apenas había levantado la vista del paño que estaba bordando para su futuro nieto. Parecía que sus pensamientos se encontrarán a kilómetros de distancia.

Tomás llevaba puesta una chaqueta amplia para protegerse del aguacero y sus zapatos de invierno para evitar que pudiera resbalar caminando sobre el empedrado suelo, encharcado por la lluvia, y los caminos cubiertos de barro.

Había salido de su casa armado de valor como quien parte a la conquista de su destino. La lluvia había dejado de caer cuando llegó por fin al cementerio. Desde la distancia, aquellas ruinas de piedra, con el mar oscuro de fondo, le habían parecido un lugar fantasmagórico donde una persona en su sano juicio no osaría adentrarse. El Ángel Guardián se veía gigantesco en proporción al tamaño del muro sobre el que permanecía anclado y, aunque la rigidez del mármol con el que había sido creado le impedía cualquier movimiento, daba la sensación de que podría alzar el vuelo en cualquier instante con sus alas desplegadas y su túnica mecida por el viento.

Tomás era un muchacho valiente, pero su imaginación infantil provocaba que se sintiera rodeado de fantasmas y de muertos vivientes al acecho detrás de cada lápida. El silencio no existía dentro de aquel lugar congelado en el tiempo. Aun así había conseguido llegar sano y salvo hasta la tumba donde recordaba haber visto a su madre aquel extraño día. La losa sufría el deterioro de los años de abandono y era muy sencilla. Nada tema que ver con los suntuosos panteones que la rodeaban y que pertenecían a las familias más sobresalientes de la ciudad desde hacía décadas. Apenas se apreciaban las letras grabadas en la cruz de piedra que se alzaba en la parte posterior:

TERESA NORIEGA MARTÍN
1858 - 1877

Recordaba aquel nombre. Sabía que su madre y el señor don Claudio habían hablado sobre ella. Al parecer, había trabajado en la Casa Ocejo cuando el marqués era joven, y había fallecido poco tiempo después. Observó las fechas de la lápida; como no era muy bueno con las matemáticas, necesitó hacer uso de los dedos de sus manos para poder calcular que Teresa había fallecido con tan solo diecinueve años.

¿Habría sido Teresa la destinataria de aquellas bonitas palabras escritas en el ejemplar que había traído Don Claudio? ¿Habría estado el marqués enamorado de la tía Teresa? Aquello eran asuntos de mayores que él no alcanzaba todavía a entender del todo.

Rodeó la lápida hasta colocarse frente al muro donde había visto a su madre ocultar aquel paquete. Una de las piedras parecía suelta y sobresalía por delante del resto. La agarró con ambas manos para tirar de ella hacia afuera. Estaba fría y húmeda debido a la intensa lluvia que acababa de caer hacía unos instantes y le costó sacarla del muro.

Allí se encontraba la bolsa de tela negra envolviendo un objeto plano. Lo sacó y lo abrió con impaciencia para descubrir su contenido. No le resultó extraño encontrar el libro que había traído

don Claudio. Cuando lo abrió para leer la dedicatoria de la primera página, se sorprendió al ver que de entre sus páginas asomaba un sobre con el nombre de Teresa escrito en la parte frontal. Recordó a su madre llorando mientras leía aquella misteriosa carta, y por un instante dudó si debía seguir adelante.

Por fin su curiosidad pudo más y abrió el sobre con sumo cuidado. Cuando terminó de leer impactado, Tomás volvió a guardar la carta dentro del libro, envolviéndolo en la bolsa negra y depositándolo de nuevo en su escondite del muro. Aunque tardaría varios años en comprender el verdadero alcance de aquellas palabras y el parentesco real que le unía a aquella misteriosa joven, había entendido el motivo por el cual su madre había decidido llevar aquel regalo del marqués al cementerio: esos dos objetos tan especiales pertenecían a Teresa y junto a ella debían permanecer para siempre.

Antes de abandonar el cementerio, Tomás alzó la mirada hacia el Ángel Guardián. Su madre siempre solía decir que su misión en aquel lugar sagrado era la de custodiar las almas de los que disfrutaban allí del sueño eterno y, en silencio, le suplicó que cuidara de Teresa y de Antonio.

Aquel secreto quedaría suspendido en el tiempo hasta que años más tarde, y después de haber hablado con Julia de lo ocurrido aquel verano en la Casa Ocejo, Adela le confesaría a Tomás el motivo de aquella extraña visita del marqués y quiénes habían sido sus verdaderos abuelos.

La revelación de aquella verdad se convertiría para Tomás en la obsesión de su vida, y dedicaría gran parte de su tiempo a rescatar a Teresa del olvido.

Comillas, verano de 2012

Era un día de verano espléndido. Ni una sola nube había osado estropear el azul intenso del cielo y las altas temperaturas invitaban a darse un baño en las siempre frescas aguas del Cantábrico.

Marina y Paula tomaban el sol sobre sus toallas de playa mientras que Alberto, el novio inseparable de Paula y Adrián, un amigo de la pareja que había decidido unirse al grupo, se entretenían en el agua con sus gafas de buceo.

—No me digas que no es mono, haríais una estupenda pareja. Hace unos meses que lo ha dejado con su novia y sé que le has causado muy buena impresión.

—¿Pero cuándo te cansarás de ejercer de Celestina? Te agradezco que te tomes la molestia de presentarme a tus amigos, y tengo que decir que Adrián me parece un buen chico, pero no me apetece salir con nadie en estos momentos.

Paula se incorporó en la toalla para mirar a Marina de frente, estaba preocupada por su amiga.

—Desde que descubriste la historia de Teresa y de Antonio ya no has vuelto a ser la misma, te ha afectado demasiado.

—Siempre tuve el presentimiento de que Antonio era especial.

—¿Seguro que te refieres a Antonio? Aunque no me lo hayas querido contar sé que sucedió algo durante los días que mi hermano estuvo aquí el verano pasado. Os conozco a los dos demasiado bien.

Marina permaneció en silencio observando el mar en calma. Hacía ya varios meses que no tenía noticias de Mario. Aquellos pocos días que habían compartido juntos se habían convertido en uno de los recuerdos más bonitos de su vida, pero quedaba claro que formaban ya parte del pasado.

Desde la última conversación que habían mantenido en la que Mario le había manifestado su deseo de embarcarse en un nuevo proyecto creativo, no habían vuelto a tener contacto. Comprendía que aquello había sido una especie de despedida y que ella también debía seguir adelante con su vida. Pero olvidar lo que sentía por Mario no estaba resultando nada fácil.

—¿Sabes una cosa, Marina? ¡Estoy embarazada! Aún no se lo he dicho a Alberto, esta noche le daré la noticia.

—¿De verdad? ¡Enhorabuena!

Marina abrazó a Paula emocionada. Sabía que aquel era un paso importante para su amiga, una extraordinaria noticia que le llenaba de alegría.

—He pensado que si es un niño le llamaré Tomás, como mi abuelo. Y si es niña, Teresa. Será mi pequeño homenaje. Estoy segura de que a Alberto no le importará.

—Alberto hará lo que tú quieras. Nunca he conocido a ningún hombre más enamorado que él. Has tenido mucha suerte, y él también. Hacéis una pareja estupenda y estoy segura de que seréis unos padres increíbles.

Paula tomó a Marina de la mano y la miró con ternura.

—Tú también te mereces ser feliz, Marina.

La semana comenzó para Marina con más ajeteo del habitual en su trabajo. Al ya de por sí nutrido grupo de turistas que se acercaban cada día a visitar el palacio, se le habían sumado los operarios del Ayuntamiento que se encargaban de preparar las exposiciones temporales que se

montaban en la primera planta del edificio. Cada cierto tiempo, el Palacio de Sobrellano cedía esa parte de sus instalaciones a artistas locales para que promocionaran sus obras. Eso significaba tener a un montón de personas pululando por zonas del edificio a las que normalmente el público no tenía acceso.

Por supuesto, no todos los que se acercaban a conocer el palacio estaban realmente interesados en la visita. En ocasiones, simplemente se trataba de personas que venían de acompañantes y en otras, turistas que tan solo buscaban recopilar el mayor número posible de fotos para luego poder demostrar a los amigos, familiares o en redes sociales, el sinfín de lugares que habían visitado en sus vacaciones. Sin embargo, todo ello se compensaba al poder observar las miradas emocionadas de los que sí sabían a lo que venían o de los que poseían la suficiente sensibilidad para apreciar el valor de lo que allí se les mostraba. Por ellos merecía la pena aquel trabajo.

Marina disfrutaba especialmente descubriendo, entre los pocos niños que realmente prestaban atención a sus palabras, a aquellos en los que el gusanillo del arte se había colado por sus venas como le había sucedido a ella cuando tenía su misma edad.

—Me pregunto por qué no hacen esto los lunes, cuando el palacio se encuentra cerrado, así no molestarían a nadie.

Marina conversaba con una compañera en el vestíbulo mientras observaban el ir y venir de montadores cargando con las cajas embaladas hasta la primera planta.

Al finalizar su jornada, Marina siempre ojeaba su móvil para comprobar si había recibido alguna llamada. En esta ocasión, el icono de que había un mensaje en su buzón apareció en la pantalla. El mensaje era de Adrián, el amigo de Paula, que la invitaba a tomar un café en una nueva terraza de moda del Corro Campíos. Nada formal, sin compromisos y sin actitudes forzadas.

Lo cierto era que Adrián le había caído muy bien. Era un chico atractivo y con la cabeza bien amueblada. En un principio él se había sentido, al igual que ella, un tanto incómodo ante la encerrona de Paula, pero después había tratado de quitarle hierro al asunto y se había mostrado agradable y cercano.

Quizás Adrián se merecía una oportunidad. Quizás ella misma se mereciera una oportunidad. No podía pasarse toda su vida esperando a que Mario le enviara una señal o decidiera hacerle una llamada intempestiva. Estaba claro que él tenía otras prioridades en su vida en aquellos momentos.

Caminaba hacia su casa con todos estos pensamientos agolpándose en su cabeza, así que cuando llegó a la puerta, decidió pasar de largo y continuar paseando para tratar de despejar su mente y tomar una decisión. Tenía que dar una respuesta al mensaje de Adrián.

De manera inconsciente, sus pasos le habían llevado hacia el parque Güell y Martos y había acabado sentándose a los pies del monumento al marqués de Comillas. Admirar el mar desde aquella privilegiada posición le transmitía una paz absoluta. Cuando necesitaba reflexionar, a menudo se dirigía a ese rincón, su favorito en Comillas, y le pedía consejo a Don Antonio López. Él había sido un hombre fuerte al que nunca le había temblado el pulso a la hora de tomar decisiones difíciles. A Marina le infundía fuerzas y perspectiva de las cosas. Se apoyó en el muro de piedra contemplando aquel paisaje hipnotizador y decidió que no le vendría mal quedar con alguien para variar. Tomar ese café con Adrián le pareció un buen plan para pasar la tarde.

Se dio una ducha revitalizante y abrió el armario para decidir lo que iba a ponerse en su cita. La intención era resultar atractiva pero no demasiado provocadora. Sonrió al pensar en el tiempo que perdían las mujeres en ese tipo de dudas sobre matices que solo ellas podían distinguir. Sería una suerte si el chico se fijaba siquiera en el color de sus zapatos.

Se decidió por unos vaqueros ajustados y una camiseta muy femenina con una abertura en la espalda. Optó por unas sandalias de tacón alto para sentirse más segura en aquella primera cita y decidió dejar suelta su hermosa y larga melena. Cuando abrió la caja donde guardaba sus joyas,

eligió el colgante largo con el osito plateado que le había regalado su madre hacía un par de años. Al ponérselo recordó la tarde que había pasado con Mario en la que le había dado la impresión de que aquel collar le gustaba. Al menos le había sorprendido mirándolo en varias ocasiones. Decidió no ponérselo en respeto a aquel recuerdo y eligió otro colgante diferente.

Adrián fue a buscarla a casa y caminando juntos se dirigieron hacia la plaza. Aunque él no le hizo ningún comentario sobre su aspecto, Marina adivinó en su mirada que le había causado una buena impresión. La tarde transcurrió de manera agradable y ayudó a Marina a desintoxicarse de los sentimientos negativos que le habían invadido en los últimos días. Adrián resultó ser una compañía amena y divertida y, como era la primera vez que visitaba Comillas, se había mostrado interesado en conocer aquellos lugares que ella le enseñaba.

—Cuando les comenté a mis amigos de Madrid que iba a venir a pasar unos días a Comillas, muchos me dijeron que se trataba de una localidad de veraneo de «gente pija» y que me iban a gustar las playas y las terrazas. Sin embargo, tú me has ensañado una faceta muy diferente, repleta de historias y de personajes singulares. Es como si me hubieras transportado al esplendor de otra época, y me ha gustado.

—Playas y terrazas de verano las puedes encontrar en cientos de localidades, pero Comillas y su entorno son especiales en cualquier estación del año.

Habían finalizado la tarde sentados en un banco del parque de Sobrellano y contemplando el palacio del Marqués en lo alto de la colina mientras degustaban un helado de yogur cubierto de *toppings*.

—Tuvo que ser increíble vivir en aquella época, ¿verdad? Esas familias poseedoras de grandes fortunas que acumulaban tanto poder e influencia. Debían de sentirse los amos del mundo.

—Bueno, es cierto que el mundo comenzó a girar a un ritmo distinto gracias a estos hombres emprendedores que un día cruzaron el charco en busca de fortuna. Ya sabes, era la época de las oportunidades.

—Sí, supongo que sí.

Adrián se acomodó en el respaldo del banco mirando con otros ojos aquel edificio inmenso.

—Pero aquella fue también una época de luces y sombras. —Prosiguió Marina—. De importantes fortunas, pero también de grandes desigualdades sociales y de una felicidad encorsetada dentro de los convencionalismos religiosos y morales. No todo era tan bonito como parece. Sin embargo, lo que más admiro de aquellos hombres poderosos era que se consideraban a sí mismos personajes públicos y se involucraban con la sociedad en la que vivían. De ahí que se embarcaran en grandes obras benéficas, como la Universidad Pontificia, que se proyectó como colegio para niños pobres gracias a Antonio López, o el hospital, que financió el hermano del marqués. Costearon asimismo los proyectos de los mejores artistas de su época para que embellecieran las ciudades. Eusebio Güell fue un gran ejemplo de ello, y otorgaban ayudas y limosnas a los más necesitados. Eso ha engrandecido su memoria. Por el contrario, las grandes fortunas de hoy en día prefieren disfrutar de su dinero en el anonimato. No se involucran con los problemas de la sociedad que les rodea y la figura del mecenas ha desaparecido casi por completo, para desgracia de los artistas de nuestro tiempo. Los nobles del presente ya no construyen palacios que podamos enseñar a los turistas del futuro.

—¡Guau! Podría pasarme horas escuchándote.

—No te burles de mí.

—No, te lo digo en serio. Con la mayoría de las personas siempre tengo las mismas conversaciones banales, imagino que a ti te sucederá lo mismo. No es fácil encontrar a alguien con quien poder hablar de temas que no sean deportes, política o famosos de YouTube.

Los dos rompieron a reír ante la ocurrencia de Adrián.

—Supongo que tienes razón.

Se levantaron del banco y Adrián acompañó a Marina hasta su casa. Cuando llegaron a la puerta, le dio las gracias por la tarde especial que habían compartido juntos y manifestó su deseo de volver a quedar al día siguiente. Marina le contestó que lo pensaría y se despidió de él con un beso en la mejilla. Era la única respuesta que podía ofrecerle por el momento.

No había terminado de cambiarse de ropa y sentarse en el sofá para ver un poco la televisión,

cuando sonó el móvil que Marina había dejado sobre la mesa auxiliar del salón.

—¡Hola! ¿Interrumpo algo?

Paula sonó maliciosa al otro lado de la línea.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, ha llegado a mis oídos que Adrián y tú habéis quedado esta tarde.

—¡Vaya, las noticias vuelan! Pero para tu desilusión ya estoy en casa, y sola.

—¿La cita no ha ido bien?

—No, nada de eso. Adrián es un chico encantador, nos lo hemos pasado muy bien.

—Eso suena genial. Ya te dije yo que hacíais buena pareja.

—Bueno, no te emociones. Todavía es muy pronto y no estoy segura de querer salir con nadie en estos momentos, y menos a distancia. Te recuerdo que él vive en Madrid.

—Tonterías. Lo que te pasa es que tienes miedo de que te hagan daño, como a todos. Te has acomodado a tu vida de ermitaña y no te atreves a lanzarte a la aventura.

—Lo que tú digas, pero ya soy mayorcita para tomar mis propias decisiones, así que no te entrometas más y deja que yo maneje mi vida a mi manera. Sé que tus intenciones son buenas, pero no soy ninguna niña.

—Ya lo sé, lo siento. A veces me emociono demasiado y no dejo respirar a la gente. No volverá a ocurrir, te lo prometo.

—Eso espero, aunque me cuesta creerlo.

Marina estaba convencida de que Paula sería incapaz de cumplir aquella promesa.

Volvió a quedar con Adrián un par de ocasiones más antes de que él regresara a Madrid. Habían sido citas agradables en las que se habían divertido tomando unas copas y charlando sobre temas muy diversos que les habían ayudado a conocerse un poco mejor. El último día se habían dejado llevar besándose apasionadamente mientras bailaban en medio de la multitud en un local de música latina, acompañados de Paula y Alberto.

Pero Marina no deseaba precipitarse y había decidido dejar en suspenso aquella amistad hasta que él regresara más adelante. Cuando llegara ese momento ya pensaría en poner en orden sus sentimientos. Salir de la rutina le había sentado bien.

Faltaban solo un par de semanas para las vacaciones de verano y Marina todavía no tenía ningún plan. Seguramente pasaría algunos días con sus padres en el Algarve, donde poseían un pequeño apartamento cerca de la playa. Le apetecía disfrutar de irnos días en familia y no pensar en nada más.

Aquella mañana se había despertado de buen humor. Se asomó a la ventana de su habitación y contempló su jardín bañado por el sol. Aunque no poseía demasiadas nociones de jardinería, poco a poco había conseguido devolverle la vida a aquella zona de la casa. Había pintado la mesa y las sillas de forja devolviéndoles su blancura original y había plantado algunas flores que llenaban de colorido y de aromas agradables aquel pequeño jardín que ahora se parecía, un poco más, al que Mario había immortalizado cuando era solo un adolescente. Aquel cuadro continuaba colgado en el pasillo de entrada. A Marina le recordaba a Tomás y a aquellos días especiales que había compartido con Mario. Le parecía que había transcurrido una eternidad.

Atravesó el centro del pueblo caminado con una sonrisa en los labios. Le encantaba aquel olor de las mañanas de verano: olía a flores, a mar y a bollería recién hecha que servían en las terrazas a los turistas más madrugadores.

Alcanzó la esquina de la Casa Ocejo dispuesta, como cada día, a afrontar con ganas una nueva jornada de trabajo. Cuando llegó a la verja de entrada del palacio, le llamó la atención un cartel colgado en la puerta principal; anunciaba la nueva exposición que se podía visitar de forma gratuita en el edificio. Marina se acercó para leerlo y satisfacer así su curiosidad sobre si se trataba de una exposición de escultura, pintura o fotografía lo que tocaba en esta ocasión. Sabía que constaba de una gran cantidad de obras porque los montadores habían molestado más de lo habitual durante la semana anterior.

Adivinó el nombre de Mario Velasco desde lejos. No podía ser cierto, no tenía sentido. ¿Qué hacía Mario exponiendo en Comillas? Aquello no se parecía en nada a las grandes galerías de Nueva York que se había acostumbrado a frecuentar últimamente. ¿Por qué no la había llamado para hablarle de aquello?

Paula no le había dicho nada, aunque podía ser que tampoco lo supiera. Mario era así.

Llegó al palacio con una sensación de vértigo que le impedía pensar con claridad. Aún era temprano y faltaba más de media hora para que el edificio abriera sus puertas al público, por lo que ascendió las escaleras hasta la primera planta. Se moría de ganas por descubrir las obras de Mario.

Cuando atravesó la puerta de la primera sala, se quedó paralizada, no podía dar crédito a lo que estaba viendo. Las lágrimas humedecían sus ojos al tiempo que contemplaba de cerca cada uno de aquellos cuadros de un realismo asombroso. El primero era un retrato hiperrealista de un anciano de mirada inteligente. Aunque Marina nunca había tenido la oportunidad de ver una fotografía suya, había adivinado al instante que se trataba de Tomás, tenía la sensación de que lo conocía de toda la vida.

El siguiente retrato era de una mujer joven, con su larga melena rubia suelta y mecida por el viento. Llevaba puesto un camisón blanco y portaba en la mano un libro encuadernado en piel de color oscuro. Sin duda se trataba de Teresa, aparecía exactamente igual a como ella la había visto en su sueño. Detrás de Teresa se divisaba un muro de piedra oscuro y recubierto de musgo.

En el último cuadro de la sala, una mano femenina ocupaba el centro del lienzo. Dentro de la mano reposaba una llave pequeña de diseño antiguo y de color negro. Marina sabía perfectamente

que aquella era la llave que habían encontrado en el despacho de Tomás, la que había supuesto el comienzo de todo. Enseguida comprendió cómo le había afectado a Mario aquel secreto de familia que habían descubierto juntos el verano anterior, y que había necesitado expresarlo a su manera, a través de sus obras.

La siguiente sala se encontraba repleta de cuadros de tamaños diversos que representaban diferentes paisajes y rincones de Comillas. Cada uno de aquellos lienzos poseía una luz especial que se convertía en un sello inconfundible del autor, creando con ella atmósferas únicas. Aquellas obras no buscaban transmitir mayor significado que el de plasmar la belleza vista a través de los ojos del autor. ¿Qué otro objetivo más noble podía perseguir un artista que no fuera el de buscar la belleza incansablemente? Gaudí había hecho famosa la frase: «La belleza es el resplandor de la verdad, y como el arte es belleza; sin verdad no hay arte». Sin embargo, para Marina la belleza era, simplemente, ese bálsamo para los sentidos que lograba que la vida fuera soportable.

La sala en la que se encontraba conectaba con otra contigua de menor tamaño a través de una puerta abierta. Caminó hacia ella y se asomó a una habitación tenuemente iluminada. Un solo cuadro se exponía en aquella sala, la obra era de grandes dimensiones y ocupaba toda la pared del lado opuesto. Un foco iluminaba el cuadro desde el techo, mientras que el resto de la estancia permanecía envuelta en la penumbra, eso le daba aún más protagonismo.

Marina permaneció inmóvil en la entrada. En el cuadro, una mujer joven con el cabello largo y castaño suelto y un vestido verde que destacaba su figura, se encontraba de espaldas y asomada a un muro de piedra mientras contemplaba el mar y el puerto de Comillas desde lo alto, absorta en el paisaje. A su derecha se observaba con magnífico detalle la base de piedra en forma de barco del monumento al Marqués de Comillas.

No podía dar crédito a lo que contemplaba: la mujer del cuadro era ella misma. Recordaba perfectamente aquel primer día con Mario y ese vestido verde, y el momento que habían compartido juntos en el mirador mientras el aire despeinaba sus cabellos y los de Mario. Se había enamorado de él en aquel instante. Las lágrimas asomaron a sus ojos derrumbándose al comprobar que para él también había sido un recuerdo especial y lo había convertido en un cuadro increíblemente bello, de una calidad y un realismo asombrosos.

Se acercó lentamente al lienzo; parecía tan real que ni siquiera se apreciaban las pinceladas. Era cierto que Mario había mejorado considerablemente desde que pintara aquel paisaje que colgaba en el pasillo de su casa, por lo que no pudo evitar recrearse observando cada detalle.

—Este es sin duda mi favorito.

Marina se giró sobresaltada. Estaba convencida de que no había nadie más en la sala cuando había entrado. Sin embargo, aquella voz provenía de una esquina de la habitación que permanecía completamente a oscuras. Se oyeron pasos y la presencia misteriosa emergió despacio hacia la luz.

Marina no podía dar crédito a si lo que veían sus ojos era la figura de Mario o un fantasma. Permaneció inmóvil mientras él continuaba acercándose; las lágrimas brotaban de sus ojos en silencio.

—Hola, Marina. ¿Qué tal estás?

La mirada de Mario también brillaba después de haber presenciado la reacción de ella al ver su cuadro.

Emocionada, Marina permanecía en silencio. En su mente se acumulaban todas esas preguntas que habían quedado sin respuesta en los últimos meses. En aquel instante le odiaba por haber vuelto a aparecer en su vida sin avisar, no estaba preparada.

—¿Por qué no me dijiste que vendrías?

—Quería darte una sorpresa. Tú me diste la idea cuando aquel día me enseñaste el palacio y me dijiste que albergaba exposiciones, no se me ocurría un lugar mejor para mostrar mis cuadros.

—Son increíbles, de verdad. Seguro que vendes buena parte de ellos ahora que eres un artista tan cotizado.

—No están en venta. —Mario la miró serio—. Esta es una colección personal.

Se acercó más a Marina y le acarició el brazo con ternura.

—Me gustaría poder hablar contigo más tranquilamente, si te parece bien.

—Tengo que trabajar, empiezo ahora mi turno, pero si quieres podemos vernos después.

—Me parece perfecto. Pasaré a buscarte cuando salgas.

Marina trató de concentrarse en su trabajo durante la mañana para no pensar en cómo se sentía por dentro. Se alegraba de haber vuelto a ver a Mario, le había parecido un detalle muy bonito que él hubiera elegido el palacio, donde ella trabajaba, para exponer aquellos cuadros que le habían emocionado tanto. Pero también se sentía enojada con él. Justo ahora, cuando había decidido seguir adelante y olvidarle, había vuelto a aparecer para desordenar su vida de nuevo. En unos días, Mario desaparecería otra vez y ella no quería volver a sufrir.

Tal y como había prometido, Mario la esperaba en el porche principal del palacio, a la salida del trabajo. Había pasado allí toda la mañana dando los últimos retoques al montaje de su exposición y se había reunido con varios miembros de la Consejería de Cultura.

La recibió con esa sonrisa misteriosa tan propia de él y salieron del recinto caminando. Marina quiso pasar antes por su casa para poder refrescarse y cambiarse de ropa, mientras que Mario se dirigió a la plaza para ir reservando mesa en una de las terrazas del Corro Campíos. Cuando Marina llegó al restaurante, él la esperaba sentado en una mesa donde le habían servido un vino y algo para picar.

—¡Vaya! Estás muy guapa, me gusta ese colgante.

Mario se levantó invitándola a tomar asiento.

Había elegido aquel colgante adrede, por algún motivo le recordaba a él y había decidido ponérselo de nuevo aquel día. Por lo demás, no llevaba nada especial; unos pantalones de pitillo de color blanco y una blusa de seda sin mangas de color rojo intenso sobre la que destacaba el collar, pero había sido agradable ver cómo el rostro de Mario se había transformado al verla, se sentía hermosa solo por la forma en la que él la miraba.

—Parece mentira que haya pasado casi un año desde la última vez, ¿verdad?

Marina no había podido evitar incluir cierto tono de reproche en sus palabras.

—Es cierto, recuerdo perfectamente el día que nos conocimos —Sonrió al recordar aquel accidentado momento—. Yo estaba enfadado con el mundo, no me hablaba con mi familia y vivía recluido en mi estudio a seis mil kilómetros de distancia para no enfrentarme a mis fantasmas. Mi abuela acababa de fallecer y yo no había estado allí para despedirme de ella, me sentía la peor persona del planeta, solo pretendía regresar a la casa de mis abuelos y tratar de redimir mi culpa. Y entonces apareciste tú, con esa mirada dulce y lo cambiaste todo. Después encontramos esa llave y el cuaderno de mi abuelo Tomás, como una puerta abierta hacia el pasado. Descubrir aquel secreto de mi familia contigo supuso una aventura increíble. Tú lograste que todo cobrara sentido de nuevo, me hiciste sentir que formaba parte de algo más importante que mí mismo.

—Te agradezco esas palabras tan bonitas. No me lo esperaba, la verdad. Pero yo no hice nada, al contrario, tú me brindaste la oportunidad de participar e involucrarme en una historia que no tenía nada que ver conmigo. Por cierto, todavía guardo el cuaderno de Tomás, creo que deberías tenerlo tú.

—Tengo una idea mejor...

Después de abandonar el restaurante, decidieron dar un paseo para poder seguir disfrutando de aquel momento distendido. Mario le propuso a Marina que le acompañara hasta el cementerio y le mostrara el punto exacto donde se encontraba escondida la carta de Antonio y el libro de poemas que la había protegido entre sus páginas durante tantos años. Él ya había tenido oportunidad de verlos porque Marina los había fotografiado antes de devolverlos a su escondite y le había enviado las fotos por *mail*. Había podido leer aquella carta tan íntima y la hermosa dedicatoria de Antonio.

Se adentraron en el cementerio y subieron los escalones de piedra en dirección al lugar donde se ubicaba la tumba de Teresa. Mario se sorprendió al contemplar que no quedaba nada de aquella lápida repleta de musgo y malas hierbas que recordaba. La losa aparecía totalmente limpia y un ramo de flores frescas adornaba la sencilla cruz donde se leía el nombre de Teresa.

—No todo el mérito ha sido mío. Tu hermana y yo nos pasamos una mañana entera adecentando

el lugar y creo que no ha quedado mal del todo.

—Ha sido un detalle muy bonito por vuestra parte.

Mario acarició el hombro de Marina cariñosamente, se giró y contempló el recinto desde aquel punto elevado. Numerosos turistas paseaban en respetuoso silencio entre las lápidas, admirando la singular disposición de aquel cementerio, considerado uno de los más bellos entre los que disfrutaban visitando ese tipo de lugares. El Ángel Guardián continuaba oteando el horizonte con esa pose valiente de quien vela por la seguridad de tantas almas a su cargo.

—Cuando Teresa falleció en 1877 ¿el Ángel ya estaba aquí?

Mario se giró para preguntarle a Marina. Había sentido curiosidad por saber cuánto tiempo llevaba aquel guardián alado custodiando las almas residentes en el lugar.

—No, fue el segundo marqués, don Claudio López, quien encargó la reforma del cementerio a Lluís Domènech i Montaner en el verano de 1893, cuando el arquitecto trabajaba en las obras del Seminario tras la muerte prematura de Cristóbal Cascante.

—¿Y por qué decidiría Claudio embellecer el cementerio de una manera tan soberbia? Debió de costarle una fortuna. ¿Crees que el hecho de saber que Teresa descansaba aquí podría haber sido el motivo?

—Existe una leyenda que asegura que don Antonio López encargó la escultura del ángel para el panteón de su primogénito Antonio, pero que al ser esta demasiado grande resultó imposible introducirla en la capilla panteón y que, en consecuencia, el marqués decidió que la colocaran en el cementerio. Como historia es muy romántica, pero es del todo incierta, puesto que el marqués falleció en 1883 y Llimona no realizaría su famoso ángel hasta 1895, fecha en la que finalmente se ejecutaron las obras del cementerio. Su hijo Claudio fue quien encargó el embellecimiento del recinto. Ignoro cuál sería el verdadero motivo que le impulsó a hacerlo, puede que fuera su conciencia atormentada, lo cierto es que contrató al mejor arquitecto de su época para llevarlo a cabo.

Mario la escuchaba en silencio mientras observaba la figura del ángel con curiosidad.

—Ya en el primer boceto de Domènech —Marina prosiguió con su argumento—, se mostraba la idea de un remate escultórico en lo alto del muro. En este caso eran dos ángeles, uno de pie y otro sedente, los que aparecían en el dibujo del arquitecto. Más tarde, cuando trasladó el encargo al escultor Josep Llimona, colaborador habitual de Domènech, este lo plasmaría en su primer boceto sustituyendo el ángel sentado por una doncella leyendo un libro. Eso encajaría más con tu idea de que fuera un tributo hacia Teresa. Sin embargo, optarían finalmente por la figura en solitario de un ángel custodio en una pose mucho más combativa y protectora. Imagino que para que fuera más coherente con la leyenda epigráfica del remate de la verja de entrada, que traducido del latín dice: «Ten presente en la memoria mi juicio: Ayer para mí, hoy para ti».

—¡Vaya, qué macabro!

—Es de un versículo de la Biblia.

—Claro, cómo no.

Mario no pudo evitar sonreír.

Salieron del recinto tomando el camino que se dirigía hacia la playa. En el exterior soplaba una brisa suave que hacía que la temperatura a esa hora de la tarde fuera de lo más agradable. El sol jugaba a esconderse entre la malla de nubes transparentes que habían ido apareciendo celosas del azul intenso del cielo.

Se desviaron por el sendero que conducía hacia lo alto de la colina sobre la que se erigía el Monumento al Marqués de Comillas. Un numeroso grupo de turistas rodeaba la mole de piedra, disfrutando de las espléndidas vistas que les ofrecía aquel singular mirador.

Marina y Mario decidieron sentarse en un banco cercano que les brindaba la privacidad suficiente para poder seguir hablando mientras contemplaban el mar desde aquella posición elevada.

—Podría permanecer aquí sentado durante horas, disfrutando de esta paz absoluta —miró a Marina a los ojos—, y en tan buena compañía...

—¿Cuándo regresas a Nueva York?

Marina prefería tener presente que Mario volvería a marcharse.

—¿Acabo de llegar y ya quieres que me vaya? Pues creo que esta vez tendrás que acostumbrarte a tenerme cerca.

Marina le miró con extrañeza.

—¿Qué quieres decir?

Él sonrió y posó su mano suavemente sobre la de ella.

—Todos necesitamos un lugar en el mundo al que poder regresar para sentirnos a salvo, un lugar donde hallar la calma y sentirnos en paz con nosotros mismos. A veces, ni siquiera es un lugar. Cuando regresé a Nueva York la última vez, me sorprendí echándote de menos más de lo que me atrevía a admitir. Cuando pensaba en ti, a menudo te recordaba en este rincón, con tu cabello suelto y la mirada perdida en el horizonte. Por eso pinté el cuadro; era mi mapa para volver a casa.

—¿Quieres decir que...?

—Sí.

EPÍLOGO

Marina abrió los ojos despacio al percibir la claridad del día a través de la ventana de su dormitorio, hacía mucho tiempo que no dormía tan profundamente. La consciencia había ido despertando sus sentidos poco a poco. Se abrazó a Mario, que dormía junto a ella en la cama y le dio un beso cálido en el centro de la espalda.

La tarde anterior él la había acompañado hasta su casa, habían abierto una botella de vino y juntos habían quemado el cuaderno de Tomás en el jardín en una especie de ceremonia de despedida. Ahora que la verdad había salido a la luz, ellos se encargarían de que la memoria de Teresa siguiera viva. Estaba segura de que, en algún lugar, Antonio y Teresa habrían podido por fin reencontrarse y permanecer unidos para siempre.

¿Quién le iba a decir a ella que acabaría enamorándose de un descendiente de su querido Marqués? Ese pensamiento le hizo sonreír y aferrarse con más fuerza al cuerpo de Mario. Su mano traviesa se deslizó suavemente por su pecho, descendiendo despacio hacia su entrepierna. Mario se despertó con una sonrisa perezosa al sentir sus caricias.

—Buenos días.

Marina pronunció aquellas palabras acariciando con sus labios el oído de Mario. Después se colocó sobre él y bajó lentamente más allá de su cintura. Sin dejar de mirarlo a los ojos, besó muy despacio su miembro, que había respondido impetuoso a sus caricias, y a continuación se incorporó hacia adelante para darle un beso posesivo en los labios.

Esta vez fue Mario quién logró hacerse fuerte e imponer su envergadura masculina colocando a Marina bajo su cuerpo, prisionera de sus caricias.

—Esta mañana te has despertado traviesa, ¿eh?

Marina le devolvió una sonrisa cómplice, le acarició el rostro y entrelazó sus dedos en su cabello oscuro.

—Bienvenido a casa.

NOTA DE LA AUTORA

El silencio del guardián es un relato de ficción, los hechos que aquí se narran no son reales. Teresa nunca existió, y por lo tanto, tampoco su relación con Antonio. El resto de personajes de la trama tampoco existen, ni están basados en ninguna persona real. Los personajes y hechos históricos que aparecen en la novela; el primer marqués de Comillas, don Antonio López y López y su familia, el sacerdote y poeta Jacinto Verdaguer, o la criada Eloísa López, han sido retratados de la manera más fiel y respetuosa posible, basándome en cuanta documentación he tenido la oportunidad de consultar. Imprescindibles han sido: El Palacio de los Marqueses de Comillas 1878-1899, de M. A. García Guinea, F. López Rodríguez y P. Úbeda de Mingo (Colegio Oficial de Arquitectos Técnicos de Cantabria — Gobierno de Cantabria, 2004), Comillas preludio de la Modernidad, de María del Mar Amús (Triangle Postáis, 2004), Claudio López Bru, Marqués de Comillas, de Enrique Faes Díaz (Marcial Pons Historia, 2009), o Entre Comillas, de Juan Cagigas (Ediciones Tantín, 2003).

Al igual que Marina, la protagonista de esta novela, siento una gran admiración e interés por la figura de Don Antonio López y López, I Marqués de Comillas, y su fascinante vida. Pido disculpas por adelantado a su familia si en algún fragmento de este relato se ha descrito algún hecho que no se corresponda exactamente con la realidad. No ha sido intencionado.

El retrato del malogrado Antonio López Bru, de la sala de cuadros del Palacio de Sobrellano que tanto le fascina a Marina, existe en realidad, aunque lamento desconocer quién fue su autor. La primera vez que visité el palacio y me encontré frente a este magnífico retrato, experimenté una sensación difícil de explicar. Solo puedo decir que la mirada de Antonio ha inspirado esta novela.

He intentado asimismo plasmar lo más fielmente posible la belleza del increíble patrimonio natural y artístico de la villa de Comillas, que ha cautivado mi corazón y mi espíritu desde hace años. El mirador del monumento al Marqués de Comillas, en el parque Güell y Martos, será siempre mi rincón especial.

Además de las obras que he mencionado anteriormente, me han resultado imprescindibles en esta aventura: Comillas por escrito, antología de textos de la villa cántabra, de José Luis Sánchez Noriega (Ediciones Valnera; Consejería de Cultura, Turismo y Deporte del Gobierno de Cantabria; Ayuntamiento de Comillas y Fundación Campus Comillas, 2008), o Lluís Domènech i Montaner en Comillas, de Luis Alberto Alonso Ortiz y Enrique Campuzano Ruiz (Fundació Lluís Domènech i Montaner y Gobierno de Cantabria, 2015). Esta última me ha brindado una información impagable del bellissimo cementerio de Comillas y de su espectacular Ángel Guardián (mal llamado por algunos, Ángel Exterminador).

En el año de 1877, cuando fallece Teresa, y como se describe en la novela, aún no se había realizado la reforma de ampliación y embellecimiento del cementerio de Comillas (1896), por lo que esta nunca habría podido ser enterrada en la parte alta del mismo, puesto que en aquel año esa parcela de terreno todavía no formaba parte del camposanto. Ha sido una licencia que me he permitido incorporar en beneficio de la trama. Por supuesto, la tumba de Teresa nunca ha existido, cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

La casa de Tomás que adquiere Marina tampoco es real. Sí me he inspirado en una casa particular para su descripción, pero me reservo su ubicación por respeto a la intimidad de sus propietarios.

Por último, quiero subrayar el inmenso placer que ha supuesto para mí recorrer las calles de Comillas buscando la inspiración para los hechos que se narran en esta novela. Un reconocimiento especial a los guías turísticos que con su dedicación y sabiduría han enriquecido todas mis visitas.

Como le sucedía a mi querido Antonio López Bru, Comillas siempre será ese rincón del mundo

al que deseo regresar.

AGRADECIMIENTOS

Quiero dar las gracias a todas aquellas personas que, de alguna forma, me han ayudado en esta aventura, por su apoyo y confianza depositados en mí y en mi historia.

Gracias a mi editor, David Pérez, de Editorial Fanes, por confiar en mí y hacer que cumpla mi sueño de publicar mi primera novela.

Gracias a los primeros lectores del manuscrito: Regina, Mercedes, Irene, etc., por vuestras valiosas opiniones y consejos desinteresados que, sin duda, han hecho posible que esta novela sea un poco mejor.

Gracias a Carlos, por darme los mejores consejos de vida y ayudarme a ser una persona más fuerte.

Gracias a mi familia, en especial a mis padres y hermanos, por su amor incondicional. A mis tíos; Julia, María y Licinio, por su apoyo y sus cariñosas palabras. Y a mis abuelos: Vicente, que todavía se encuentra entre nosotros, y los que ya no están; Pilar, Licinio y Consolación. Hay algo de vosotros en cada uno de los personajes de esta novela.

Por último, quiero dar las gracias a todos los artistas que persiguen la belleza de forma incansable y que ponen su alma en todo lo que crean, porque con sus obras logran que la vida se contagie de su magia y sea un poco mejor.



VIRGINIA ASENSIO nació en Madrid en 1977, es una amante de las buenas historias bien contadas y confiesa que siente debilidad por los personajes olvidados de la Historia. Lectora voraz desde su infancia, nunca ha dejado de cultivar su amor por la escritura y se considera una buscadora incansable de emociones que le hagan crecer como persona y que embellezcan su alma. El silencio del guardián es su primera novela.

* * *

... a veces las personas del pasado regresan de alguna manera para contarnos su historia, por mucho que nos empeñemos en que permanezcan en el olvido.